JORDANES

Origen y gestas de los godos

Edición de José María Sánchez Martín

CÁTEDRA
LETRAS UNIVERSALES

Origen y gestas de los godos

Edición de José María Sánchez Martín
Traducción de José María Sánchez Martín
CÁTEDRA
LETRAS UNIVERSALES
Titulo original de la obra:
De origine actibusque Getarum
Diseño de cubierta: Diego Lara
Reservados todos los derechos El contenido de esta obra esta protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.
© Ediciones Cátedra (Grupo Anaya, S A), 2001
Juan Ignacio Luca de Tena, 15 28027 Madrid
Deposito legal M 6132 2001
ISBN: 84 376 1887 8
Printed in Spain
Impreso en Fernández Ciudad, S L
Catalina Suárez, 19 28007 Madrid

INTRODUCCIÓN

Para Tinín,
que aprendió por mí los reyes godos

El autor: perfil biográfico de Jordanes*

La figura de Jordanes se ha visto rodeada siempre de una intensa nebulosa que hace difícil trazar un perfil biográfico definido sobre este personaje. Los escasos datos que poseemos sobre nuestro autor debemos extraerlos de detalles concretos que salpican su propia obra y que son susceptibles de ser interpretados de diversas formas.

Comenzando por su propio nombre, las primeras ediciones impresas de sus obras nos ofrecen las formas *Jornandes, Jordan(n)is* o *Jordanus*[1]. Esta diversidad onomástica encuentra su explicación en las distintas variantes ortográficas que presentan los manuscritos que transmiten su obra. Los editores modernos, a partir de Theodor Mommsen, se han decantado mayoritariamente por la forma *Jordanes* (lat. *Iordanes*) que se encuentra en la familia de manuscritos más autorizada y en la mayor parte de la tradición literaria medieval. No han faltado, no obstante, quienes han optado decididamente por la forma tradicional *Jornandes* y han tratado de justificarla con variados argumentos[2].

El segundo problema que ha planteado tradicionalmente a los estudiosos la figura de Jordanes es el de sus ascendentes familiares y su patria de origen. En un pasaje de su obra afirma que su abuelo Paria fue secretario (*notarius*) de un caudillo alano llamado Candac, que su padre se llamaba Alanoviamut, y que él mismo ocupó también más tarde el puesto de secretario de un tal Guntigis, jefe militar de origen ostrogodo, antes de su «conversión»[3].

A partir de estas afirmaciones de Jordanes algunos investigadores se han esforzado en negar su supuesto origen godo y han preferido considerarlo de estirpe alana[4]. El nombre de su padre

y la función administrativa ejercida por los miembros de su familia y por él mismo parecen orientarnos en principio en este sentido. A esto hay que añadir el tratamiento de favor que recibe el pueblo alano a lo largo de toda la obra de Jordanes. Sin embargo, nada impide que perteneciera a una familia de origen godo y que ésta se hubiera incorporado a estas funciones notariales después de la ocupación de los territorios de Mesia y Escitia Menor por parte de los alanos después de la caída de Atila en el 454. A esto parecen apuntar también otras afirmaciones de Jordanes, como la que en el epílogo de su *Historia Goda* pretende defender su objetividad en la exposición de los hechos narrados frente a los que pudieran sospechar que ha alterado su contenido para favorecer al pueblo godo «del que procede»[5].

Aunque ningún dato concreto permite conocer su año de nacimiento, hemos de suponerlo ya adulto cuando entra al servicio del caudillo militar Baza (sobrenombre de Guntigis). Sabemos que este jefe alano intervino en la campaña italiana llevada a cabo por el general bizantino Belisario entre los años 538 y 540 y que participó en los asedios de Roma y Ravena. El excelente conocimiento de esta última ciudad manifestado por Jordanes en sus descripciones[6] podría ser un indicio de la presencia de nuestro autor en esta campaña al servicio de Guntigis.

Poco después de esta fecha debió de tener lugar su «conversión», ya que antes de ésta nos confiesa que era «*agrammatus*»[7], es decir, desconocedor de la cultura escolar y de las grandes obras literarias de la Antigüedad. Si tenemos en cuenta que unos años más tarde (hacia el 550), cuando emprende la redacción de sus *Getica*, confiesa haber leído ya un buen número de autores, tanto griegos como latinos, hemos de admitir necesariamente un período intermedio de formación. Ahora bien, esta conversión es una de las cuestiones más espinosas y polémicas que plantea la biografía de Jordanes. La ambigüedad de este término y la ausencia de otras alusiones en otros lugares de su obra ha suscitado un controvertido debate entre los estudiosos.

Para algunos podría tratarse simplemente de una conversión del paganismo o del arrianismo al catolicismo, como era frecuente en los ambientes góticos contemporáneos. Para otros se trata de una conversión espiritual y personal más profunda que lo habría llevado

a abandonar su estado seglar y a abrazar la vida monacal[8]. Su feroz condena de la «perfidia arriana» en algunos pasajes de su obra bien podría haber sido fruto de su fervorosa exaltación de nuevo converso[9]. Pero si se tratara simplemente de la abjuración de su antiguo credo arriano, nada le habría impedido continuar al frente de su anterior cargo de notario de Candac y de sus atribuciones como funcionario público. Por el contrario, su nueva actitud y cambio radical de vida parecen responder más bien a motivaciones de índole espiritual. Hasta el punto de que algunos estudiosos, como B. Luiselli[10], llegan a considerar que fue en Vivario, el gran centro monástico y cultural fundado por Casiodoro en el 539, donde habría profesado como novicio y adquirido su vasta cultura literaria. Más tarde habría abandonado este monasterio para convertirse en obispo de Crotona, en Calabria[11].

El argumento de mayor peso que parece avalar esta teoría es su relación con el papa Vigilio, pontífice romano exiliado en Constantinopla por orden de Justiniano desde el 547 al 554. Jordanes, ya con rango episcopal, lo habría seguido hasta aquella ciudad, y es allí donde habría escrito sus obras[12]. Esta relación de cercanía con el papa Vigilio se fundamenta en un escrito del pontífice del año 551 en el que se menciona a un *Iordanis episcopus Crotoniensis*[13] y, sobre todo, en el prólogo de la otra obra de Jordanes que se nos ha conservado, *De summa temporum* o *Historia romana*, en el que dedica esta obra a cierto *Vigilius nobilissimus et magnificus frater*[14], en quien se ha querido ver la persona del pontífice. Sin embargo, son muchos los estudiosos —sobre todo de la escuela alemana— que no se muestran partidarios de tal identificación[15]. Para ellos, el *Vigilius* del prólogo jordaniano es, sin duda, un laico, probablemente un amigo, a juzgar por el tratamiento que le otorga nuestro autor (un simple «*frater*»), que cuadra muy poco con toda la serie de fórmulas estereotipadas de uso común en todos los escritos de la época dirigidos a este tipo de dignidades eclesiásticas. Por otro lado, la exhortación de Jordanes a Vigilio a la conversión y abandono del mundo a ejemplo suyo no parece la más apropiada para un superior jerárquico, sino más bien para un amigo, probablemente seglar como el *frater Castalius* a quien dedica sus *Getica*. En todo caso, godo o alano, religioso o seglar, obispo o simple monje, lo único que parece medianamente

claro en todo este mar de dudas es que nuestro autor se hallaba a mediados del siglo VI en Constantinopla[16], muy próximo a los ambientes cortesanos del emperador Justiniano, de los que se revela buen conocedor a lo largo de toda su obra.

La producción literaria de Jordanes

Tan sólo se nos han conservado dos obras, ambas de carácter histórico, atribuidas a Jordanes. La primera de ellas, conocida comúnmente como *Romana*[17], es en realidad un compendió de la historia universal que se puede encuadrar en un género mixto a caballo entre el del breviario o epítome y el género historiográfico de la crónica. Estos géneros contaban ya en época del autor con notables precedentes en el ámbito de las literaturas latina y bizantina tardías, como Eusebio de Cesárea, Jerónimo, Próspero de Aquitania o Idacio entre los cronistas y Eutropio o Floro entre los epitomadores. En esta línea, la obra de Jordanes, cuyo título completo es *De summa temporum uel de origine actibusque gentis Romanorum* (Compendio de los tiempos y origen y gestas de los romanos), se concibe como un resumen de la historia de la Humanidad desde los orígenes del mundo hasta la época del emperador Justiniano.

En el prólogo de esta obra, dedicada a Vigilio, Jordanes sitúa conscientemente al Imperio Romano como remate y culminación de la Creación y de las distintas edades bíblicas del mundo anunciadas por el profeta Daniel[18]. De acuerdo con esta concepción cerrada de la Historia, en una primera parte (§§ 1-84) se relata de forma sucinta la sucesión de patriarcas hebreos, reyes asirios, medos y persas, egipcios y griegos, hasta la fundación de Roma; la segunda parte de la obra (§§ 85-250) se extiende hasta la época de Augusto y la tercera (§§ 250-388) se concentra con mayor profundidad en la historia del Imperio Romano hasta los sucesos contemporáneos a la época de Justiniano. En la narración Jordanes adopta los esquemas tradicionales de la cronística, siguiendo muy de cerca la *Crónica* de Jerónimo y el *Cronicón* de Marcelino Comes. Sin embargo, esta *Historia Romana* de Jordanes constituye un documento de extraordinario interés para conocer la mentalidad bizantina y su visión de la historia romana en la nueva coyuntura política que atravesaban los territorios occidentales desde la perspectiva del Imperio de Oriente[19].

Más original e interesante resulta la segunda obra de Jordanes, su *Historia goda*, objeto de la presente traducción, a cuyas circunstancias de composición y contenido dedicamos capítulo aparte.

Los «Getica»

Título, fecha y lugar de composición

LA segunda obra de Jordanes lleva por título *De origine actibusque Getarum*, cuya traducción literal es «Origen y hazañas de los getas». Como se observará, en la portada de nuestra obra, así como en el título de la traducción que sigue a esta introducción, hemos reemplazado el término «getas» por «godos», aunque en realidad se trata de dos pueblos distintos tanto histórica como cronológicamente. Esta circunstancia merece una explicación. El caso es que en toda la obra de Jordanes *Gothi* y *Getae* se utilizan como sinónimos e incluso es este último vocablo el que se ha impuesto tradicionalmente para denominar su *Historia goda*, a la que se conoce habitualmente como *Getica*.

Lo cierto es que los getas fueron uno de los pueblos tracios asentados tradicionalmente en los territorios de la Dacia (actual Rumania) que gozaron de una merecida reputación entre los escritores grecolatinos de la Antigüedad por su bravura y su arrojo guerrero. A partir del siglo III d.C. fueron fusionándose paulatinamente con los contingentes de godos que se asentaron en los territorios dacios y comenzaron a ser asimilados a éstos. La confusión entre godos y getas se encuentra ya en las obras de historiadores latinos tardíos como Orosio y Eutropio o en poetas como Claudiano. En el caso de Jordanes parece ser que sus motivaciones para realizar esta asimilación no están basadas en el mero desconocimiento de la distinción entre ambos pueblos, sino que parecen responder a motivaciones más complejas orientadas a atribuir a los godos una mayor notoriedad, acrecentando aún más su gloria con la bien merecida reputación que rodeaba a getas y escitas[20].

En cuanto a la fecha de composición de nuestra obra, algunos datos indirectos suministrados por el autor, así como sus referencias a sucesos contemporáneos, nos pueden ayudar a establecerla con bastante exactitud:

—En primer lugar, en el prólogo de la obra nos indica que abandonó provisionalmente la elaboración de su otra obra, los *Romana*, para entregarse a la redacción de los *Getica*[21]. Sabemos también por indicación suya que se hallaba escribiendo los *Romana «in uicensimo quarto anno Iustiniano imperatoris»*[22], es decir, entre el uno de abril del año 550 y el 31 de marzo del 551, con lo cual esta fecha puede ser considerada como término *post quem* para la redacción de los *Getica*.

—Un segundo dato que se ha de tener en cuenta es la plaga que arrasó Constantinopla nueve años antes de la composición de la obra, según testimonio explícito de Jordanes, y de la que sabemos con certeza que tuvo lugar en octubre del año 542[23].

—En la parte de su obra dedicada a la monarquía visigótica, Jordanes se refiere a Agila como monarca reinante en el momento en el que él escribe su obra, y menciona la sublevación de Atanagildo, que tuvo lugar también en el año 551[24].

—Por último, en los *Getica* se menciona también en varias ocasiones el matrimonio del patricio Germano, familiar de Justiniano, con la princesa Matesuenta y el nacimiento de su hijo postumo acaecido en la primavera del 551[25].

Sin embargo, no se encuentra en los Getica alusión alguna a sucesos posteriores a este año 551, como la derrota del ejército gépida ante los longobardos a comienzos del 552, información que sí aparece recogida en cambio en sus *Romana*[26]. Todo esto hace, pues, pensar que la composición de los *Getica* tuvo lugar en el transcurso de este año 551 y que más tarde Jordanes completó sus *Romana*, cuya redacción había interrumpido, incorporando en esta última obra los sucesos posteriores a la culminación de los *Getica*[27].

El único problema que plantea esta fecha del 551 según la argumentación que acabamos de presentar es que en el prefacio de los *Romana* Jordanes informa a Vigilio de que había editado sus *Getica*, dedicados a su común amigo Castalio, hacía ya bastante tiempo (*iam dudum*), lo que no parece corresponderse en absoluto con una redacción casi simultánea de ambas obras[28].

Por lo que respecta al lugar de composición, la vieja teoría de Mommsen, según la cual Jordanes habría escrito los *Getica* mientras residía en las provincias de Escitia Menor o Mesia, de donde sería originario, y más concretamente en una ciudad como Tomi o Marcianópolis, ha contado con la desaprobación casi unánime de la crítica moderna[29]. Su hipótesis se basaba sobre todo en el predominio en la obra de Jordanes de referencias a estas provincias con relación a otras, lo que le inducía a pensar que esta familiaridad del autor con estos territorios era síntoma suficiente para considerarlas su patria de origen[30]. Sin embargo, numerosos indicios concretos de índole diversa, como el tono general filobizantino de la obra, sus fuentes literarias y su misma intencionalidad política evidencian que fue redactada en Constantinopla[31].

Además, en el prólogo mismo de la obra, Jordanes se dirige a su amigo Castalio rogándole que añada o corrija los detalles que crea conveniente, ya que él está más «próximo» al pueblo godo[32]. Esta afirmación carecería totalmente de sentido si Jordanes se hallase en el centro mismo de la *Gothia*, como quería Mommsen, y sí resulta, en cambio, muy congruente con alguien que vive por entonces en la lejana Constantinopla y no puede por ello estar al tanto de todos los pormenores de la historia goda más reciente. Por otro lado, el buen conocimiento de los territorios de Tracia y Mesia del que hace gala Jordanes no tiene por qué resultamos extraño si tenemos en cuenta su trayectoria anterior como secretario de un caudillo militar alano que desarrolló su actividad en esas provincias, sin descartar tampoco la posibilidad de que su familia fuese oriunda de esas tierras.

Los «Getica» de Jordanes y la «Historia de los godos» de Casiodoro

Una de las cuestiones más controvertidas y que afecta decisivamente a la composición de los *Getica* es su relación con la *Historia de los godos* de Casiodoro. En el prólogo de los *Getica*, Jordanes presenta su historia goda como una mera compilación de la obra homónima de Casiodoro, al que denomina «el Senador»:

[...] suades ut, nostris uerbis, duodecim Senatoris uolumina de origine actibusque Getarum, ah olim et usque nunc per generationes regesque descendentem in uno et hoc paruo libello coartem

[33].

El hecho de que esta *Historia Gothorum* casiodoriana no se nos haya conservado ha provocado el surgimiento de distintas teorías, la mayor parte de las veces encontradas, sobre la supuesta relación entre ambas composiciones. Para resumir lo esencial del debate diremos que un amplio sector de la crítica tradicional, con Mommsen a la cabeza, considera a Jordanes como un mero epitomador de la obra perdida de Casiodoro, sin ningún espíritu crítico y como mero reflejo del pensamiento de Casiodoro[34], mientras que otros estudiosos tienden a conceder cierta autonomía a la obra de Jordanes y a dotarla de identidad propia y de un notable grado de originalidad. En líneas generales estas dos posturas vienen a coincidir respectivamente con las opiniones de las escuelas histórico-filológicas alemana e italiana[35].

Aunque no hay argumentos definitivos que nos hagan decantarnos por ninguna de las dos hipótesis, dada la ausencia del modelo original que nos permitiría realizar una comparación objetiva, el estudio de los contextos históricos y culturales en los que se desenvolvieron ambos autores puede iluminarnos bastante a la hora de establecer una opinión al respecto.

Flavio Magno Aurelio Casiodoro (485- ca. 578 d.C.) escribió los doce libros de su *Historia Gótica* en torno a los años 519-33 a petición de Teodorico, rey ostrogodo de Italia desde el 493 al 526[36]. Participó activamente en la política de su tiempo al servicio de Teodorico y concibió esta obra como un instrumento de propaganda ostrogoda a fin de conciliar los intereses de la minoría dominante de raza goda y religión arriana con los de la mayoría de la población romana de religión católica sometida a su dominación. Los destinatarios de una obra de estas características eran sin duda los miembros de la aristocracia romana tradicional, a la que Casiodoro mismo pertenecía, ante los que era necesario mostrar una imagen positiva de los nuevos gobernantes godos y de su pasado glorioso con el fin de promover una concordia o al menos una coexistencia pacífica que garantizara un buen desarrollo de las relaciones entre ellos y un nuevo florecimiento de la decaída Italia[37]. Esta política de reconciliación produjo en un principio buenos frutos, de los que son testimonio destacadas figuras como Boecio o Enodio; pero más tarde, con el afianzamiento del poder

bizantino, se produjo la ocupación de Italia por parte de las tropas de Justiniano al mando de su general Belisario y la derrota de Vitigis, el último de los sucesores ostrogodos de Teodorico en Italia. Casiodoro pasó entonces cuatro años en Constantinopla (549-553) y más tarde se retiró a su fundación de Vivario, donde continuó su actividad literaria hasta su muerte.

Habría sido, por tanto, durante su estancia en Constantinopla cuando se habría producido el contacto entre Casiodoro y Jordanes hacia el 550 y donde Jordanes habría conocido la *Historia Gótica* de Casiodoro, a partir de la cual habría redactado sus *Getica*. Algunos estudiosos van más lejos y afirman que llegó a producirse una verdadera colaboración entre ambos autores y que por tanto deberíamos hablar de «autoría compartida» o incluso de «coautoría» de la obra[38]. Esta hipótesis se funda en el hecho de que en los *Getica* de Jordanes se narran muchos acontecimientos acaecidos en el período posterior a la terminación de la *Historia* de Casiodoro, que, por consiguiente, no habrían podido ser «resumidos» en modo alguno por Jordanes. Esto implicaría, pues, que el mismo Casiodoro habría completado su *Historia* hasta el 550 o 551 durante su estancia en Constantinopla y que habría sido esta segunda versión de su obra la que resultó objeto de compilación por parte de Jordanes como instrumento propagandístico, esta vez a favor de Justiniano, ante sus nuevos súbditos de Italia.

Esta tesis se fundamenta sobre todo en la extraña alusión a la familia de los Anicios al final de su obra[39] y a su «esperanzadora» unión con la estirpe ostrogoda de los Ámalos en la persona de Germano, hijo del patricio romano homónimo de la familia Anicia y de la princesa goda Matesuenta. Para Momigliano[40] esta alusión es indicio suficiente de la redacción por parte de Casiodoro de esta parte final del relato, ya que respondería a las mismas motivaciones e intencionalidad que debía de tener toda la obra perdida de Casiodoro. La obra de Jordanes habría sido, pues, un mero instrumento propagandístico de un círculo de exiliados godos en Constantinopla para alentar una restauración goda en Italia en la persona del joven Germano. Sin embargo, toda esta argumentación se apoya sobre fundamentos tan poco sólidos que ha sido rechazada por la mayoría de los especialistas[41].

Ahora bien, hay algunos aspectos de la obra de Jordanes

difícilmente conciliables con el pensamiento de Casiodoro y que con bastante probabilidad no se encontraban en absoluto en la obra perdida de éste último. Por ejemplo, es inconcebible que una crítica tan amarga de la religión arriana como la que hallamos en diversos pasajes de los *Getica* pudiese tener cabida en la obra de Casiodoro, un italorromano al servicio de un monarca ostrogodo como Teodorico, ferviente defensor del arrianismo[42]. Su ardiente deseo de reconciliación itálica entre godos y romanos le habría impedido incluir en su *Historia* este tipo de descalificaciones ofensivas a la confesión religiosa de los gobernantes godos. En este sentido, la aportación de Jordanes debió de ser bastante más amplia de lo que tradicionalmente se le ha concedido. Puede ser significativo también a este respecto el hecho de que el único fragmento de la *Historia Gótica* de Casiodoro que ha sobrevivido, por ser citada por su autor en una de las cartas de sus *Variae*[43], ni siquiera se encuentre en los *Getica* de Jordanes.

Los intentos por detectar en la obra de Jordanes reminiscencias del estilo de Casiodoro no parecen arrojar tampoco resultados concluyentes por estar casi siempre abocados a un excesivo subjetivismo. Queda, por tanto, pendiente —y tal vez nunca será resuelta definitivamente— la cuestión del grado de fidelidad con el que Jordanes reprodujo esa *Historia* perdida de Casiodoro que manifiesta haberle servido de punto de partida para su resumen[44].

Desde nuestro punto de vista, la ardua controversia sobre el papel desempeñado por Jordanes en la elaboración de su obra, que suele enfrentar a menudo a los que le niegan cualquier contribución personal con los que pretenden hacerlo creador de una obra totalmente nueva, podría suavizarse bastante si se presta un poco más de atención a las palabras que acompañan en el prólogo de los *Getica* a su afirmación de haber compendiado en una pequeña obrilla (*paruo libello*) los doce volúmenes de la *Historia* de Casiodoro:

[...] ad quos et ex nonnullis historiis Graecis et Latinis addidi conuenientia, initium finemque et plura in medio mea dictione permiscen

[45].

Esta declaración de Jordanes implica un trabajo personal (*mea dictione permiscens*) en el conjunto de toda la obra (*initio finemque et [...] in medio*) sobre la base del texto casiodoriano que permite, a nuestro juicio, hablar de él más como «adaptador» que como mero «compilador». Y el resultado de esta adaptación fue, sin duda, una obra nueva, con una estructura diferente y con motivaciones ideológicas muy apartadas del espíritu original de la obra de Casiodoro.

Por otro lado, si damos credibilidad al testimonio de Jordanes —y no parece que haya motivos para dudar de él a este respecto— una reproducción servil de la obra de Casiodoro le habría resultado materialmente imposible, dado que durante su estancia en Constantinopla tuvo acceso sólo durante tres días (*ad triduanam lectionem*) a los doce libros de la historia de Casiodoro gracias a los buenos oficios del administrador del autor[46]. Bien es cierto que el término que utiliza Jordanes para referirse a esta lectura es *relegi* (volví a leer), que, según algunos, implicaría que Jordanes ya conocía bien esta obra por haberla tenido a su disposición años antes durante una posible estancia en Vivario, como hemos dicho más arriba[47], pero no es menos cierto que en tan corto espacio de tiempo una reproducción meramente plagiaria —como pretendía Mommsen— de tan voluminosa obra habría resultado poco menos que imposible. Por tanto, creemos más apropiado pensar que la obra de Casiodoro le habría suministrado el material de base (*sensus et res actas*), mientras que él habría añadido su aportación e interpretación personales (*uerba et alia plura*) a la nueva composición.

Si preferimos hablar de «adaptación» en lugar de «compilación» para el trabajo de Jordanes, es también debido a la enorme diferencia de mentalidad que debía de existir entre dos hombres tan diferentes como Casiodoro y Jordanes, que escriben sus obras con un intervalo temporal de casi veinticinco años en los que el panorama político había cambiado totalmente de rumbo. Casiodoro era un romano ilustrado de origen noble al servicio de un rey godo, mientras que Jordanes es un godo de orígenes oscuros al servicio de un emperador romano. En las obras de Casiodoro que se nos han conservado, al igual que debía de suceder en su *Historia* perdida, se

aprecia un inequívoco deseo de ensalzar la gloria de los antepasados godos de Teodorico, ya dueño material de Italia, así como su rancia nobleza y sus hazañas, para colocarlo a la altura de sus nuevos súbditos/compatriotas romanos y que éstos lo acepten como tal. En los *Getica* de Jordanes, por el contrario, aunque no desaparece del todo este fondo de exaltación de la raza goda, herencia probable de Casiodoro, las circunstancias políticas hacen que quede un tanto diluido y predomina una impresión, mucho más acorde con los nuevos tiempos, de decadencia de la antigua grandeza goda, a merced ya de sus nuevos gobernantes bizantinos. En este sentido, quizás nada resulte más ilustrativo de esta nueva tendencia de Jordanes que las líneas conclusivas de su obra, en las que quedan magníficamente reflejadas las coordenadas básicas de su nuevo pensamiento:

Haec hucusque Getarum origo ac Amalorum nobilitas et uirorum , fortium facta. Haec laudanda progenies laudabiliori principi cessit, et fortiori duci manus dedit, cuius fama nullis saeculis nullisque silebitur aetatibus, sed uictor ac triumphator, Iustinianus imperatoret consul Belisarius, Vandalia Africani Geticique dicentur. [...] Nec si tomen cuncta, quae de ipsis scribuntur aut referuntur, complexus sum, nec tantum ad eorum laudern, quantum ad laudem eius qui uicit exponens

[48].

Otras fuentes de los «Getica»[49]

Además del papel preponderante desempeñado por la obra de Casiodoro, encontramos también en los *Getica* pasajes concretos que nos remiten a otras obras de historiadores griegos y romanos que probablemente fueron consultados igualmente por Jordanes a la hora de redactar su nueva obra[50]. Aunque para buena parte de ellos, a pesar de la mención explícita por parte del autor, siempre nos cabrá la duda de si estaban ya recogidos en la primitiva obra de Casiodoro, para otros muchos parece que hemos de suponer una consulta directa de Jordanes en el proceso de elaboración de los *Getica*. Éste es el caso, por ejemplo, de los autores que escribieron su obra en griego, como Estrabón, Dión Crisóstomo, Tolomeo, Prisco, Flavio Josefo o Dexipo. El desconocimiento del griego por parte de Casiodoro[51] hace suponer que no tuvo acceso directo a la obra de estos autores. Sin embargo, Mommsen[52] atribuye también los fragmentos pertenecientes a fuentes griegas a Casiodoro, que habría tenido conocimiento de ellos a través de una *Historia Gótica* anterior escrita por Ablavio. De este supuesto historiador no tenemos más referencias que las que nos suministra el propio texto de Jordanes (salvo una pequeña alusión de Casiodoro[53] no exenta de dificultades) que nos lo presenta en tres lugares diferentes de los *Getica* como *Ablauius descriptor Gothorum gentis egregias* y *Ablauius Historicus*[54]. Según Mommsen la mayor parte de los datos sobre los orígenes y leyendas godas conservados en los *Getica* tendrían como fuente directa la *Historia* de este autor desconocido de origen godo, lo que ha sido puesto en duda por la mayoría de la crítica moderna[55].

Por lo que respecta a otros autores latinos del período clásico, Jordanes utilizó abundantemente las obras geográficas de Pomponio Mela y las históricas de Tácito, Amiano Marcelino y a diversos autores de la *Historia Augusta*. De época más tardía los principales autores empleados son Marcelino Comes[56], Orosio —tanto para las digresiones de tipo geográfico como para datos de carácter histórico — y Próspero de Aquitania. Otros autores plantean mayores problemas sobre su consulta directa, como Pompeyo Trogo, aunque todos los indicios apuntan a que Jordanes tuvo a su disposición un ejemplar completo de sus *Historias Filípicas* y no la obra que se nos

ha conservado fragmentariamente gracias al Epítome de Justino[57].

Además de estas fuentes literarias, Jordanes podría haberse servido también de leyendas transmitidas oralmente, sagas y otros cantos tradicionales godos a los que alude en varias ocasiones a lo largo de los *Getica*[58]. Sin embargo, el valor que podemos conceder a estos testimonios en el conjunto de su obra es muy relativo, porque el autor mismo les niega credibilidad en un pasaje concreto y afirma supeditar este tipo de informaciones a las fuentes escritas[59].

Contenido y estructura de la obra

A falta de la *Historia Gótica* de Casiodoro, los *Getica* de Jordanes constituyen el primer intento conocido de crear una historia nacional de un pueblo europeo elaborada de un modo consciente con este objetivo. Siguiendo el precedente de Jordanes aparecerán posteriormente la historia de los francos de Gregorio de Tours, la de los anglosajones de Beda o la de los longobardos de Pablo Diácono como representantes genuinas de la nueva «Europa de las Naciones» que se impuso tras la caída del Imperio Romano Occidental.

Esta concepción de la obra como historia nacional tiene una importancia trascendental en los *Getica* de Jordanes y determina claramente su contenido y estructura. El cambio operado con respecto a la historiografía romana de corte tradicional será, en efecto, notable. Hasta ese momento la historiografía romana había considerado a los godos como uno más de los distintos pueblos bárbaros situados en los límites de su Imperio o que lo asolaban periódicamente, y como tal aparecían tratados en las grandes obras de los historiadores latinos. Será, pues, por vez primera en la obra de Jordanes donde Roma y su imperio no ocupen el papel de protagonista y eje de los acontecimientos, sino que se conviertan de repente en parte marginal del relato en función de la historia goda.

En este sentido, el esquema seguido por Jordanes responde a pautas bien definidas, poco acordes con los modelos historiográficos latinos de corte tradicional y que se ajustan a la perfección a las necesidades evolutivas de la propia historia goda. La obra se organiza, pues, en tres partes claramente diferenciadas:

1. Orígenes geográficos e históricos del pueblo godo. Migraciones.
2. Historia y evolución del pueblo visigodo.
3. Historia y evolución del pueblo ostrogodo[60].

—La primera parte de la obra, que ocupa en nuestra edición los §§ 1-130, es la más compleja desde el punto de vista estructural. Comienza con un prólogo (§§ 1-130 de gran valor referencial, como hemos visto más arriba, en el que el autor se confiesa deudor de la obra de Casiodoro. Inmediatamente después se nos presenta una descripción general del mundo, comenzando por oriente y llegando hasta la zona más occidental del orbe, la isla de Escandía, que resulta ser la patria originaria del pueblo godo y el punto de partida de su historia, lo que en palabras de M. Reydellet vendría a ser algo así como el *ab urbe condita* de los godos[61]. Desde los territorios escandinavos los godos habrían emigrado hasta las costas del Báltico (Gotiscandia) y desde allí hasta Escitia.

Aunque ningún otro historiador de la Antigüedad nos ha transmitido dato alguno relacionado con estos orígenes escandinavos de los godos, los datos de la arqueología moderna no parecen desmentir, sino más bien confirmar este testimonio único de Jordanes[62]. Más ficticios resultan, en cambio, sus relatos posteriores al establecimiento de los godos en Mesia, Tracia y Dacia. Aunque siempre con un fondo relativo de verdad, Jordanes distorsiona deliberada pero hábilmente los datos históricos con el fin de hacer intervenir a los godos en gestas heroicas que tienen como marco el apogeo de todos los grandes imperios antiguos: egipcio, persa, macedonio, etc. Totalmente legendarios y carentes de veracidad histórica resultan los enfrentamientos de los godos con los egipcios (§§ 44-48), su relación con las Amazonas (§§ 49-57) o su intervención en la Guerra de Troya (§§ 58-60). Todos estos hechos resultan, no obstante, verosímiles en el contexto de la obra de Jordanes tan sólo en virtud de la identificación de los godos con otros pueblos antiguos como los gépidas, los dacios, los escitas o los getas[63].

Sin embargo, al final de esta primera parte, los datos ficticios comienzan a mezclarse progresivamente con otros reales, y las legendarias estirpes godas dan paso a los primeros enfrentamientos históricos con el Imperio Romano a mediados del siglo III d.C. La invasión del bajo Danubio por los hunos (§§ 121-128) traerá como consecuencia inmediata la fragmentación del pueblo godo, que hasta entonces había permanecido fielmente unido, en dos ramas separadas tanto geográfica como políticamente: los visigodos y los

ostrogodos.

Además de su innegable valor histórico, esta primera parte de la obra es abundante en digresiones de carácter geográfico, entre las que resultan particularmente interesantes aquellas que nos ofrecen descripciones de Britania (§§ 10-15), Escandía (§§ 16-24), Escitia (§§ 30-37) o la región del Cáucaso (§§ 52-55).

—La segunda parte de los Getica (§§ 131-245) tiene como argumento la evolución histórica del pueblo visigodo desde su célebre paso del Danubio en el 376, compelido por la presión de los hunos, y su posterior asentamiento en el territorio del Imperio Romano hasta la caída del último emperador de occidente, Rómulo Augústulo, en el 476. Este período de cien años es trascendental para el afianzamiento de la nación gótica. En este tiempo, de simples federados del Imperio, los visigodos se robustecen hasta convertirse en aliados paritarios de Roma en sus luchas contra Atila, muy particularmente en la decisiva batalla de los Campos Cataláunicos del 451 (§§192-217) cuya narración pormenorizada es, sin duda, por su belleza literaria uno de los pasajes trazados con mayor maestría de toda la obra de Jordanes. La historia del reino visigodo de Tolosa, las hazañas de sus sucesivos monarcas, las luchas contra los suevos por el dominio de los territorios hispanos y la caída de Roma a manos de Odoacro sirven de remate para esta parte central de la obra.

—La tercera y última parte del relato de Jordanes (§§ 246-314) está dedicada a los ostrogodos. Desde su liberación del yugo de los hunos tras la derrota de Atila, asistimos impresionados a una serie ininterrumpida de victorias y conquistas de sus valerosos reyes que desembocan en el apoteósico reinado de Teodorico. Probablemente es esta parte de los Getica la que puede caracterizar mejor sus ansias de exaltación de la historia goda. Su hiperbólico y constante panegírico de la figura del monarca ostrogodo, heredero de la ancestral nobleza gótica de la familia amala, una raza de reyes destinada providencialmente a convertirse en sucesora legítima del Imperio Romano y en dueña de sus destinos, insinuada anteriormente con mayor o menor énfasis, aparece ahora dibujada con toda nitidez en el relato. Sin embargo, este largo proceso[64] de engrandecimiento del pueblo godo no culmina con su glorificación final, sino con una sorprendente derrota. Un final sin duda triste y

negativo de no ser por la puerta a la esperanza que deja abierta el nacimiento del joven Germano, síntesis esperanzadora de la sangre goda y la romana, en quien Jordanes parece pensar como futuro rector de los destinos del Imperio.

Éste es, en síntesis, el plan de la obra de Jordanes. Sin embargo, debajo de este esquema, en apariencia sencillo y simplemente ajustado a la descripción histórica de las gestas del pueblo godo, han sido muchos los estudiosos que han creído descubrir motivaciones ocultas y una intencionalidad más profunda ligada al pensamiento político de Jordanes[65]. Para algunos su intento de ilustrar a romanos y bizantinos sobre la grandeza de la historia goda está motivado por el mismo deseo casiodoriano de favorecer una eventual fusión entre godos y romanos en unos tiempos convulsos de lucha descarnada entre ambos pueblos, aunque siempre bajo la autoridad del emperador de Bizancio, heredero legítimo del imperio occidental perdido[66]. Para otros su intención habría sido más bien la de mostrar la decadencia contemporánea de la nación goda, que, después de tantos vanos intentos por conseguir una patria estable a partir de sus primeras migraciones desde Escandinavia y de sus asentamiento en diversos territorios del Imperio Romano, debe resignarse al sometimiento a la universalidad de ese mismo Imperio ahora encarnado en la colosal figura de Justiniano[67].

Pervivencia y fortuna de la obra de Jordanes

Los Getica de Jordanes gozaron rápidamente de una enorme popularidad entre los primeros escritores altomedievales que consagraron sus obras a la historia de los pueblos bárbaros que comenzaron a constituirse en naciones europeas. Ya a finales del siglo VII fueron ampliamente utilizados por el llamado Geógrafo de Ravena, sobre todo en lo relativo a los datos de carácter etnográfico y geográfico[68]. Gregorio de Tours parece haberse servido también de nuestra obra para algunos pasajes concretos de su *Historia de los francos*[69]. También Paulo Diácono demuestra un buen conocimiento de la obra de Jordanes en *su Historia de los lombardos*[70].

Entre los escritores hispanos es don Rodrigo Jiménez de Rada, en el siglo XIII, el que supo sacar mejor partido a la obra de Jordanes para la redacción de su *Historia Gótica*. El Toledano reutilizó, con escasísimas modificaciones, cuatro quintas partes de

los *Getica*, que se convirtieron de este modo en fuente primordial del relato en sus dos primeros libros[71].

Pero más importante que estos casos de influencias aisladas en autores concretos resulta la trascendencia que tuvo la narración de Jordanes sobre la primitiva migración de los godos desde las costas escandinavas y su posterior expansión a lo largo y ancho del continente europeo. Algunos autores suecos contribuyeron a mitificar este fenómeno, como Iohannes Magnus con su *Historia de ómnibus Gothorum Sueonumque regibus*, o su hermano Olaus con su *Historia degentibus septemtrionalibus*, publicadas en Roma en 1554 y 1555 respectivamente. Así, durante un largo período de la historia europea el «goticismo» se convirtió en una teoría comúnmente aceptada y sirvió para justificar el dominio político sobre determinados reinos y territorios del continente[72]. Por ejemplo, en el Concilio de Basilea, a mediados del siglo XV, tanto austríacos como suecos se arrogaban el derecho de ser los auténticos sucesores de los godos como medio de imponer su autoridad en algunas regiones. Más tarde, los soberanos de la casa de Habsburgo, que se reclamaban herederos de la monarquía goda, justificaban su dominio europeo en virtud de la supuesta unificación del continente desde el mar Negro hasta el sur de la Península Ibérica llevada a cabo por los godos.

En España esta idea goticista ha tenido hondas repercusiones en el pensamiento político y en la literatura. No hay que olvidar que los godos fueron los creadores de la primera unidad política independiente en la Península Ibérica, y esta asociación entre nación hispana y pueblo godo habría de tener un éxito notable en el pensamiento nacionalista hispánico, especialmente el castellano. Huellas de este goticismo hispánico se pueden rastrear durante toda la Edad Media y sobre todo a partir del reinado de los Reyes Católicos, llegando a su punto culminante en la obra de Diego Saavedra Fajardo *Corona gótica, castellana y austriaca*, de 1646, en la que se reafirma la continuidad entre la monarquía goda y la de los Austrias españoles del siglo XVII[73].

Lengua y estilo. El latín de Jordanes

Contamos con una relativa abundancia de publicaciones sobre el latín de Jordanes. A los estudios generales de E. Wölfflin, L. Bergmüller y F. Werner sobre las características de la lengua y el

estilo de su obra[74], hay que sumar los trabajos sobre algunos aspectos concretos (particularidades ortográficas, léxicas, morfológicas o sintácticas) de V. Sondervorst, A. Helttula, J. Lorenzo, T. Ferro[75] y, sobre todo, la larga serie de artículos de R. Iordache[76].

La mayoría de estos estudios insisten en mostrar la abundancia de elementos vulgares que impregnan la obra de Jordanes, que serían, a juicio de estos investigadores, un mero reflejo de las innovaciones sufridas ya por la lengua latina a mediados del siglo vi con respecto a la de época clásica y temprano preludio de la futura transición a las distintas lenguas romances. En este sentido se han interpretado las irregularidades ortográficas, las aparentes fluctuaciones y cambios de género, las alteraciones en el uso de los casos, la eliminación de los verbos deponentes o el cambio de conjugación de otros, el empleo de giros preposicionales innecesarios, etc.

Ahora bien, el principal defecto del que adolecen todos estos trabajos es que fundamentan sus premisas en el antiguo texto editado por Mommsen, que partía del prejuicio de la incorrección y decadencia de la lengua de Jordanes[77], en gran parte movido por su desconocimiento de uno de los principales manuscritos que nos han conservado los Getica[78]. El nuevo texto crítico editado recientemente nos ofrece una imagen renovada del latín de Jordanes, exento de muchas de las vulgarizaciones y barbarismos, principalmente de tipo ortográfico, que nos permite hablar de un estado de lengua mucho más cercano al clásico de lo que tradicionalmente se había creído. Se impone, por tanto, una revisión exhaustiva de los planteamientos tradicionales sobre la latinidad de Jordanes a la luz de la nueva edición crítica[79].

Sin embargo, es cierto que la lengua y el estilo de Jordanes resultan un tanto extraños para el lector habituado a los textos de época clásica. Se trata, en efecto, de un estilo recargado y difícil de clasificar en el que tienen cabida elementos de la lengua cotidiana y popular junto a otros más retorizantes y propios de un estilo más elevado y literario[80]. A nuestro juicio estas particularidades no son reflejo de una decadencia general del latín de la época, sino que están relacionados más bien con la circunstancia personal del autor. Hemos de tener en cuenta que el latín no fue la lengua materna de

Jordanes, sino una lengua aprendida, y este hecho puede explicar en gran medida su imperfecto dominio de la expresión y cierta tosquedad en su intento de imitación de las fuentes literarias clásicas que le sirven de modelo.

En cambio, otras particularidades sí pueden ser explicadas como reflejo de las tendencias evolutivas de la lengua latina que se aprecian también en otros autores latinos tardíos. Así, es habitual encontrar en los *Getica* cambios semánticos y formaciones léxicas propias del latín tardío, como los substantivos abstractos en *-tas* (*animositas, extremitas, medietas, numerositas, summitas, terribilitas, uniuersitas*, etc.), empleo de verbos compuestos o frecuentativos con el valor de los simples correspondientes (*deseruire, desperare, despernere, uocitare*, etc.) o abundantes adverbios en *-ter* e *-iter* inusuales en el latín clásico (*fiducialiter, irreparabiliter, gratanter, lacrimabiliter, miseriter, principaliter*, etc.).

En el aspecto sintáctico, amén de las dislocaciones del orden habitual de palabras y períodos, lo más destacado es sin duda el uso de proposiciones completivas introducidas por *quia* en lugar de las correspondientes de acusativo con infinitivo. En este tipo de construcciones se ha querido ver un indicio de la proximidad de la lengua de Jordanes al latín vulgar. Sin embargo, el uso de las cláusulas de infinitivo con acusativo predomina de forma abrumadora a lo largo de la obra, y Jordanes domina con maestría esta construcción. Así pues, en nuestra opinión, los pocos casos de empleo de quia con este valor no deben entenderse como sintomáticos de una deficiencia en el conocimiento de la lengua, sino que el contexto en que son empleados permite que puedan explicarse perfectamente como un uso deliberado por parte del autor para introducción de discursos indirectos con abundantes precedentes en el latín clásico.

Transmisión manuscrita de los «Getica»

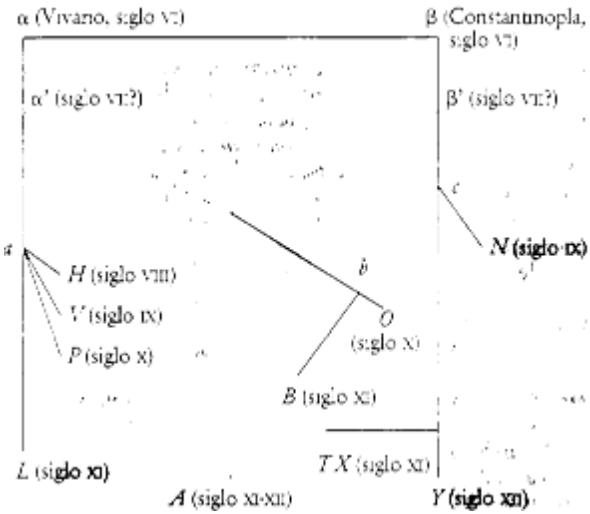
Los abundantes testimonios manuscritos de los *Getica* que se nos han conservado[81] fueron agrupados ya por Mommsen en tres familias en virtud de los lazos de parentesco que los unían. A la primera de ellas (*a*) corresponden el *Heidelbergensis* 921 (H), de finales del siglo VIII, el *Palatinus* Lat. 920 (P), del siglo X, el *Valencienniensis* Bibl. Mun. 95 (V), del siglo IX y otros posteriores de menor importancia. A la segunda familia (*b*) pertenecen, entre

otros, el *Breslauiensis* 106 (B), del siglo XI y el *Ottobonianus* Lat. 1346 (O) del siglo X. La tercera familia (*c*) está integrada por un numeroso grupo de códices entre los que destacan el *Cantabrigiensis* Trin. Coll. 0.4.36 (X), del siglo X, el *Berolinensis* Lat. 359 (Y) y el *Parisinus* Lat. 5873 (I), del siglo XI. A estas tres familias principales hay que añadir un grupo de manuscritos que Mommsen colocó en la familia *b* y que en realidad son resultado de distintas contaminaciones e interpolaciones de códices procedentes de los primitivos arquetipos de *a* y *c*, como el *Ambrosianus* Lat. C.72 inf. (A), del siglo XI-XII o el *Bambergensis* Misc. Hist. 14 (C), también del siglo XI.

Mommsen consideró que los códices de la familia *a* eran los que mejor habían conservado el texto primitivo de la obra, en especial su testigo más antiguo, el manuscrito H, y en él se basó sobre todo para establecer el texto crítico de su edición. Sin embargo, unos años más tarde, el descubrimiento en Palermo de un nuevo manuscrito de los *Getica*[82], el *Panormitanus* Arch. Stato. cod. Basile, perteneciente a la familia *c* y de similar antigüedad a H, ha puesto en cuestión toda su teoría y se ha revelado de trascendental importancia para el establecimiento de un nuevo texto crítico de la obra. Este manuscrito ha sido tenido muy en cuenta en la reciente edición del texto latino a cargo de R Giunta y A. Grillone y ha contribuido a desterrar en gran medida la idea tradicional sobre el latín bárbaro y decadente de Jordanes, que hallaba su justificación en el texto editado por Mommsen apoyándose preferentemente en lecturas de H, cuyos abundantes errores no parece que deban ser imputados a la pluma del propio Jordanes, sino a los copistas septentrionales que transcribieron la obra varios siglos más tarde[83].

Así pues, el texto que se nos ha conservado en los distintos manuscritos que hemos presentado someramente más arriba procedería de dos arquetipos diferentes (α y β). El primero de ellos correspondería a una primera redacción llevada a cabo por Jordanes posiblemente en Vivario de forma rápida y descuidada a partir de la *Historia de los godos* de Casiodoro (de lo que se derivarían en parte muchos de sus errores), mientras que el segundo respondería a la redacción definitiva realizada a partir de la primera en Constantinopla unos años más tarde. De ambos procederían los antepasados del resto de los manuscritos de las tres

familias según el siguiente esquema elaborado por los mencionados editores:



Ediciones modernas y traducciones

Podemos considerar como edición *princeps* de los *Getica* la de Conrad Peutinger, publicada en Augsburgo en 1515 a partir de un manuscrito, en opinión de Mommsen[84], cercano al *Breslauiensis*. A lo largo del siglo XVI se sucedieron otras ediciones, como las de Beato Renano y Johannes Löwenklau (ambas aparecidas en Basilea en 1531), la de Raoul Fournier (París, 1579), la de Friedrich Sylburg (Francfort, 1588) o Bonaventura Vulcanius (Leiden, 1597).

En el siglo XVII se publicaron buen número de ediciones en distintos países europeos, entre las que conviene señalar las de Pierre de Brosses (Ginebra, 1609), que fue reproducida posteriormente en 1622, 1637, 1650 y 1656; o la de Jan Gruter, publicada entre los *Scriptores Historiae Augustae Minores* (Hannover, 1611). Este mismo año salieron también a la luz en Hamburgo en la edición de Friedrich Lindenbrog, junto con las *Historias de los godos, suevos y alanos* de Isidoro de Sevilla y la *Historia de los Longobardos* de Paulo Diácono. De 1655 data la importantísima edición de Hugo Grotius, aparecida en Amsterdam, y de 1679 la edición de Rouen a cargo de Jean Garet, en la que los *Getica* aparecen como apéndice a las obras históricas de Casiodoro. Se trata de una de las ediciones más difundidas, debido a que fue reproducida en el volumen 65 de la *Patrobgia Latina* de Migne (París, 1865).

Del siglo XVIII contamos con la editada en Milán en 1723 en el volumen I (págs. 187-222) de los *Rerum Italicarum Scriptores* de Ludovico Antonio Muratori, con un prólogo de este famoso medievalista italiano, aunque en realidad se trata de una adaptación de la edición de Garet anteriormente señalada realizada por Joseph A. Saxio, prefecto de la Biblioteca Ambrosiana.

En el siglo XIX la obra de Jordanes se siguió editando con bastante éxito, del que dan prueba las ediciones de Auguste Savagner (París, 1842 y 1886), G. Fournier (París, 1849 y 1869), Cari A. Closs (Stuttgart, 1861 y 1886) o Alfied Th. Holder (Friburgo, 1882). Pero, sin duda, el gran hito lo constituyó la primera edición crítica moderna, en el sentido estricto y filológico del término, que fue la de Theodor Mommsen (Berlín, 1882) publicada en la primera parte (págs. 53-138) del tomo V de los *Monumenta Germaniae Histórica* en su serie *Auctores Antiquissimi*[85]. El texto de esta edición ha sido considerado como el canónico por parte de filólogos e historiadores hasta la aparición de la última y más completa de F. Giunta y A. Grillone en el volumen 117 de los *Fonti per la Storia de Italia*, publicados por el *Istituto Storico Italiano per il Medio Evo* en Roma en 1991.

Por lo que se refiere a las traducciones a lenguas modernas, contamos con las siguientes[86]:

Al alemán:

Martens, W., *Jordanes. Gotengeschichte nebst Auszügm aus seiner römischen Gesehiehte, übersetzt von Dr.*—, Leipzig, F. Duncker, 1884 (2.a ed., Leipzig, Verlag der Dykschen Buchhandlung, 1913).

Al ingles:

Mierow, C. C, *The Gothic History of Jordanes in English versión by* —, Princeton University Press, Princeton/Londres/Oxford, 1915 (= 1966).

Al francés:

Drouet de Maupertuy, J. B., *Histoire genérale des Goths, traduite du latín de Jornandes*, París, Vve. C. Barbin, 1703.

Sauvagner, A., *Jornandes. De la Succession des royaumes et des temps et de l'origine et des actes des Goths. Traduction nouvelle par M.* —, París, Panckoucke, 1842 (nueva edición revisada y corregida en la Bibliothéque latine-française de Garnier fréres en 1883).

Fournier de Moujan, G., *Jornandes. Histoire des Goths, Collection*

Nisard des auteurs latins, París, J.-J. Dubochet, Le Chevalier et Cié, 1849 (1869[2]).

Devillers, O., *Jordanes. Histoire des Goths*, París, Les Belles Lettres (Coll. La roue á livres), 1995.

Al italiano:

Giordano, O., *Jordanes. De originibus actibusque Getarum, testo, traduzione e note dipassi scelti*, Bari, 1972.

Bartolini, E.,*Jordanes. Storia dei Goti (testo latino a fronte)*, Milán, Ed. Tea, 1991 (reimpr. 1999).

De todas estas traducciones, tan sólo la de O. Devillers toma como base el moderno texto crítico latino de F. Giunta y A. Grillone. C. C. Mierow utiliza el texto de Mommsen, mientras que las restantes suelen basarse, bien en el texto de la *Patrología Latina*, bien en el de una edición anterior, como sucede en el caso de E. Bartolini, que reutiliza el texto latino así como la traducción y comentario de Fournier de Moujan.

En cuanto a las traducciones castellanas de nuestra obra, la única publicada hasta la fecha de la que hemos tenido conocimiento es la que incluyó F. Norberto Castilla[87] como apéndice a su traducción de la *Historia del Imperio Romano de Amiano Marcelino* (tomo II, Madrid, ed. Hernando, 1925, págs. 293-413). Aunque el autor no llega a indicar nunca el texto que tomó como base para su traducción, nos inclinamos a pensar que debió de ser también el de Fournier de Moujan.

Mencionaremos también, para terminar, el trabajo doctoral inédito de José Luis Hernández Rojo, en el que se incluye también una versión castellana de nuestra obra basada en el anticuado texto latino de Mommsen, aunque, por lo que hemos podido comprobar, en muchos casos se aparta bastante de éste y parece seguir más de cerca la traducción castellana de N. Castilla[88].

Esta edición

Para nuestra versión castellana seguimos fundamentalmente el excelente texto crítico latino de Giunta y Grillone, notablemente distinto en cuanto a puntuación, forma y contenido del establecido por Mommsen, y hemos señalado expresamente en nota a pie de página las escasas ocasiones en las que hemos optado por una lectura diferente a la elegida por estos editores. En cuanto a la traducción de nombres propios, especialmente los de tipo

geográfico, hemos preferido el nombre moderno siempre que éste se derive directamente de la forma latina antigua y muestre de forma transparente su correspondencia con el original, mientras que hemos conservado el nombre antiguo si la forma moderna no guarda relación directa con él, señalando en este último caso en nota la correspondencia entre los dos términos.

Por lo que respecta al estilo de nuestra traducción, se advertirá en algunos pasajes cierta rudeza de expresión que responde a un intento deliberado por reflejar con mayor fidelidad el estilo, un tanto recargado unas veces y desabrido otras, que caracteriza el latín de Jordanes. El recurso a una brillante traducción literaria en estos casos no habría hecho más que desvirtuar el verdadero carácter del texto y habría supuesto una traición al modelo mayor aún que la que supone cualquier intento de traducción de una obra de la que nos separan casi quince siglos.

Salamanca, septiembre de 1999

BIBLIOGRAFÍA

Alarcos, A, «El Toledano, Jornandes y San Isidoro», Boletín de la Biblioteca Menendez y Pelayo, 17,1935, pags 101-129

Alonso Nuñez, J M , «L'historien Jordanes comme source de l'historie de la Peninsule Iberique», Revue Belge de Phihlogie et d'Histoire, 59,1981, pags 147 159

—«Jordanes and Procopius on northern Europe», Nottingham Medieval Studies, 31, 1987, pags 1 16

—«Jordanes on Britain», Oxford Journal of Archaeohgy, 6, 1987, páginas 127 129

—«Los imperios universales en Jordanes», Memorias de Historia Antigua, 10, 1989, pags 163-169

—«Jordanes y la emigración y fama de los godos», Memorias de Historia Antigua, 10, 1989, pags 215-218

Allen, P, «The "Justinianic" plague», Byzantion, 49, 1979, pags 5-20

Andersson, T M, «Cassiodorus and the Gothic Legend of Ermanaric», Euphonon 57, 1963, pags 28-43

Angrisani, M L, «lord Get 266 e Cassiod inst I, 28», Romanobarbarica, 4, 1979, pags 5-11

Bachrach, V S, «Who were the Ripanolilbriones5», Grazer Beitrage, 3,1975, pags 5-19

Baldwin, B, «Jordanes on Eugenius Some further possibilities», Antichton, 11, 1977, pags 103-104

—«The Purpose of jordanes Getica», Hermes, 107,1979, pags 489-492

—«Sources for the Getica of Jordanes», Revue belge de phihlogie et d'historie, 59, 1981, pags 141-146

Barnisch, S J B, «The Génesis and Complerion of Cassiodorus Gothic History, Latomus, 43, 1984, pags 336 361

BARTOLINI, L, *Jordanes. Storia da Goti, Milán*, 1991 (=1999).

Bergmuller, L, Ernige Bemerkungen zur Latinitat des Jordanes, Augsburgo, 1903.

Bianchi, D., «Note sui "Getica" di Giordane e le loro clausole», Aevum, 30, 1956, págs. 239-246.

Bouvier-Ajam, M., Attila Le fléau de Dieu, París, 1999.

Bradley, D. R., «The Getica fragments ín codex Palatinus Latinus 927», Revistadt Cultura Classica e Medioeval, 5,1963, págs. 336-376.

—«The Composicion of the Getica», Éranos, 64, 1966, págs. 67-79.

—«In altum laxare vela compulsus. The Getica of Jordanes», Hermes, 121, 1993, págs. 211-236.

—«Manuscript Evidence for the Text of the Getica of Jordanes», Hermes, 123, 1995, págs. 346-362 y 490-503.

—«Some Textual Problems in the Getica of Jordanes», Hermes, 124, 1997, págs. 215-230.

Bradley, H., Historia de los godos desde los tiempos primitivos hasta el fin de la dominación gótica en España, Valencia, 1997.

Buonomo, L. M., «Introduzione alla lettura delle opere di Giordane», Mutatio rerum Letteratura, Filosofia, Saenza tra tardo antico e altomedievo. Atti del convegno di Studi. Napoli, 25-26 novembre 1996, M. L. Silvestre y M. Squillante (eds), Ñapóles, 1997.

Burns T. S., «Pursumg the early Gothic migrations», Acta Archaeologica Academiae Saentiarum Hungaricae, 31, 1979, págs 189-199.

Cipolla, C, «Consideraziom sulle Getica di Iordanes e sulle loro relaziom colla Historia Getarum di Cassiodoro Senatore», Memorie della reale Accademia della Scienze di Torino, II serie, t. 43, 1893, págs. 99-134.

Clover, F. M., «Count Gamas and count Sebastian», Amencan Journal of Ancient History, 4,1979, págs. 65-76.

Courceize, P., Histoire litéraire des grandes invasions germaniques, París, 1948.

—Late Latín Writers and ther Greek Sources, Harvard, 1969.

Croke, B., «Jordanes understanding of the usurpation of Eugenius», Antichthon, 9, 1975, págs. 81-83.

—«Cassiodorus and the Getica of Jordanes», Classical Philohgy, 82, 1987, págs. 117-134.

Dagron, G., «Discours utopique et récit des origines. 1. Une lecture

de Cassiodore-Jordanés: les Goths de Scandza-Ravenne», Annales, économies, sociétés, civilisations, 26, 1971, págs. 290-305.

Demougeot, E., La formation de l'Europe et les invasions barbares (3 v.), París, 1969 1979.

—«Bedeutet das Jahr 476 das Ende des Romtschen Reiches ím Okzident?» Klio, 60, 1978, págs. 371 381.

Devilliers, O., «Le confín entre Romains et Wisigoths en 436-439 d'aprés les Getica de Jordanes. Fortune et infortune de l'abréviateur», Revue de Phillogie, 69, 1995, págs. 111-126.

—Jordanes Histoire des Goths, París, 1995.

Drouet de Maupertuy, J. B., Histoire genérale des Goths, tradute du latín de Jornandes, París, 1703.

Ensslin, W., Des Symmachus Historia Romana als Quelle fur Jordanes, Munich, 1949.

Fernández Valverde, J., Roderici Ximeno de Rada, Historia de rebus Hispaniae sue Historia Gothica, Turnholti, 1987.

Ferrill, A., La caída del Imperio Romano, Madrid, 1989.

Ferro, T., «La complessa transizione dal latino al romanzo nell area carpato danubiana: aspetti del latino di Iordanes», La transizione dal latino alle lingue romanze Atti della Tavola Rotonda di Linguistica Storica Universita Ca'Foscart de Venezia, ed. J. Hermán, Tubinga, 1998, págs. 189-193.

Fournier de Moujan, G., Jornandes, Histotre des Goths, París, 1849 (18692).

Friedrich, J., «Über die kontroversen Fragen ím Leben des gotischen Geschichtsschreibers Jordanes», Sitzungsberichte der philosophisch-philologischen und der historischen Klasse der konighch bayeris-chem Akademie der Wissenschften zu Munchen, 3,1908, págs. 379-442.

Frohner, W, «Jordanes Getica 188.261», Philologus, 5 suppl., 1884, págs. 1 7.

García Moreno, L A., Histona de la España visigoda, Madrid, 1989.

Geschwantle, O., «Zum Namen der Rosomonen und an Jónakr», Sprache, 17, 1971, págs. 164-176.

Giordano, O., Jordanes De origimbus actibusque Getarum, testo, traduzione e note dipassi scelti, Barí, 1972.

—Jordanes e la stonografia nel VI secolo, Bari 1973.

Giunta, R, «Il manoscrito dei "Getica" di Jordanes conservato nell'Archivio di Stato di Palermo», Archivio Storico per la Sicilia, s. 3, 1,

1946, págs. 185-195.

—«Consideraziom sulla vita e sulle opere di Jordanes», Italica, 25, 1948, págs. 244-247.

—Jordanes e la cultura dell'Alto Medio Evo, Palermo 1952 (Siracusa, 1988²).

—«In margine alla nuova edizione del Getica di Jordanes», Faventia, 10, 1988, pags. 77-79.

Giunta, F. y Grillone, A., Iordanes de origine actibusque Getarum, Roma, 1991.

Goffart, W, «Rome, Constantinople and the Barbarians», American Histórical Review, 86, 1981, págs. 275-306

—The Narrators of Barbarían History (A.D. 550-800): Jordanes, Gregory of Tours, Bede, and Paul the Deacon, Princeton, 1988.

González Fernández, R., «El mito gótico en la historiografía del siglo xv», Los visigodos. Historia y civilización, Murcia, 1986, págs. 289-300.

Grienberger, T. von, «Die Vorfahren des Jordanes», Germanía, 34, 1889, págs. 406-409.

—«Die nordischen Volker bei Jordanes», Zeitschnft fur deutsches Altertum und deutsche Litteratur, 46, 1902, págs. 128-68 y 47, 1904, págs. 272-276.

—«Ostgermanische Flussnamen bei Jordanes», Zeitschnft fur deutsches Altertum und deutsche Litteratur, 55, 1917, págs. 41-52.

Grimm, J., «Uber Jornandes und die Geten», Kkinere Schnften, Berlín, 1866, págs. 171-235.

Gutschmid, A. von, «Zu Jordanis», Kleine Schriften, v. 5, Leipzig, 1894, págs. 293-336.

Hachmann, R., Goten und Skandinavien, Berlín, 1970.

Haupt, H., «Zu Jordanes und Dictys Cretensis», Philologus, 43, 1884, págs. 546-565; ibíd, sup. 5, 1884, págs. 1-96.

Heather, P., Goths and Romans, Oxford, 1992.

—«The Historical Culture of Ostrogothic Italy», Teoderico il grande e i Goti d'Italia. Atti del XIII Congresso internacionale di studi sull'Alto Medioevo, Milano 2-6 novembre 1992, Spoleto, 1993.

—The Goths, Oxford, 1998.

—(ed.), Vistgoths from the Migration Period to the Seventh Centuty. An ethnographic perspective, Suffolk, 1999.

Helttula, A., «Ablative and accusative absolute in Jordanes and his sources», Studies in Classical and Modem Philology, Helsinki, 1983.

Iliescu, V, «Geten oder Skythen, Zu Jord. Get. 65», Philologus, 115, 1971, págs. 137-139.

—«Deuictis Sarmatis? Zu Jord. Get. 101», Revue Roumaine de Linguistique, 16, 1971, págs. 137-139.

—«Germanorum terras quas nunc Franci optinent? Zu Jordanes, Getica 67», Philologus, 115, 1971, págs. 137-146.

—«Bemerkungen zur gotenfreundlichen Einstellung ín dei Getica des Jordanes», Actes de la XII' Conference Internationale d'Études Classiques, Amsterdam, v. 1, 1975, págs. 411-429.

Iordache, R., «Elementos vulgares en la obra de Iordanes», Helmantica, 24, 1973, págs 117-134.

—«Observaciones sobre la subordinación causal en las obras de Jordanes», Helmantica, 27, 1976, págs. 5-62.

—«L'interrogative indirecte dans les oeuvres de Jordanes», Zrva Antika, 33, 1983, págs. 149-184.

—«La confusión "Gétes-Goths" dans la "Getica" de Jordanes», Helmantica, 34, 1983, págs. 317-337.

—«L'infinitif dans les oeuvres de Jordanes», Lingüistica, 24, 1984, págs. 121-157.

—«L'emploi des adverbes quatenus, hactenus, protinus et tenus dans les oeuvres de Jordanes ou sur certains éléments du style de chancellene a l'époque tardive», Atti dell Accademia di Saenze Lettere e Arti di Palermo, 5, 1984 85, págs. 331-352

—«Habitats gothiques aux bords du Pont-Euxin selon l'historien Jordanes», Noi Tracu, 14, 1985, págs. 8-15.

—«Portrait de Décenéus dans les Getica de Iordanes, ou remarques sur le processus d'éducation chez les Géto-Daces du temps de Burébistas», Mediterráneo Medievale. Studi in onore di F. Giunta, Altomonte, 1987, v. 2, págs. 619-628.

—«Remarques sur la subordonnée temporelle á l'époque classique et á l'époque tardive, chez Jordanes», Lingüistica, 33, 1993, págs. 69-106.

Kalen, H , Studia in jordanem Phlologica, Upsala, 1939.

Kappelmacher, A., «Zur Lebensgeschichte des Iordams», Wiener Studien, 36, 1914, págs. 181-188.

Korkkanen, I., The peoples of Hermanaric. Jordanes, Getica 116, Helsinki, 1975.

Krappe, A. H., «Les funerailles d'Alaric», American Journal of Philology, 7, 1939, págs. 229-243.

Lorenzo Lorenzo, J., El valor de los preverbios en Jordanes, Salamanca, 1976.

—«Algunas consideraciones sobre la técnica de los retratos en Jordanes», Durius, 5, 1977, págs. 127-138.

—«Ecos virgilianos en Gregorio de Tours y Jordanes», Helmantica, 33, 1982, págs 359-369.

Luiselli, B., «Sul De summa temporum di Jordanes», Romanobarbarica, 1,1976, págs. 83-133.

—«Cassiodoro e la Storia dei Goti», Passaggio dal mondo antico al Medio Evo Da Teodosio a san Gregorio Magno (Atti dei Convegni Lincei 45), Roma, 1980, págs. 225-253.

—Storia cultúrale dei rapporti tra mondo romano e mondo germánico, Roma, 1992.

Martens, W., Jordanes Gotengeschichte nebst Auszugen aus seiner romischen Geschchte, Leipzig, 1884 (1913²).

Mastrelli, C. A., «Sull' origine e sul nome dei visigoti», Archivio Glottologico Italiano, 49, 1964, págs. 127-142.

Messmer, H., Hispania-Idee und Gotenmythos, Zúrich, 1960.

Mierow, C. C, The Gothic History of Jordanes, Princeton, Londres, Oxford, 1915 (=1966).

—«Some remarks on the literary technique of the Gotic historian Jordanes», Classical Weekly, 16, 1923, págs. 140-142.

Momigliano, A., «Cassiodorus and Italian Culture of his Time», Proceedings of the British Academy, 41, 1955, págs. 207-245.

—«Gil Amen e la storiografia del vi sec. d.C», Secondo contributo alla storia degli studi classia, Roma, 1960, págs 231-253.

Mommsen, Th., Iordanis Romana et Getica, MGH, AA t. 5 pars prior, Berolini, 1882.

Musset, L., Las invasiones. Las oleadas germánicas, Barcelona, 1967.

Mussot-Goulard, R., Les Goths, Biarritz, 1999.

Nagy, T., «Les campagnes d'Attila aux Balkans et la valeur du temoignage de Jordanes concernant les Germains», Acta Antiqua Academiae Scientiarum Hungaricae, 4, 1956, págs. 251-262.

—«Reoccupation of Pannonia from the Huns ín 427. Did Iordanes use the Chronicon of Marcellinus Comes ín the Writing of the Getica?», Acta Antiqua Academiae Scientiarum Hungaricae, 15, 1967, págs. 159 186.

Norberg, D., «Zur Kntik und Erklarung emer Jordanesstelle», Eranos, 1943, págs. 33-40.

O'DonnellJ. J., Cassiodorus, Berkeley, 1979.

—«Libenus the Patrician», Traditio, 37, 1981, págs. 31-72.

—«The Aims of Jordanes», Historia, 31, 1982, págs. 223-240.

Otto, C, «Miscellanea gótica: Existe-t-il des traces d'une "légende des origines" á schéma trifonctionnel dans le De origine actibusque Getarum de Jordanes?», Etudes Indo-Européennes, 1990, págs. 21-27.

Oxenstierna, E. C. Graf, Die Urheimat der Goten, Leipzig-Estocolmo, 1948.

Palol, P. de y Ripoll, G., Los godos en el occidente europeo. Ostrogodos y visigodos en los siglos v-viii, Madrid, 1988.

Ranke, L von, «Jordanes», Weltgeschichte, Leipzig, 1883, págs. 313-327.

Ratti, S., «Les Romana de Jordanes et le Bréviare d'Eutrope», L'Antiquité Classique, 65, 1996, págs. 175-187.

Reydellet, M., «Jordanes: le crépuscule des Amales», La royauté dans la littérature latine de Sidoine Apollinaire a Isidore de Séville, Roma, 1981, págs. 255-294.

Romano, D., «Due storici di Attila. Il greco Prisco e íl goto Jordanes», Antiquitas, 2, 1947, págs. 65-71.

Sauvagner, A., Jornandes. De la Sucassion des royaumes et des temps et de Vorigine et des actes des Goths, París, 1842 (1883²)

Schirren, C., De ratione quae ínter Iordanem et Cassiodorum intercedat, Dorpat, 1858.

Schlugleit, D., «L'abbé de Scaglia, Jordanes et l'Histoire de Psyché de Greenwich-House (1639-1642)», Revue Belge d'Archéologie et d'Histoire del'Art, 1937, págs. 139-146.

Schnetz, J., «Jordanes beim Geographen von Ravenna», Philologus, 35, 1925, págs. 36-88.

Schramm, G., «Die nordostlichen Eroberungen der Russlandgoten (Merens, Mordens und andere Volkemamen bei Jordanes Getica XXIII, 116)», Fruhmittelaterliche Studien, 8, 1974, págs. 1-14.

Schuster, M., «Die Hunnenbeschreibungen bei Iordanis», Wiener Studien, 1940, págs. 119-130.

Schwartz, J., «Jordanes et l'Histoire Auguste», Bonner Historia-Augusta-Colloquium, Bonn, 1983, págs. 275 284.

Schwarz, E., «Die Urheimat der Goten und íhre Wanderungen ím

Weichselland und nach Sudrussland», Saeculum, 4, 1953, págs. 14-25

Simonetti, G., «Romulus íunior. Iordanes, Romana 52», Romanobarbarica, 2, 1977, págs. 259 265.

Sondervorst, V, «De la persistance de "m" finale chez Jordanes», Musée belge, 5,1901, págs. 224-231.

Sthamer, E., «Eine neue Jordanes-Handschrift in Palermo», Forschungen und Fortschritte, 5, 1929, pág. 45.

Suerbaum, W., Von antiken zum frühmittelalterlichen Staatsbegriff. Über Verwendung und Bedeutung von «Res publica», «Regnunt», «Imperium» und Status von Cicero bis Jordanes, Münster, 1972.

Svennung, J., Iordanes und Scandia, Kritisch-exegetische Studien, Estocolmo, 1967.

—Zur Geschichte des Goticismus, Upsala, 1967.

—«Zur Cassiodor und Iordanes», Éranos, 67, 1969, págs. 71-80.

—«Jordanes und die gotische Stammsage», Studia Gótica, ed. U. E. Hagberg, Estocolmo, 1972, págs. 20-56.

Sybel, H. von, Defontibus libri Jordanis de origine actuque Gothorum, Berlín, 1838.

—«Zu dem Aufsatz: Geten und Gothen», Zeitschrift für Geschichte, 7, 1847, págs. 288-296.

Teillet, S., «Jordanes et la naissance d'une histoire nationale des Goths», Des Goths a la nation gothique, París, 1984, págs. 305-334.

Thompson, E. A., The visigoths in the Time of Ulfila, Oxford, 1966.

Tonnies, B., Die Amalertradition in den Quellen zur Geschichte der Ostgoten. Untersuchungen zu Cassiodor, Jordanes, Ennodius und den Excerpta Valesiana, Hildesheim-Nueva York, 1989.

Váradi, L, «Jordanes-Studien: Jordanes und das Chronicon des Marcellinus Comes; Die Selbstandigkeit des Jordanes», Chiron, 6, 1976, págs. 441-487.

Vernadsky, N., «The Spali of Jordanis and the Spori of Procopius», Byzantion, 13, 1938, págs. 263-266.

Wagner, N., Getica. Untersuchungen zum Leben des Jordanes und zur frühen Geschichte der Goten, Berlín, 1967.

—«Eine Nennung des Ablabius bei Jordanes, Get. 151», Zeitschrift für deutsches Altertum unddeutsche Literatur, 100, 1971, págs. 40-49.

—«Die Wolfsinseln bei Jordanes. Eine Station auf einer Pelzhandelsroute des frühen 6. Jahrhunderts?», Zeitschrift für deutsches Altertum und deutsche Literatur, 104, 1974, págs. 73-80.

Weibull, C, Die Auswanderung der Goten aus Schweden, Gotemburgo, 1958.

Weibull, L, «Skandza und ihre Vólker in der Darstellung des Jordanes», Arkiv fór nordisk filologi, 41, 1925, págs. 213-246.

Weissensteiner, J., «Quellenkundliche Abhandlungen zu Jordanes», Diss. Institut für osterreichische Geschichtsforschung, Viena, 1980.

Werner, F., Die Latinitat der Getica des Jordanes, Halle, 1908.

Wölfflin, E., «Zur Latinitat des Jordanes», Archiv für Lateinische Lexicographie und Grammatik, 1900, págs. 361-368.

Wolfram, H., Geschichte der Goten von den Anfdngen bis zur Mitte des sechsten Jahrhunderts: Entwurf einer historischen Ethnographie, Munich, 1979. (= Histoire des Goths, traducción francesa de la edición americana de 1988 revisada y completada por el autor, París, 1990).

Zecchini, G., Ricerche di storiografia latina tardoantica, Roma, 1993.

Zeilet, J., «L'apparition du mot Romania chez les écrivains latins», Revue d'Études Latines, 7, 1929, págs. 194-198.

Zwolski, E., Historia gocka, czyli scytyjska Europa: Kasjodor i Jordanes, Lublin, 1984.

Zupanic, N., «Die Anten. Ursprung und Namen», Actes du III Congres d'Études Byzantines, Atenas, 1932, págs. 331-339.

ORIGEN Y GESTAS DE LOS GODOS

Prólogo

1. Me mandas, hermano Castalio[89], que me adentre en alta mar, a mi que deseo surcar en una pequeña barquilla las orillas de una playa tranquila y pescar, como dice alguien, peces diminutos en los estanques de los Antiguos, y tratas de convencerme para que abandone la obrilla que tengo entre manos, la *Abreviación de las Crónicas*[90], y que resuma con mis propias palabras en un solo libro los doce volúmenes del Senador[91] sobre el origen y las gestas de los getas[92] por generaciones de reyes desde sus comienzos hasta nuestros días. ¡Encargos harto difíciles, como si fuesen impuestos por alguien que no quisiera comprender lo arduo de la empresa! Y no te das cuenta de que mi inspiración es demasiado simple para estar a la altura de su magnifico talento oratorio. **2.** Pero lo más arduo es que ni siquiera tengo posibilidad de consultar esos mismos libros para mantenerme fiel a su sentido.

Aunque, para no mentir, hace tiempo pude hacer una lectura rápida de estos libros durante tres días, gracias a los buenos oficios del administrador del autor[93] y, a pesar de no reproducir con precisión las palabras, creo que recuerdo completamente el sentido de los hechos narrados. **3.** A esto he añadido varios datos que me han parecido convenientes sacados de algunos historiadores griegos y latinos, y he introducido en el texto un comienzo y un final, así como muchas aportaciones de mi propia cosecha[94].

Por tanto, recibe con agrado lo que me solicitaste sin reproches por mi parte, y léelo con mayor agrado aun. Si he omitido algún detalle y tú, como vecino[95] que eres de este pueblo, lo recuerdas, añádelo y ruega por mi, queridísimo hermano. Que el Señor te acompañe. Amén.

Primera parte: MIGRACIONES DE LOS GODOS

Capítulo primero. Descripción general de la Tierra

4. Nuestros antepasados, como cuenta Orosio[96], consideraron que toda la circunferencia de la Tierra rodeada por el cinturón del Océano estaba dividida en tres partes y las llamaron Asia, Europa y África. Sobre esta división tripartita del globo terráqueo existe un número casi incontable de escritores que no sólo explican la situación de las ciudades y lugares, sino también, lo que es más preciso aún, calculan sus distancias en pasos y millas. Determinan también la situación en la inmensidad del grandioso mar Océano de las islas, tanto mayores como menores, expuestas al oleaje marino, a las que denominan Cicladas o Espóradas.

5. Por lo que respecta a los inaccesibles confines del Océano, no sólo nadie ha emprendido la tarea de describirlos, sino que ni siquiera a nadie le ha sido posible traspasarlos, porque, dada la resistencia que ofrecen las algas y la ausencia de vientos, se comprende que son un lugar sin retorno, conocido solamente por Aquel que lo creó. **6**. Sin embargo, las costas situadas a este lado del mar, que hemos denominado cinturón de toda la Tierra, y que rodean sus confines a modo de corona, han sido perfectamente conocidas por los hombres curiosos que han decidido escribir sobre estos asuntos, ya que este cinturón terrestre tiene sus propios moradores y algunas islas de ese mismo mar están habitadas. Por ejemplo, en las regiones orientales y en el océano índico están Hipópodes[97], Jamnesia y la isla abrasada del Sol, que, aunque inhóspita, se extiende considerablemente en longitud y latitud. Está

también Taprobana[98], en la que, además de aldeas y casas de campo, existen diez hermosas ciudades bien fortificadas. Pero hay una isla mucho más agradable aún, la Silefantina, así como Terón, que aunque no han sido descritas por escritor alguno, están abundantemente provistas de riquezas.

7. Este mismo Océano tiene en su parte occidental algunas islas bastante grandes conocidas por casi todo el mundo, dada la abundancia de viajeros que van y vienen de ellas; y están también junto al estrecho de Gades, a escasa distancia, una que es denominada Feliz y otra Afortunada[99]. Algunos colocan también entre las islas del Océano aquellos dos promontorios gemelos de Galicia y Lusitania, en uno de los cuales se observa todavía el templo de Hércules y en otro el monumento a Escipión[100]. Sin embargo, dado que están unidos al extremo del territorio gallego, pertenecen más al gran continente europeo que a las islas del Océano.

8. Tiene además este mar otras islas en su parte más interior que se llaman Baleares; y tiene también otra, Mevania, así como las Orcadas, en número de treinta y tres, aunque no todas habitadas[101]. Tiene también en su extremo más occidental otra isla llamada Tule, de la que dijo entre otras cosas el poeta mantuano:

que te obedezca Tule, situada en los confines del orbe[102].

9. Este mismo Océano inmenso acoge igualmente en su parte ártica, es decir, septentrional, una gran isla cuyo nombre es Escandia[103], a partir de la cual comenzaremos nuestro relato con la ayuda del Señor, ya que el pueblo cuyo origen tan insistentemente me preguntas llegó al continente europeo después de salir del corazón de esta isla como un enjambre de abejas. Cómo y en qué condiciones se realizó esta salida lo explicaremos en los siguientes capítulos, si el Señor nos lo concede.

Capítulo II. Descripción de las Islas Británicas

10. Pero ahora trataré brevemente y en la medida de mis posibilidades de la isla de Britania, que está situada en el corazón del Océano, entre las Hispanias, las Galias y Germania[104]. Aunque en otro tiempo, como cuenta Livio[105], nadie la circunnavegó en toda su extensión, fueron muchos los que expresaron diversas opiniones sobre ella. Si bien es cierto que permaneció durante largo tiempo inexpugnable ante los ejércitos romanos, Julio César la hizo

accesible con sus combates, en los que buscaba tan sólo su gloria personal[106]. Más tarde muchas personas la recorrieron gracias al comercio y por otros motivos, y reveló a la siguiente generación, deseosa de conocerla, su situación más exacta. Ésta es la que expongo aquí tal y como nos es transmitida por los autores griegos y latinos.

11. Buen número de ellos afirmaron que es de forma triangular, semejante a una cuña, que se extiende entre la región septentrional y la occidental, formando un gran ángulo frente a la desembocadura del Rin; desde allí se estrecha en anchura oblicuamente, volviendo sobre sí misma para formar otros dos ángulos, y sus dos lados más largos se dirigen a la Galia y a Germania[107]. **12**. Se dice que su mayor anchura es de dos mil trescientos diez estadios y que su longitud no sobrepasa los siete mil ciento treinta y dos estadios[108]. Está formada por una llanura cubierta en parte de matorrales y en parte boscosa, en la que surgen también algunos montes, rodeada por un mar sosegado, que se presta difícilmente a ser surcado por los remos y que no se altera por el soplo de los vientos. Creo que esto se debe a que las tierras están tan alejadas que impiden el oleaje, ya que el mar se extiende más ampliamente allí que en cualquier otro lugar. **13**. Cuenta Estrabón, renombrado escritor griego, que esta isla, empapado su suelo por los frecuentes desbordamientos del océano, exhala nieblas tan densas que ocultan el sol e impiden verlo, oscureciendo casi durante todo el día su claridad misma. En la parte más alejada de la isla, la noche es también más clara y mucho más corta[109]. También Cornelio, autor de los *Anales*[110], relata que es muy rica en todo tipo de metales, abundante en pastos y más fértil en todo tipo de alimentos para el ganado que para el hombre, y que fluyen y refluyen por su superficie enormes ríos que arrastran piedras preciosas y perlas.

14. Los siluros son de tez morena y la mayoría nacen con el cabello rizado y negro. En cambio, los habitantes de Caledonia son pelirrojos y corpulentos, pero blandos. Se parecen a los galos o a los hispanos, dependiendo de su orientación hacia uno u otro país, por lo que conjeturaron algunos que la isla acogió a pobladores venidos de estos pueblos vecinos[111]. Todos los pueblos y sus reyes son igualmente salvajes. Dión, famosísimo escritor de anales, es el responsable de agruparlos a todos bajo las denominaciones de

caledonios y meatos[112]. Viven en chozas de mimbre, compartiendo techo con el ganado, y los bosques les sirven a menudo de morada. No sé si se pintan sus cuerpos con hierro para adornarlos o por algún otro motivo. **15**. Se hacen frecuentemente la guerra entre ellos, o por deseo de poder o para aumentar sus posesiones, luchando no sólo a caballo o a pie, sino también con bigas y con carros guarnecidos de hoces, que llaman en su idioma «*esedas*»[113]. Basten estos pocos datos sobre la situación de la isla de Britania.

Capítulo III. Descripción de la isla de Escandía

16. Volvamos a la situación de la isla de Escandia donde la habíamos dejado más arriba. En efecto, el ilustre geógrafo Claudio Tolomeo la recuerda en el libro segundo de su obra[114] diciendo: «hay una gran isla situada en la zona ártica del Océano, llamada Escandia, con las costas pandeadas a modo de hojas de cedro, que se extiende a lo largo y se cierra sobre sí misma». De ella cuenta Pomponio Mela que está situada en el golfo de Codano[115].

17. El Océano baña sus costas. Está situada enfrente del río Vístula, que, tras nacer en las montañas sármatas, desemboca en el Océano septentrional, enfrente de Escandia, por medio de tres brazos que dividen Germania y Escitia. En la parte oriental del interior del continente existe un extenso lago, desde el que, como surgido de una especie de vientre, fluye el río Vagi en dirección al Océano[116]. En su parte occidental está circundada por un mar inmenso; por el norte también la rodea el mismo Océano inmenso e innavegable, del que surge una especie de brazo que revuelve las aguas para formar el mar Germánico. **18**. Se piensa que existe allí también un grupo de pequeñas pero numerosas islas y que los lobos se quedan ciegos cuando pretenden acceder a ellas a través del mar congelado, debido a las bajísimas temperaturas. Así que resulta ser una tierra no sólo inhóspita para los hombres, sino cruel incluso para las bestias salvajes.

19. Aunque en Escandía, la isla de la que estamos tratando, están establecidos muchos y diversos pueblos, Tolomeo menciona solamente siete de sus nombres[117]. Allí no se encuentran por ninguna parte enjambres de abejas melíferas, a causa del intenso frío. En su parte ártica se asienta el pueblo adogit, del que se dice que en mitad del verano tiene cuarenta días y cuarenta noches continuas de luz solar y que, del mismo modo, en el período

invernal se ve privado de claridad durante el mismo número de días y de noches. Así, alternando la pena con la alegría, tienen ventajas e inconvenientes distintos a los demás pueblos. **20**. ¿Y esto, por qué? Porque cuando los días se hacen más largos, ven que el sol vuelve a oriente rozando el horizonte, mientras que cuando se acortan, no pueden observarlo así, sino de otro modo, porque recorre los signos australes, y el sol que nos parece a nosotros que sale de debajo de la Tierra creen ellos que está dándole la vuelta.

21. Por lo demás, están allí también los pueblos escrerefenos[118], que no toman cereales como alimento, sino que se mantienen con la carne de las fieras y con huevos de las aves. Ponen allí, en los terrenos pantanosos, tantos huevos, que no sólo son suficientes para asegurar la continuación de la especie, sino también para sustentar abundantemente a este pueblo. Habita allí también otro pueblo, el de los suehanos, que, como los turingos, se sirven de excelentes caballos[119]. Son también éstos los que hacen llegar a los romanos, a través de otros innumerables pueblos por medio del comercio, las pieles de color zafiro que suelen utilizar, y se han hecho famosos por el hermoso color negro de sus pieles. Aunque viven pobremente, se visten con gran riqueza.

22. Después viene una multitud de naciones diversas, los teustes, los vagot, los bergio, los hallin, los liótidas, que se asientan todos ellos en regiones llanas y fértiles y a causa de esto son devastados por las incursiones de otros pueblos. Luego están los ahelmil, los finaitas, los fervir, los gautigodos, raza de hombres fieros y dispuestos siempre a combatir; después vienen los ostrogodos, mezclados también con los greotingos. Todos ellos viven en las rocas que han excavado a modo de refugios, como las fieras salvajes. **23**. Más lejos de éstos están los raumáricos y los ragnáricos, los finos[120], sumamente pacíficos, más afables que los demás pobladores de Escandía, y semejantes a ellos son los vinovil. En este grupo de pueblos se suele colocar también a los otsuétidas, aunque superan a los restantes en estatura, y también a los daneses, procedentes de su misma estirpe, que expulsaron de sus tierras a los hérulos, y que reivindican para sí un nombre privilegiado entre todos los pueblos de Escandía en virtud de su elevada estatura. **24**. Por lo demás, hay que situar también en esta zona a los granios, auganzos, eunixos y telas, rugos[121], arotos y ranios, que tuvieron

como rey a Rodulfo[122] no hace muchos años, quien, despreciando su propio reino, marchó al lado de Teodorico, rey de los godos, y encontró lo que echaba de menos. Así pues, estos pueblos, superiores a los germanos en fuerza y valor, combatían con una fiereza propia de bestias salvajes.

Capitulo IV. Salida de los godos de Escandía y asentamiento en Escitia

25. Se cuenta que en otro tiempo los godos salieron con su rey, llamado Beng, de esta isla de Escandía, a la que se puede considerar una fábrica de razas o un vivero de pueblos. Tan pronto como desembarcaron de sus naves y tocaron tierra dieron su nombre al territorio que hoy, según se dice, se llama Gotiscandia[123]. **26**. Desde allí marcharon al territorio de los ulmerugos, que por entonces ocupaban las riberas del Océano, acamparon allí y, tras entablar combate con ellos, los expulsaron de sus propias tierras. Más tarde sometieron a los vándalos[124], vecinos de aquéllos, y los añadieron al número de sus vencidos. Pero como su población aumentó notablemente, después de que aproximadamente cinco reyes hubieran sucedido a Beng, Filimer, hijo de Gadanco, nada más comenzar a reinar, decidió salir de allí al frente del ejército de los godos al que acompañaban sus familias.

27. Mientras buscaba territorios y lugares convenientes y apropiados para establecerse, llegó a las tierras de Escitia, que en su lengua se llamaban «Oium», donde se quedó maravillado por la riqueza de estas regiones. Pero se cuenta que el puente por el que cruzaban un río se derrumbó cuando tan sólo la mitad del ejército lo había atravesado y no hubo manera de repararlo, de modo que ni los unos pudieron volver atrás ni los otros continuar adelante, pues este lugar, por lo que se cuenta, está cerrado por un abismo rodeado de pantanos con arenas movedizas y al que la Naturaleza ha convertido en un lugar inaccesible por la mezcla de estos elementos[125]. Sin embargo, hoy todavía se pueden escuchar allí las voces de los rebaños e incluso distinguir rastros humanos, según testimonio de los viajeros, a los que se puede creer aunque sólo las hayan oído desde lejos. Así que la parte de los godos que se cuenta que llegó junto a Filimer a las tierras de «Oium» después de atravesar el río tomó posesión del suelo deseado.

28. Sin demorarse lo más mínimo llegan ante el pueblo de los

espalos[126], trabaron combate y consiguen vencerlos. Desde allí, ya como vencedores, se dirigen rápidamente hacia los últimos territorios de Escitia, limítrofes con el mar del Ponto. Así se narra comúnmente en sus más antiguos poemas, escritos a modo de historia; así lo atestigua también Ablavio[127], que describe admirablemente al pueblo godo en su verídica *Historia*, y algunos otros escritores antiguos se muestran también partidarios de esta opinión. **29**. Ignoro por qué Josefo[128], autor de anales muy digno de crédito, cuando siempre es fiel a la verdad e investiga las últimas causas de los hechos que narra, ha omitido lo que yo he contado sobre los orígenes remotos de la nación goda; tan sólo menciona a este pueblo desde que se asentó en este lugar y asegura que esta denominación de escitas se refiere tanto a su nombre como a su raza. Pero, antes de pasar a otros asuntos, es preciso que señalemos los límites de esta tierra tal y como se encuentran fijados.

Capítulo V. Descripción de Escitia y de sus pueblos

30. En realidad Escitia es limítrofe con el territorio de Germanía en el punto en el que nace el río Ister o donde se forma la laguna Mursiana[129], extendiéndose hasta los ríos Tira, Danastro y Vagosola, y hasta el gran Danapro[130] y el monte Tauro[131], no el de Asia, sino uno propio de Escitia, por todo el entorno de la Meótida[132], y, más allá de ésta, por el estrecho del Bósforo[133] hasta el monte Cáucaso y el río Araxes.[134] Después vuelve hacia la izquierda tras el mar Caspio. En los últimos confines de Asia, desde el océano Eurobóreo[135], surge con forma de hongo[136], estrecha al principio, y luego prosigue con forma más alargada y redonda, en dirección al país de los hunos, los albanos y los seres.[137] **31**. Este país del que hablo, o sea, Escitia, se extiende longitudinalmente y se abre a lo ancho por su parte oriental. Justo en el lugar en el que comienza limita con los seres, que se asientan en las riberas del Caspio, al occidente tiene a los germanos y al río Vístula; por la parte de la Osa[138], es decir al norte, está rodeada por el océano y por el sur por Persia, Albania, Iberia[139], el Ponto[140] y el tramo final del Ister, al que llaman Danubio, desde su desembocadura hasta su nacimiento.

32. Por lo que respecta al territorio que limita con la costa del Ponto, contiene ciudades nada desconocidas: Boristenide, Olbia,

Calípida, Quersone, Teodosia, Careonte, Mirmición y Trebisonda[141], que los indomables pueblos escitas permitieron fundar a los griegos para poder comerciar con ellos. **33**. En medio de Escitia hay un lugar entre Europa y Asia que separa a una de la otra; son los montes Rífeos, que vierten sus aguas en el inmenso río Tanáis[142], que desemboca en la Meótida. El contorno de esta región pantanosa mide ciento cuarenta y cuatro mil pasos y su profundidad no sobrepasa en ningún lugar las ocho brazas[143]. El primer pueblo que habita en Escitia empezando por occidente es el de los gépidas[144], que están rodeados por grandes y famosos ríos: el Tisia discurre siguiendo el Aquilón y el Coro, y el gran Danubio por el Ábrego; el Aluto lo hace, rápido y revuelto, por la aurora, precipitándose con furia en el cauce del Ister[145].

34. Situada entre estos ríos se halla Dacia[146], protegida por los escarpados Alpes[147] dispuestos a modo de corona. A la izquierda de éstos, en dirección al Aquilón, se asienta la populosa nación de los vénetos[148], ocupando un inmenso territorio desde el nacimiento del Vístula. Aunque sus denominaciones varíen dependiendo de las tribus y los lugares, sin embargo, se los llama principalmente esclavenos y antes[149]. **35**. Los esclavenos habitan el territorio que se extiende desde la ciudad de Novioduno[150] y el lago llamado Mursiano[151], hasta el Danastro y por el norte hasta el Vístula. Tienen pantanos y bosques en lugar de ciudades. Los antes, por su parte, que son los más valerosos, se extienden desde el Danastro hasta el Danapro, por donde dibuja una curva el mar del Ponto. Estos ríos distan uno del otro muchas jornadas de camino.

36. En la costa del Océano, donde la corriente del río Vístula se disgrega en una triple desembocadura, viven los vidivarios[152], que son un conglomerado de pueblos diferentes; tras ellos, dominan las riberas del océano los estos[153], un pueblo totalmente pacífico; al sur de los estos se asientan los acaziros, un pueblo muy valeroso que desconoce la agricultura y que vive del ganado y de la caza. Más allá de éstos se extienden sobre el mar del Ponto las tierras de los búlgaros, a los que hicieron famosísimos las desgracias ocasionadas por nuestros pecados[154].

37. Después están ya los hunos, una raza muy valerosa y prolífica que hizo crecer como la hierba la rabia de sus dos pueblos, pues unos se llaman alziagiros y los otros saviros, pero sólo los

diferencian los lugares en los que se asientan. Los alziagiros viven junto a Quersone[155], adonde llevan las mercancías asiáticas los ávidos comerciantes. Durante el verano vagan por los campos sin lugar de residencia fijo, dependiendo de los pastos necesarios para sus rebaños. En invierno vuelven a sus tierras por encima del mar del Ponto. Luego, son famosos también los hunuguros, porque se dedican al comercio de pieles de marta.

38. Solamente la audacia de hombres tan aguerridos pudo atemorizar a los godos[156]. Hemos leído que éstos tuvieron su primer asentamiento en Escitia, junto a la laguna Meótida. En segundo lugar habitaron en Mesia, Tracia y Dacia, y en tercer lugar por encima del mar del Ponto, de nuevo en Escitia. Y no hemos encontrado en ninguna parte los relatos escritos de los que aseguran que fueron reducidos a la esclavitud en *Britania* o en cualquier otra isla y rescatados luego por alguien por el precio de un caballo. Y si efectivamente alguien dice que aparecieron en este mundo de un modo distinto al que hemos narrado, se enfrentará a nosotros, porque preferimos creer más en los textos escritos que confiar en los cuentos de viejas.

39. Así que, para volver al tema que nos ocupa, estos pueblos de los que estamos hablando, tenían, como sabemos, a Filimer como rey cuando habitaban en su primer asentamiento de Escitia junto a la zona pantanosa de la Meótida; en segundo lugar, es decir, en el territorio de Dacia, Tracia y Mesia, tuvieron a Zalmoxes[157], de quien atestiguan la mayor parte de los escritores de anales que fue un hombre de una admirable cultura filosófica. Tuvieron, pues, primero a Zeutas, también muy ilustrado, y luego a Deceneo[158], y en tercer lugar a Zalmoxes, como hemos dicho anteriormente. Y no les faltaron quienes les transmitieran la sabiduría. **40**. De ahí que los godos fueran siempre más sabios que todos los restantes bárbaros y casi semejantes a los griegos, como cuenta Dión, que compuso en griego sus *Historias y Anales*. Éste dice que primero llamaban «tarabosteseos» y luego «pileados» a los más nobles de entre ellos, y que los nombraban reyes y sacerdotes[159].

41. Hasta tal punto fueron alabados los getas, que dicen que nació entre ellos en tiempos remotos Marte, al que la falsedad de los poetas proclama dios de la guerra, y así dice Virgilio:

El padre gradivo que gobierna los campos géticos.[160]

Los godos aplacaron siempre a Marte con un culto crudelísimo, pues le sacrificaban como víctimas a sus prisioneros, pensando que el modo más indicado de aplacar al dios de la guerra era con el derramamiento de sangre humana. A éste le ofrecían las primicias de sus botines, en su honor colgaban de los troncos de los árboles los despojos, y tenían más arraigado su culto que el de las restantes divinidades, ya que les parecía que su devoción por este dios era la que se debía tributar a un padre.

42. En su tercer asentamiento, por encima del mar del Ponto, se hicieron más civilizados y, como dijimos anteriormente, más sabios, dividiendo a sus pueblos en familias: los visigodos obedecían a la familia de los Baltos, los ostrogodos a los de los nobles Ámalos[161]. **43.** De todos los pueblos vecinos, fueron los primeros que se aficionaron a tensar las cuerdas del arco, como lo atestigua Lucano, más historiador que poeta:

Tensad los arcos armenios con las cuerdas géticas[162].

También desde tiempos remotos cantaban las hazañas de sus antepasados con cánticos, melodías y acompañamiento de cítaras, los de Eterpamara, Hanala, Fritigerno, Vidigoya[163] y de otros que gozan de mucha reputación para este pueblo, y cuya talla apenas tuvieron los héroes que la Antigüedad considera dignos de admiración.

44. Por entonces, según se cuenta, Vesosis hizo una guerra a los escitas que había de ser más bien luctuosa para él. Se trataba de aquellos que una antigua tradición hace esposos de las Amazonas, a las que Orosio, en el primer volumen de sus *Historias*, considera con toda seguridad mujeres guerreras[164]. De esta afirmación extraemos la prueba evidente de que combatió entonces contra los godos el que sabemos, en términos absolutos, que luchó contra los maridos de las Amazonas. Éstos se asentaban desde el río Borístenes, que los habitantes de esta zona llaman Danapro, hasta el río Tanáis, en los alrededores del territorio pantanoso de la Meótida.

45. Estoy hablando de este Tanáis que fluye con tanta pendiente desde los montes Rífeos que, aunque los ríos cercanos, como el Meótida o el Bósforo, se congelen por el hielo, es el único que, protegido por montañas abruptas, no se solidifica nunca por el frío de Escitia[165]. Se considera a este río como frontera tradicional entre Asia y Europa. Pero hay otro Tanáis que nace en los montes de los

Crinos y desemboca en el mar Caspio. **46**. El Danapro, por su parte, nace en una gran laguna pantanosa y se extiende como si saliera del vientre de su madre. Hasta la mitad de su curso sus aguas son dulces y potables, y en ellas se crían peces muy sabrosos, sin raspas, con un simple cartílago que sostiene su cuerpo[166]. Pero cuando ya se acerca al Ponto recibe las aguas de una pequeña fuente conocida como Exanfeo, tan amargas que, aunque le queda aún un curso navegable de cuarenta días, se transforma con esta mínima cantidad y desemboca alterado y contaminado en el mar entre las ciudades griegas de Calípida e Hipanis[167]. Frente a su desembocadura hay una isla con el nombre de Aquiles[168]. Entre estos ríos[169] hay un enorme territorio, plagado de bosques e inseguro por sus pantanos.

Capítulo VI. Los godos se enfrentan al rey de Egipto y conquistan Asia

47 Mientras residían aquí los godos y tenían por rey a Tanausis, les declaró la guerra Vesosis, rey de los egipcios En un combate junto al río Fasis[170] (del que proceden las aves fásidas[171] de las que están bien surtidos en todo el mundo los festines de los poderosos), Tanausis, el rey de los godos, se enfrentó al egipcio Vesosis y después de infligirle una sonada derrota, lo persiguió hasta Egipto Y si no hubiera sido porque se lo impidieron las corrientes del infranqueable Nilo y las fortificaciones que hacía tiempo había hecho construir Vesosis a causa de las incursiones de los etíopes, lo habría aniquilado allí mismo, en su propia patria Pero como no había sido capaz de derrotarlo una vez que se atrincheró allí, conquisto casi toda Asia[172] a su vuelta e incluso convirtió en súbdito a su, por entonces, querido amigo Sorno, rey de los medos[173], para hacerle pagar tributo

48. Entonces, algunos de los victoriosos miembros de su ejército, viendo las provincias sometidas y rebosantes de fertilidad, desertaron del bando de los suyos y se establecieron voluntariamente en estas regiones de Asia. Pompeyo Trogo[174] afirma que es de éstos de quienes procede el nombre y el origen de la raza de los partos De ahí que incluso hoy día se los llame «partos», que en lengua escita significa «fugitivos». Y como corresponde a su linaje, son casi los únicos entre todos los pueblos de Asia expertos en el manejo del arco, amén de bravísimos guerreros Por lo que respecta a la denominación de «partos» o

«fugitivos» a la que hemos aludido, algunos explican su etimología diciendo que se los llama partos porque huyeron de sus padres.[175] A este Tanausis, rey de los godos, cuando murió, lo veneraron como uno más de los dioses de su pueblo.

Capítulo VII. Guerras de las Amazonas y descripción del Cáucaso

49. Tras la muerte de Tanausis, cuando su ejército, mandado ya por su sucesor, estaba haciendo una expedición por otras regiones, las mujeres de los godos fueron atacadas por un pueblo vecino con intención de apresarlas. Éstas, adiestradas por sus maridos, se defendieron valientemente y rechazaron a los enemigos que vergonzosamente se lanzaban sobre ellas. Una vez lograda esta victoria y aumentada la confianza en su propia audacia, se animaron unas a otras a tomar las armas y, después de elegir a las dos más audaces, Lampeto y Marpesia, se pusieron a sus órdenes[176].

50. Como se cuidan no sólo de defender sus propiedades, sino también de devastar las ajenas, deciden por sorteo que Lampeto se quede defendiendo las fronteras de su patria, mientras que Marpesia, tras formar un escuadrón de mujeres, conduce este nuevo tipo de ejército a Asia. Venciendo en la guerra a diferentes pueblos y firmando tratados de paz con otros llegó hasta el Cáucaso y, al permanecer allí durante algún tiempo, dio nombre al lugar conocido como «Roca Marpesia», al que se refiere Virgilio cuando dice:

Si se alzara como duro sílex o roca de Marpesia.[177]

En ese lugar, donde después Alejandro Magno colocó unas puertas a las que llamó «Pilas Caspias»[178] (que ahora custodia la nación de los lazos[179], para defensa de los romanos), aquí, pues, se quedaron las Amazonas durante algún tiempo y se hicieron más fuertes.

51. Salieron de allí y, atravesando el río Halis[180], que discurre junto a la ciudad de Gangra[181], sometieron con idéntica fortuna Armenia, Siria, Cilicia, Galacia, Pisidia y todos los lugares de Asia. Volviéndose a Jonia y Eolia las convirtieron en provincias sometidas a su dominio durante mucho tiempo e incluso fundaron campamentos militares y una ciudad a la que dieron su nombre. Fundaron también en Éfeso un templo de gran belleza y con muchas riquezas dedicado a Diana, dada su gran afición al tiro con arco y a

la caza, actividades a las que ellas mismas se habían entregado[182]. **52**. Así pues, unas mujeres nacidas en Escitia, que se habían apoderado por casualidad de los reinos de Asia, los conservaron durante casi cien años y finalmente volvieron a sus propios dominios, en las rocas aliadas de Marpesia, de las que hemos hablado más arriba[183], es decir, en el monte Cáucaso. Y puesto que se ha hecho de nuevo mención de este monte, no creo fuera de propósito describir su situación y territorios, sobre todo cuando se sabe que rodea con una cadena ininterrumpida la mayor parte del mundo.

53. Esta cordillera, cuando surge del mar Indico, en la parte que está orientada al mediodía, está reseca y abrasada por el sol; en la que da al norte se halla azotada por vientos rigurosos y por la escarcha[184]. Inmediatamente se repliega formando una curva hacia Siria, aunque dando origen a muchísimos ríos: sólo en la región de Asia hace brotar de las ubres copiosas de sus manantiales perennes al Eufrates y al Tigris, que son navegables según la opinión más difundida. Estos ríos rodean los territorios de los sirios y dan su nombre y su apariencia a Mesopotamia, para descargar más tarde sus caudales en el seno del mar Rojo[185]. **54**. Desde allí la mencionada cordillera se vuelve hacia el norte y recorre el territorio de los escitas formando grandes recodos. Allí hace desembocar en el mar Caspio otros ríos muy conocidos como el Araxes, el Ciro y el Cambises[186], y se prolonga en una cadena ininterrumpida hasta los montes Rífeos. Desde allí desciende hasta el Ponto, dando la espalda a los pueblos escitas y delimitando sus fronteras, hasta que recibe también las corrientes del Ister[187] en el punto en el que se unen sus cumbres. Dividido en dos por este río, el Cáucaso se llama también Tauro en Escitia[188].

55. Tal amplitud y dimensiones la hacen tal vez la mayor de todas las montañas y, al alzar sus elevadas cumbres, su formación natural proporciona unas defensas inexpugnables a los pueblos que la habitan. Pues presenta en ciertos lugares aberturas naturales y por el desfiladero que se abre al romperse la montaña surge un valle llamado ora «Puertas Caspias», ora «Armenias», ora «Cuidas»[189], dependiendo del lugar en el que se encuentre. Apenas si puede atravesarlo un solo carro y sus paredes están cortadas a pico por ambos lados. La designación que se le otorga varía dependiendo de

los diferentes pueblos: el indio lo llama Yammo y luego Propaniso; el parto lo denomina primero Castra y más tarde Ninfates; el sirio y el armenio, Tauro; el escita lo llama Cáucaso y Rifeo y, donde termina, de nuevo Cáucaso[190]. Los pueblos han dado otros muchos nombres a esta cordillera, pero puesto que ya hemos tratado un poco de su extensión, volvamos a tratar de las Amazonas desde donde lo dejamos.

102 Jordanes prolonga aquí desmesuradamente la extensión del Cáucaso, incluyendo cadenas montañosas del Kurdistán, como los montes Zagros, e incluso de Afganistán y Asia central, como el Himalaya (Yammo).

Capítulo VIII. Los hijos de las Amazonas

56 Temiendo éstas que su descendencia se extinguiese, buscaron mantener relaciones sexuales con los habitantes de los pueblos vecinos y establecieron el compromiso de reunirse una vez al año, de manera que en el futuro la madre entregaría a su padre cuando volviera cualquier hijo varon que hubiera dado a luz, pero se quedaría con las hembras para enseñarles el arte de la guerra y el manejo de las armas, o bien, según la opinión de algunos, cuando alumbraban varones acababan con la vida de la desgraciada criatura con odio propio de madrastras Así, el parto, que, como se sabe, es universalmente deseado, para ellas era aborrecible. Esta crueldad aumentaba el terror de las opiniones que comúnmente solían inspirar.[191] Me pregunto, pues, que esperanza habría podido albergar un prisionero en las que consideraban indigno ser indulgente hasta con su propio hijo.

57. Contra ellas se cuenta que luchó Hércules y que venció a Melanipe más con engaños que por su valor. Teseo, por su parte, tomó a Hipólita como botín de guerra y de ella nació también Hipólito.[192] Estas Amazonas tuvieron después una reina llamada Pentesilea[193], de la que se han transmitido hazañas famosísimas en la guerra de Troya, pues se cuenta que estas mujeres conservaron su reino hasta Alejandro Magno.

Capitulo IX. El rey Télefo

58. Pero para que no digas: «¿Por qué insiste tanto en las mujeres de los godos cuando se ha propuesto hablar de sus mandos?», escucha ahora nuestro relato sobre la insigne y encomiable intrepidez de estos hombres. El historiador Dión,

escrupulosísimo investigador de antigüedades, que dio a su obra el título de *Géticas* (ya hemos demostrado más arriba, basándonos en el testimonio de Paulo Orosio[194] que estos getas son los godos), este Dión[195] recuerda que mucho tiempo después tuvieron un rey llamado Télefo. Y que nadie diga que este nombre es totalmente extraño a la lengua gótica, pues ningún entendido desconoce que los pueblos adoptan como suyos la mayor parte de los nombres que utilizan; así los romanos los tomaron prestados de los macedonios, los griegos de los romanos, los sármatas de los germanos y los godos frecuentemente de los hunos.

59. Así pues, este Télefo, hijo de Hércules nacido de Auge, se unió en matrimonio con una hermana de Príamo. Era en verdad de elevada estatura, pero lo que más terrible lo hacía era su fuerza, ya que además de igualar con sus propias cualidades la valentía de su padre, se asemejaba a Hércules en sus rasgos físicos[196]. Fue su reino el que nuestros antepasados llamarón Mesia, una provincia limitada en su parte oriental por la desembocadura del río Danubio, al sur por Macedonia, al occidente por Istria y al norte por el Danubio[197]. **60**. Así pues, el susodicho rey guerreó contra los dánaos, mató al caudillo griego Tesandro en combate y, mientras atacaba con saña a Áyax y perseguía a Ulises, cayó al suelo al tropezar su caballo con unas viñas, fue herido en un muslo por la lanza de Aquiles y no pudo curarse en mucho tiempo. Sin embargo, todavía herido, expulsó a los griegos de su territorio. Al fallecer Télefo lo sucedió como rey su hijo Euripilo, al que había tenido con una hermana de Príamo, rey de los frigios. Éste, deseando participar en la guerra de Troya por amor a Casandra para prestar auxilio a sus padres y a su suegro, pereció nada más llegar[198].

Capítulo X. Guerras de los godos contra los persas y los griegos

61. Entonces Ciro[199], rey de los persas, después de un largo período de tiempo —unos seiscientos treinta años según testimonio de Pompeyo Trogo[200]— emprendió una guerra contra Tómiris[201], reina de los getas, que le resultaría funesta. Ensoberbecido por sus victorias de Asia, trata de someter a los getas, que, como hemos dicho, tenían como reina a Tómiris. Ésta, aunque hubiera podido impedirle el paso del Araxes, le permitió atravesarlo, prefiriendo vencerlo por las armas a beneficiarse de la situación geográfica para

alejarlo. Y así sucedió:

62. A la llegada de Ciro la fortuna fue primeramente favorable a los partos, y tanto que aniquilaron al hijo de Tómiris y a la mayor parte de su ejército. Pero en un segundo enfrentamiento los getas, con su reina a la cabeza, vencen a los partos y les infligen una sonada derrota, obteniendo de ellos un rico botín (allí vio el pueblo godo por primera vez tiendas de campaña de seda). Entonces la reina Tómiris, animada por la victoria y por el enorme botín capturado a los enemigos, se dirigió a la región de Mesia que hoy se llama «Escitia Menor»[202], nombre derivado de la «Gran Escitia». Allí erigió en la costa mesia del Ponto una ciudad llamada en su honor Tomis[203].

63. Más tarde Darío, rey de los persas, hijo de Histapis, pidió en matrimonio a la hija de Antiro, rey de los godos, y al mismo tiempo que hacía esta petición los amenazaba si no cumplían su voluntad. Los godos frustraron las esperanzas de su embajada al despreciar su alianza. Inflamado de rabia al verse rechazado, Darío[204] envió contra ellos un ejército de setecientos mil soldados, tratando de vengar su vergüenza personal con una calamidad pública. Se dirigió a Tracia y a Mesia a través de una larga hilera de barcas unidas entre sí por tableros a modo de puente, que iba desde cerca de Calcedonia hasta Bizancio[205]. En la construcción por este mismo procedimiento de un nuevo puente sobre el Danubio, perdió por agotamiento en Tapis ochenta mil soldados en dos meses de duro trabajo. Y temiendo que el puente del Danubio fuera ocupado por sus enemigos, se retiró en una huida precipitada a Tracia, pues creía que el territorio de Mesia no sería nada seguro para él si se demoraba lo más mínimo. **64**. Después de su muerte de nuevo su hijo Jerjes[206], creyendo que vengaba las afrentas a su padre, marchó a la guerra contra los godos con setecientos mil soldados y trescientos mil auxiliares, mil doscientos barcos de guerra y tres mil de carga. Pero, a pesar de intentarlo, no consiguió vencer en el combate, doblegado por el coraje y la constancia de los godos. Así, hubo de regresar con sus fuerzas tal y como había llegado, sin ganar ningún combate.

65. También Filipo[207], el padre de Alejandro Magno, hizo amistad con los godos y tomó como esposa a Medopa, la hija del rey Gotila, para que, robustecido con esta alianza, pudiera consolidar

sus reinos de Macedonia. Por este tiempo, según dice el historiador Dión[208], Filipo, que pasaba por una gran crisis económica, decide reclutar un ejército y saquear la ciudad mesia de Odesitana, que por entonces estaba sometida a los godos, dada su proximidad con Tomis[209]. De ahí que aquellos sacerdotes de los godos a los que llamaban «piadosos» abrieran inmediatamente las puertas de la ciudad y salieran a su encuentro con cítaras y vestiduras blancas suplicando en sus cantos a los dioses de su patria que les fueran propicios y que rechazaran a los macedonios. Estos se quedan estupefactos al ver que acudían a su encuentro tan confiados y, si se puede decir así, los que estaban armados se aterran ante los que se hallaban desarmados. Disolvieron sin tardanza el ejército que habían formado para combatir y no sólo desistieron de destruir la ciudad, sino que entregaron también, según las leyes de la guerra, a los prisioneros que habían capturado fuera y, tras firmar un pacto, se volvieron a su patria.

66. Mucho tiempo después, acordándose de este engaño, el famoso caudillo godo Sitalco, tras reunir ciento cincuenta mil hombres, declaró la guerra a los atenienses y se enfrentó a Perdicas, rey de Macedonia, al que había dejado como sucesor por derecho hereditario Alejandro en el imperio ateniense, después de morir cerca de Babilonia al beber el veneno que le ofreció un criado traidor[210]. Entablaron violento combate y los godos se revelaron superiores, de suerte que, por vengar la afrenta que les habían hecho antaño los griegos en Mesia, atravesaron Grecia y devastaron toda Macedonia.

Capítulo XI. Deceneo instruye a los godos en las artes y las ciencias

67. Posteriormente, cuando reinaba Buruista sobre los godos, llegó a la Gotia Deceneo, en la época en la que Sila subió al poder en Roma[211]. Buruista acogió a este Deceneo[212] y le dio poderes casi reales. Siguiendo su consejo los godos asolaron las tierras de los germanos que ahora ocupan los francos[213]. **68**. Incluso César, que fue el primero de los romanos que aspiró al poder imperial, que sometió a su mando a casi todo el mundo, que conquistó todos los reinos hasta el punto de ocupar las islas situadas en el seno del océano más allá del orbe conocido, y que hizo tributarios de los romanos a aquellos pueblos que ni siquiera habían escuchado antes

su nombre, aunque lo intentó en muchas ocasiones, no pudo someter a los godos. Cayo Tiberio[214] se convierte en el tercer emperador romano; los godos, sin embargo, permanecen sanos y salvos en su reino. Éstos consideraban saludable, provechoso y deseable cumplir por todos los medios posibles todo lo que les prescribía su consejero Deceneo y juzgaban que debían llevar a efecto todo lo que fuera útil.

69. Deceneo, viendo que estaban dispuestos a obedecerlo en todo y que tenían un gran talento natural, les enseñó todas las ramas de la filosofía, pues era todo un maestro de esta materia. Enseñándoles la ética dulcificó sus costumbres bárbaras; instruyéndolos en la física, los hizo vivir de modo natural conforme a sus propias leyes, que se conservan aún escritas y reciben el nombre de «Belágines»[215]; explicándoles la lógica, los hizo más expertos en el raciocinio que los demás pueblos; enseñándoles la práctica los convenció para actuar bien; demostrándoles la teoría les enseñó a observar los doce signos del Zodíaco y, por medio de ellos, el curso de los planetas y todo lo relacionado con la astronomía; les dio a conocer cómo el disco lunar experimenta un aumento y cómo sufre una reducción y les mostró igualmente en cuánto supera el globo de fuego del sol en tamaño al orbe de la tierra; les explicó los nombres y los signos de las trescientas cuarenta y seis estrellas que, acercándose o alejándose desde el polo celeste, siguen veloz curso desde oriente hasta occidente. **70**. ¿Qué placer hallaban estos hombres tan aguerridos —te preguntarás— en imbuirse de doctrinas filosóficas en los escasos momentos en que se veían libres de actividades bélicas? Se podía ver a uno explorando la posición de los astros, a otro la naturaleza de las plantas y de los arbustos; a éste dedicado a estudiar las influencias ventajosas y perjudiciales de la luna y a aquél descansar tranquilo cuando logra observar la evolución del sol y comprueba cómo, llevado por la rotación del cielo, el astro que se dirige con rapidez a oriente es conducido de nuevo a occidente.

71. Al enseñar Deceneo estas y otras cosas de su ciencia a los godos, brilló ante ellos de forma tan admirable que no sólo daba órdenes a los súbditos, sino también a los reyes. Eligió entonces a los hombres más nobles y sabios de entre ellos y les enseñó teología; los persuadió para que veneraran a ciertas divinidades y santuarios

y los hizo sacerdotes, otorgándoles el nombre de «Pileados», creo que porque realizaban sus sacrificios con las cabezas cubiertas con tiaras a las que llamaban también «píleos»[216]. A la demás gente mandó llamarlos «Capilados».[217] Los godos tuvieron en gran estima este nombre que recibieron de él e incluso hoy día lo recuerdan en sus cantos.

Capítulo XII. Descripción de Daciay del Danubio

73. A la muerte de Deceneo honraron casi del mismo modo a Comosico, porque no era muy desigual a él en sabiduría. A decir verdad, a éste lo tuvieron no sólo como rey, sino también como pontífice en virtud de su talento, y regía a sus pueblos con suma justicia. Cuando éste dejó el mundo de los mortales, subió al trono Escorilo como rey de los godos y durante cuarenta años gobernó a sus pueblos en Dacia. **74**. Denomino antigua Dacia[218] a la que se sabe que ahora poseen los pueblos de los gépidas. Este país está situado del otro lado del Danubio, enfrente de Mesia, y está rodeado por una cadena de montañas que sólo tiene dos entradas, una a través de Boutas y la otra por Tapas. Ésta es la Gotia que nuestros antepasados denominaron Dacia y que ahora se llama Gepidia, a la que limitan por el este los roxolanos, por el oeste los yázigos, por el norte los sármatas y los basternas, y por el sur el cauce del río Danubio, porque los yázigos sólo están separados de los roxolanos por el río Aluto[219].

75. Y ya que se ha hecho mención del Danubio, no considero fuera de lugar dar algunos datos sobre este célebre río Se trata de un río grandísimo que nace en los campos de los alamanes[220] y que durante el millón doscientos mil pasos[221] que van desde su nacimiento hasta su desembocadura en el Ponto recibe sesenta afluentes como si se tratara de la espina de un pescado, y éstos se entrelazan en sus orillas como un cañizo. Este río se llama Ister en la lengua de los besos[222], y, sólo de profundidad, sus aguas tienen doscientos pies[223] en el lecho del río. Así pues, supera a todos los demás ríos en tamaño, excepto al Nilo. Baste lo dicho sobre el Danubio. Volvamos, con la ayuda del Señor, al asunto del que nos habíamos apartado.

Capítulo XIII. Los godos vencen a los romanos

76. Después de un largo período de tiempo, siendo emperador Domiciano y temiendo la avaricia de éste, los godos rompieron el pacto que habían hecho largo tiempo atrás con otros emperadores y asolaron la ribera del Danubio que había estado en poder del Imperio Romano desde hacía tiempo, después de aniquilar a sus tropas y a los jefes de éstas.[224] Estaba entonces al mando de esta provincia Opio Sabino, sucesor de Agripa.[225] Por su parte Dorpaneo[226] era el rey de los godos cuando estalló el conflicto, y los godos vencieron a los romanos, cortaron la cabeza a Opio Sabino e invadieron muchas fortalezas y ciudades, tomando públicamente como botín muchas posesiones del mismo emperador. **77**. Domiciano, acuciado por la necesidad de los suyos, se apresura a ir al Ilírico con todas sus fuerzas y, tras conceder a Fusco[227] el poder supremo sobre casi todos los soldados del Imperio, comienza a atravesar el Danubio por un puente hecho de barcas con sus hombres más selectos para atacar al ejército de Darpaneo.

78. Entonces los godos, que no se encontraron desprevenidos, toman las armas; pronto vencen a los romanos en el primer enfrentamiento en el que pereció su jefe Fusco y saquean las riquezas de su campamento. Tras obtener esta gran victoria y apoderarse de estas tierras, llamaron a sus jefes, que parecían vencer por designio de la fortuna, no simples hombres, sino semidioses, esto es, «Anses»[228]. Voy a recorrer ahora brevemente su genealogía, es decir, de qué padre nació cada uno y qué origen tuvo cada familia y cómo terminó. Tú que estás leyendo escucha ahora sin antipatía al que te cuenta la verdad.

Capítulo XIV. Genealogía de los Ámalos: ostrogodos y visigodos

79. El primero de estos héroes, como ellos mismos lo cuentan en sus leyendas, fue Gapt, que engendró a Humal; Humal, por su parte, engendró a Augis; Augis engendró al que fue llamado Amal, del que toman su origen los Ámalos. Este Amal engendró a Hisarnis; Hisarnis engendró a Ostrogoda; Ostrogoda por su parte engendró a Hunuil; Hunuil a Atal; Atal engendró a Aquivulfo y a Odulfo; Aquivulfo engrendró a Ansila, Edivulfo, Vultulfo y Hermenerico; Vultulfo engendró a Valaravante; Valaravante por su parte engendró a Vinitario; Vinitario también engendró a Vandalario. **80**. Vandalario engendró a Teodomiro, Valamiro y Vidimiro; Teodomiro

engendró a Teodorico; Teodorico engendró a Amalasunta; Amalasunta engendró a Atalarico y Matesuenta de su marido Eutarico.[229]

81. Así se unió a ella un miembro de esta familia, pues el arriba mencionado Hermanarico, hijo de Aquivulfo, engendró a Hunimundo; Hunimundo por su parte engendró a Turismundo; Turismundo engendró a Berimundo; Berimundo engendró a Viterico; Viterico engendró igualmente a Eutarico, que al unirse con Amalasunta engendró a Atalarico y Matesuenta. Al morir de niño Atalarico, Matesuenta fue unida a Vitigis, pero no tuvo de ella ningún hijo y ambos fueron llevados juntos por Belisario a Constantinopla. Cuando Vitigis abandonó el mundo de los humanos, el patricio Germano, primo del emperador Justiniano, la tomó por esposa y la nombró patricia ordinaria. Tuvo con ella un hijo al que llamó también Germano, pero al morir Germano decidió permanecer viuda.[230] Cómo y de qué manera fue destruido el reino de los Ámalos lo explicaremos en el lugar apropiado si el Señor nos ayuda.

82. Pero ahora volvamos al punto en el que hicimos esta digresión y mostremos cómo alcanzó la meta de su recorrido el pueblo del que tratamos. El historiador Ablavio cuenta, en efecto, que cuando residían en Escitia, en las riberas del Ponto, como hemos dicho[231], una parte de ellos, que ocupaban la región oriental y al frente de los cuales estaba Ostrogoda, fueron llamados ostrogodos, es decir «del este», no se sabe bien si por el nombre de su rey o por el emplazamiento geográfico; los restantes, por su parte, fueron denominados visigodos, es decir, de la región del oeste.[232]

Capítulo XV. Hazañas del emperador Maximino el godo

83. Ya hemos dicho más arriba que los godos vivieron durante algún tiempo en Mesia y en Tracia después de atravesar el Danubio.[233] De los descendientes de aquéllos procedía también Maximino, que fue emperador después de Alejandro, el hijo de Mamea, como relata Símaco[234] en el libro quinto de su *Historia* cuando dice: «Maximino César, a la muerte de Alejandro, fue nombrado emperador por el ejército».[235] Nacido de padres humildes en Tracia —su padre era un godo llamado Mica y su

madre una alana que se llamaba Ababa—, perdió al mismo tiempo la vida y el imperio en el tercer año de su reinado, cuando lanzó sus armas contra los cristianos.[236]

84. Pues este Maximino, durante el reinado del emperador Severo[237], el día del cumpleaños de su hijo, después de haber pasado su infancia en el campo abandonó la vida de pastor e ingresó en el ejército. El caso fue que el emperador había organizado unos juegos militares, en vista de lo cual Maximino, aunque era un adolescente semisalvaje, cuando conoció los premios que se ofrecían pidió en su lengua materna al emperador que le diera permiso para luchar con los soldados ya expertos. **85**. Severo, completamente sorprendido por su estatura y su complexión —se dice que medía más de ocho pies de altura[238]—, le ordenó que peleara cuerpo a cuerpo con los siervos, para que no supusiera una afrenta para sus soldados luchar con este rústico. Entonces Maximino echó al suelo a dieciséis de estos siervos con tan buena fortuna que los venció uno por uno sin concederse ni un momento de descanso o interrupción para recuperar fuerzas. Por ello consiguió los premios, se mandó que fuera admitido en el ejército y ocupó sus primeros puestos en la caballería.

Dos días después, cuando el emperador salía de maniobras, lo vio armando alboroto, como suelen hacer los bárbaros, y mandó al tribuno que lo castigara para que se acostumbrara a la disciplina romana. Pero él, cuando comprendió que el emperador estaba hablando de él, se le acercó mientras cabalgaba y logró adelantarlo a pesar de ir a pie. **86**. Entonces el emperador espoleó a su caballo, le hizo dar varias vueltas galopando de un lado para otro hasta cansarse y luego dijo a Maximino: «¿Tienes ganas de pelear después de esta carrera, tracio?» A lo que respondió: «Como le plazca al emperador.» Así que Severo, saltando de su caballo, mandó a los reclutas más jóvenes que lucharan con él. Entonces Maximino tumbó en el suelo a siete jóvenes robustísimos sin ni siquiera haber recobrado antes el aliento. Por ello fue el único en recibir premios en metálico del emperador e incluso un collar de oro, y más tarde fue nombrado miembro de la guardia personal del emperador.[239]

87. Posteriormente, bajo Antonino Caracalla[240], llegó a ser jefe de este cuerpo y sus hazañas hicieron que se difundiera su fama, alcanzando diversos grados en el ejército, entre ellos el de

centurión, como premio a su valor. Cuando subió al trono Macrino, renunció a sus funciones militares durante casi tres años y aunque era tribuno nunca se presentó a Macrino, porque pensaba que su autoridad era indigna, al haber sido conseguida por medio de un crimen.[241] **88**. Luego volvió con Heliogábalo[242], como si se tratase en realidad del hijo de Antonino, y se reincorporó a su cargo de tribuno. Después de éste, luchó admirablemente contra los partos en tiempos de Alejandro, el hijo de Mamea, y cuando éste fue asesinado en un levantamiento militar en Maguncia, fue nombrado emperador por aclamación del ejército sin decreto alguno del Senado.[243] Todas sus buenas acciones anteriores se vieron empañadas por su malvada decisión de perseguir a los cristianos[244] y cuando fue asesinado por Pupieno en Aquilea[245], cedió el imperio a Filipo.[246]

Lo que hemos tomado prestado de la *Historia* de Símaco para nuestra obra ha sido para mostrar que el pueblo del que tratamos se perpetuó hasta el apogeo del Imperio Romano. Por lo demás, este asunto exige que volvamos ordenadamente hasta el punto en el que habíamos iniciado nuestra digresión.

Capítulo XVI. Los godos pasan de aliados a enemigos de Roma

89. Este pueblo alcanzó, en efecto, un renombre asombroso en las regiones en las que habitaba, es decir, en la costa del Ponto y en el territorio de Escitia, por ser dueño de una extensión tan grande de tierras, de tantas zonas marítimas y de tantos cauces fluviales; hizo caer bajo su brazo al vándalo en muchas ocasiones, hizo pagar tributo al marcomano y sometió a la esclavitud a los príncipes de los cuados.[247] También durante el reinado del mencionado Filipo, que fue el único emperador cristiano junto con su hijo Filipo[248] antes de Constantino, cuando en el segundo año de su reinado Roma cumplió su primer milenio, los godos, muy descontentos, como es normal, porque no se les pagaban las contribuciones acordadas, pasaron de ser amigos a convertirse en enemigos. Pues, aunque vivieran apartados y gobernados por sus propios reyes, sin embargo, eran federados del Estado Romano y recibían compensaciones anuales.

90. ¿Y qué sucedió entonces? Ostrogoda[249] atravesó con los suyos el Danubio y devastó Mesia y Tracia. Para combatirlo es

enviado por Filipo el senador Decio.[250] Cuando llegó éste y vio que no conseguía reducir a los getas, optó por licenciar a sus propios soldados y dejarlos volver a sus tareas privadas, como si hubiera sido por causa de su negligencia por lo que los godos habían atravesado el Danubio y, después de haber llevado a cabo lo que él consideraba una venganza contra los suyos, volvió junto a Filipo. Pero sus soldados, viéndose expulsados del ejército después de tantos sudores, se aprestaron a pedir amparo a Ostrogoda, el rey de los godos.

91. Éste, tras recibirlos y emocionarse con lo que le contaron, condujo inmediatamente a la guerra a treinta mil hombres armados, a los que se sumaron también los taifalos y algunos asdingos, por no hablar de los tres mil carpos, una raza de hombres siempre dispuestos a luchar y que muy a menudo fueron hostiles a los romanos.[251] Sin embargo, más tarde, durante los reinados de Diocleciano y de Maximiano, el César Galeno Maximiano logró derrotarlos y someterlos al Imperio Romano. Así pues, sumó a éstos a los godos y peucinos (procedentes de la isla de Peucis, que se encuentra en la desembocadura del Danubio en el Ponto) y nombró jefes a Argaito y Gunterico, los más nobles de su pueblo. **92**. Éstos tardaron poco en vadear el Danubio y en arrasar por segunda vez Mesia; atacaron Marcianópolis[252], famosa metrópoli de esta región, la tuvieron sitiada durante mucho tiempo y sólo la abandonaron tras recibir dinero de sus habitantes.

93. Y puesto que hemos mencionado Marcianópolis, nos parece conveniente ofrecer algunos breves detalles de su situación. Según parece, esta ciudad la mandó construir el emperador Trajano, porque cuando su hermana Marcia, que era entonces una niña, se bañaba en un río de aguas muy cristalinas y de exquisito sabor que se llama Pótamo y que nace en el centro de la ciudad, queriendo sacar agua de este río, se dejó caer por casualidad un recipiente de oro que llevaba. Éste se hundió, impulsado por el peso del metal, en el fondo del río, pero surgió de nuevo de las profundidades mucho tiempo después. No era ciertamente nada habitual que un recipiente vacío se sumergiera así y menos que una vez hundido en las aguas emergiera de nuevo expulsado por la corriente. Así que cuando Trajano se enteró de lo sucedido, notablemente impresionado y creyendo que todo era obra de alguna divinidad que habitaba en

esta fuente, llamó a la ciudad que había fundado Marcianópolis, por el nombre de su hermana.

Capítulo XVII. Guerras contra los gépidas

94. Así pues, como decíamos, después de un largo asedio y enriquecidos por la recompensa que habían recibido, los getas se retiraron a sus tierras. El pueblo gépida, viendo que el godo vencía por doquier y que se enriquecía tan rápidamente con los botines, movido por la envidia, declaró la guerra a sus parientes.

Si te preguntas cómo es que los getas y los gépidas son parientes, te lo contaré en pocas palabras. Debes recordar que dije al comienzo que los godos habían salido del interior de la isla de Escandía con su rey Berig a la cabeza, transportados sólo en tres barcos hasta la costa del océano citerior, es decir, a Gotiscandia.[253] Al llegar una de estas tres naves, que, como suele suceder, navegaba más despacio que las otras, se dice que dio nombre a este pueblo, pues en su lengua «perezosa» se dice «gepanta». **95**. De ahí que poco a poco, por deformación de este nombre, de ese reproche surgiera el nombre de «gépidas». Pues éstos tienen también su origen, sin duda alguna, en la raza de los godos. Pero, puesto que, como he dicho, «gepanta» designa algo perezoso y lento, este nombre de los gépidas nació gratuitamente de un reproche, aunque creo que se ajusta totalmente a la realidad, porque son cortos de inteligencia y pesados en lo que se refiere a la agilidad de sus cuerpos.

96. Así que estos gépidas corroídos por la envidia residían desde hacía tiempo en una región despreciable, una isla del río Vístula rodeada de vados, que llamaban en su lengua materna «gepidoios»[254] (ahora se dice que vive en esta isla el pueblo de los vidivarios[255], al trasladarse los gépidas a mejores tierras. Estos vidivarios son conocidos por haber formado un solo pueblo de diversas naciones como si se tratara de un refugio común). **97**. De modo que, como decíamos, Fastida, el rey de los gépidas, soliviantando a su pacífico pueblo, ensanchó sus fronteras por las armas, pues destruyó a los burgundios[256] casi hasta el exterminio y sometió a algunos otros pueblos. Al provocar también con malicia a los godos, fue el primero en violar los vínculos de sangre con un conflicto desacertado, engreído de una jactancia totalmente arrogante, pues a la par que iba añadiendo nuevas tierras a un pueblo que se hacía más grande, hacía disminuir el número de los

habitantes de su patria.

98. De modo que envió emisarios a Ostrogoda, a cuya autoridad estaban todavía sometidos tanto los ostrogodos como los visigodos, es decir los dos pueblos de la misma raza, quejándose de que se hallaba constreñido por montañas abruptas y espesos bosques y pidiéndole que, una de dos, o le declaraba la guerra o le concedía algunos territorios de los suyos. **99**. Entonces Ostrogoda, el rey de los godos, que tenía un espíritu firme, respondió a sus embajadores que una guerra así le horrorizaba, que sería duro e incluso criminal levantar las armas contra sus allegados, pero que no les cedía sus territorios. ¿Y qué pasó entonces? Los gépidas se apresuran a tomar las armas y Ostrogoda dirige también su ejército contra ellos para no dar la sensación de que era inferior en fuerzas.

Se encuentran cerca de la ciudad de Galtis, junto a la que discurre el río Auha, y allí ambos bandos lucharon con arrojo, puesto que los dos utilizaban armas y estrategias de combate similares. Pero la vivacidad de ingenio y la mayor justicia de su causa ayudó a los godos. Finalmente la noche puso fin a la batalla y el bando gépida se rindió.[257]

100. Entonces, Fastida, el rey de los gépidas, se apresuró a regresar a su patria, dejando abandonados los cadáveres de los suyos, humillado por un vergonzoso oprobio al igual que antes había estado ensoberbecido por el orgullo. Vuelven triunfadores los godos, satisfechos por la retirada de los gépidas, y siguen viviendo felices y en paz en su patria mientras que Ostrogoda les sirve de guía.

Capítulo XVIII. El rey Cniva y la guerra con Decio

101. Después de su muerte, Cniva dividió el ejército en dos partes y envió a algunos a devastar Mesia, porque sabía que estaba desprovista de defensas debido a la incuria de sus gobernantes. Él, por su parte, subió hasta Oescia con setenta mil hombres y luego a Novas[258], donde fue rechazado por el general Galo[259]; se aproximó a Nicópolis[260], famosa ciudad situada en la ribera del río Yatro, mandada construir por Trajano después de derrotar a los sármatas y darle por nombre «Ciudad de la Victoria». Cuando el emperador Decio se dirigía allí, Cniva se retiró finalmente a la región del Hemo, que no estaba muy lejos, y desde allí se dirigió sin demora a

Filipópolis después de reorganizar sus efectivos.[261] **102**. Al conocer el emperador Decio su partida, como deseaba ardientemente prestar ayuda a esta ciudad, atravesó las cumbres del monte Hemo y llegó a Beroea. Cuando hacía un descanso allí para que sus caballos y sus tropas recuperaran fuerzas, cayó sobre él fulminante como un rayo Cniva con los godos. Después de destrozar a las huestes romanas, persiguió al emperador y a los pocos que habían logrado huir con él hasta Oescia y, de nuevo hasta Mesia, al otro lado de las montañas, donde residía Galo, que dominaba la frontera con un numeroso contingente de soldados. Allí reorganiza su ejército uniéndose al de Oescia y se prepara para reanudar las hostilidades.

103. Cniva logra invadir Filipópolis después de un largo asedio[262] y, después de apoderarse de un cuantioso botín, se alia con su jefe Prisco[263] para combatir contra Decio. Entran de nuevo en batalla y consiguen herir mortalmente al hijo de Decio al alcanzarlo con una flecha. Cuando se entera su padre se cuenta que dijo, aunque sólo fuera para levantar el ánimo de sus soldados: «¡Que nadie se entristezca!; la pérdida de un soldado no significa la destrucción del Imperio.» Sin embargo, no pudiendo resistir su dolor de padre, se lanzó contra los enemigos y exigió su muerte o la venganza de su hijo. Llegó así a Abrito, ciudad de Mesia y, rodeado allí por los godos, perece en el combate poniendo fin a su vida y su imperio.[264] Este lugar se llama hoy día «Altar de Decio», porque fue allí donde hizo desesperados sacrificios a sus ídolos antes de entrar en batalla.

Capítulo XIX. Alianza de los godos con Galo y Volusiano

104. Al morir entonces Decio, obtuvieron el poder en Roma Galo y Volusiano[265], precisamente cuando una peste —muy semejante a la que padecimos ahora hace nueve años[266]— asoló toda la faz de la tierra, pero sobre todo Alejandría y todas las regiones de Egipto, desastre que narra conmovido el historiador Dionisio y sobre el que también escribe nuestro venerable mártir de Cristo, el obispo Cipriano, en su libro titulado *La mortandad*[267]. **105**. Por entonces un tal Emiliano, cuando los godos arrasaban frecuentemente Mesia debido a la negligencia de los emperadores, se dio cuenta de que no era posible acabar con ellos sin grandes gastos para el Estado y pensó que también él podría gozar de una

suerte similar. Instauró entonces una tiranía en Mesia, se hizo dueño de todas las fuerzas militares y comenzó a devastar ciudades y pueblos. La muchedumbre que se unía a él fue creciendo y en unos meses el Imperio no pudo enfrentarse a él ni causarle grandes bajas. Sin embargo, pereció al poco de comenzar su criminal intento, perdiendo la vida y el poder que tan ansiadamente deseaba.[268]

106. Los emperadores anteriormente mencionados, Galo y Volusiano, aunque dejaron este mundo después de haber estado apenas dos años en el poder, sin embargo, pacificaron en este par de años de gobierno todos los territorios en los que reinaron y por ello fueron muy apreciados. Tan sólo se les echó en cara una cosa, la epidemia de peste, pero esto fue obra de ignorantes y calumniadores que suelen tratar de lacerar la vida de los demás con su maliciosa lengua.

De modo que éstos, tan pronto como tuvieron el imperio en sus manos, firmaron un tratado con el pueblo godo[269] y, al morir poco después ambos emperadores, Galieno[270] se apoderó del principado.

Capítulo XX. Los godos arrasan Asia Menor y Trocía

107. Mientras que este emperador se entregaba a una vida totalmente disoluta, Respa, Veduco y Turuaro, caudillos de los godos, tomaron sus barcos y se dirigieron a Asia a través del estrecho del Helesponto. Allí devastaron muchas ciudades de esta provincia e incendiaron el famosísimo templo de Diana en Éfeso[271], que, como ya habíamos dicho, habían erigido tiempo atrás las Amazonas. Desde allí atacaron la región de Bitinia y destruyeron Calcedonia[272], que años más tarde sería reconstruida por Cornelio Avito. Esta ciudad, a pesar de beneficiarse de la vecindad de la ciudad real[273], conserva todavía vestigios de aquella destrucción como indicio de su poder. **108**. Así, los godos volvieron a atravesar el Helesponto con la misma fortuna con la que habían entrado en estas regiones de Asia, después de apoderarse de los despojos y botines de guerra, devastando a su paso Troya e Ilión[274], que apenas se habían repuesto un poco de la guerra contra Agamenón y que de nuevo fueron destruidas por una espada enemiga.

Después de que Asia sufriera esta devastación, Tracia tuvo también ocasión de experimentar su fiereza, pues pronto se

presentaron ante la ciudad de Anquialo[275], situada en las faldas del monte Hemo y vecina al mar, y la atacaron. Esta ciudad la había fundado hacía tiempo Sardanápalo, rey de los partos, entre el litoral y las estribaciones del monte Hemo. **109**. Se cuenta que permanecieron allí bastantes días, disfrutando de los baños de aguas termales situados a doce millas[276] de la ciudad de Anquialo. Éstos brotan de la profundidad de una fuente de fuego y, entre los restantes lugares de todo el mundo que poseen innumerables fuentes termales, son sin duda los principales y más eficaces para la curación de los enfermos.

187 Anquialo es la actual Pomorie, en la costa búlgara del mar Negro. Jordanes confunde ahora esta ciudad tracia con otra del mismo nombre situada en Cilicia (Turquía), que habría fundado el legendario rey Sardanápalo. Estas devastaciones godas de Asia menor debieron de tener lugar hacia el 260-261 d C.

Capítulo XXI. Los godos ayudan a los romanos en su guerra contra los partos

110. Desde allí regresaron a sus propias tierras y más tarde el emperador Maximiano[277] les rogó que entraran a su servicio para ayudarlo en su guerra contra los partos, en la que combatieron como tropas auxiliares haciendo gala de una gran lealtad. Pero una vez que, probablemente gracias a su apoyo, el cesar Maximiano hizo huir a Narsés, el rey de los persas, nieto de Sapor el Grande, y se apoderó de todas sus riquezas junto con sus mujeres e hijos, después de que Diocleciano[278] venciera a Aquileo en Alejandría y de que Maximiano Hercúleo aniquilase en África a los quinquegencianos[279], trayendo la paz al Imperio, entonces comenzaron a dejar de lado a los godos.

111. Pues sin ellos el ejército romano tuvo durante mucho tiempo grandes dificultades para enfrentarse a cualquier pueblo y fueron numerosas las ocasiones en las que se vio cómo recurría a ellos. Así, por ejemplo, en el reinado de Constantino[280] se los llamó y tomaron las armas contra su pariente Licinio. Después de vencerlo y encerrarlo en Tesalónica, privado del poder por las victorias de Constantino, lo degollaron con su espada. **112**. También intervinieron los godos con su apoyo en la fundación de la famosísima ciudad, rival de Roma, que lleva su nombre[281], sellando un pacto con el emperador y ofreciéndole cuarenta mil de los suyos

para ayudarlo en sus enfrentamientos con diversos pueblos[282]. Este contingente ha permanecido hasta nuestros días invariable en número y reciben el nombre de «federados». Gozaban a la sazón los godos de la gran prosperidad de su reino a las órdenes de sus reyes Ariarico y Aorico, a cuya muerte los sucedió en el reino Geberico, insigne por su valor y nobleza.

Capítulo XXII. Geberico vence a los vándalos

113. Este Geberico, que tuvo por padre a Hilderico, por abuelo a Ovida y por bisabuelo a Nidada, igualó con sus brillantes hazañas la gloria de su estirpe. Desde el inicio de su reinado deseaba expandirse hacia el territorio de los vándalos, en contra de su rey Visimar, que procedía del linaje de los asdingos (que es el más poderoso de ellos y que da prueba de que se trata de una raza muy belicosa, según cuenta el historiador Dexipo[283], que atestigua que llegaron en poco menos de un año a nuestras fronteras desde el océano, a pesar de tratarse de una extensión de tierra inmensa). Por aquel tiempo residían en la zona en la que ahora se asientan los gépidas, en las riberas de los ríos Marisia, Miliare y Gilpil, y también en las del Grisia, que es mayor que todos los anteriores.[284] **114**. Tenían entonces como vecinos por el este a los godos, por el oeste a los marcomanos, por el norte a los hermúndulos[285] y por el sur al río Ister, llamado también Danubio. Así pues, mientras los vándalos residían aquí, les fue declarada la guerra por parte de Geberico, rey de los godos. Se enfrentaron a orillas del mencionado río Marisia y el combate estuvo muy igualado durante algún tiempo, pero pronto cayó abatido el propio rey Visimar con gran parte de su pueblo. **115**. Por su parte, Genérico, el glorioso caudillo de los godos, tras vencer y saquear a los vándalos, regresó a sus propias tierras, de las que había salido. Entonces unos pocos vándalos que habían podido escapar con vida reunieron a un grupo de civiles incapaces de luchar y, después de abandonar su desdichada patria, pidieron al emperador Constantino que les permitiera vivir en Panonia, donde se asentaron durante unos sesenta años y se sometieron a los decretos del emperador como súbditos. Mucho tiempo después, llamados por Estilicón, jefe del ejército, ex cónsul y patricio, ocuparon las Galias, donde se dedicaron a la rapiña de sus vecinos sin establecerse en un sitio fijo.[286]

Capítulo XXIII Hermanarico vence a los hérulos, los vénetos y los estos

116. Pues una vez que el rey godo Geberico abandonó los asuntos de este mundo, lo sucedió en el trono al poco tiempo Hermanarico, el más noble de la familia de los Ámalos, que subyugó a muchos y belicosos pueblos nórdicos y los obligó a someterse a sus leyes. Algunos de nuestros antepasados lo comparan con razón con Alejandro Magno. Entre los pueblos a los que sometió se encontraban los goltescitas, tiudos, aunxis, vasinabrocas, mordenos, imniscaros, roganos, tazanos, ataulos, navegos, bubegenas y coidas.[287]

117. Pero, aunque se había hecho famoso por subyugar a tan grandes pueblos, no pudo pasarse sin someter a su mando al pueblo de los hérulos[288], que estaban dirigidos por Alarico, después de haber acabado con una gran parte de ellos.

Pues el pueblo al que nos referimos, por lo que cuenta el historiador Ablavio, vivía junto a la laguna Meótida, en la zona pantanosa que los griegos denominan «Hele» y por este motivo eran llamados «héluros». Era un pueblo enormemente veloz, y por ello extremadamente orgulloso. **118**. No había por entonces pueblo alguno que no reclutara para sus ejércitos a sus soldados de armadura ligera. Pero aunque su velocidad no pudo ser superada en otras muchas ocasiones por sus contrincantes, sucumbió, sin embargo, ante la solidez y lentitud de los godos, y la fortuna hizo que también ellos, entre otros muchos pueblos, se convirtieran en siervos del rey geta Hermanarico.

119. Después de derrotar a los hérulos, este mismo Hermanarico dirigió sus ejércitos contra los vénetos. Éstos, aunque eran menospreciados como guerreros, eran, sin embargo, muy poderosos por su número y en un primer momento trataron de oponer resistencia. Pero de nada sirve una gran masa de hombres incapaces de combatir, sobre todo cuando se presenta una multitud armada y Dios deja que actúe. Pues éstos, como habíamos comenzado a contar al inicio de nuestra exposición, cuando enumeramos los diversos pueblos, surgieron todos de una misma estirpe, aunque hoy reciben tres nombres diferentes: vénetos, antes y esclavenos[289]. Por entonces estaban todos sometidos a la autoridad de Hermanarico, aunque ahora hacen de las suyas por todas partes por culpa de

nuestros pecados. **120**. Hermanarico sometió igualmente con su prudencia y valor al pueblo de los estos[290], que se asientan en la inmensa costa del Océano Germánico y dio órdenes a todos los pueblos de Escitia y Germania como si fuese su amo.

Capítulo XXIV. La invasión de los hunos

121. Después de un breve período de tiempo, como cuenta Orosio[291], el pueblo de los hunos, el más fiero y atroz de todos, se lanzó con saña contra los godos. Investigando los relatos antiguos hemos descubierto lo siguiente sobre sus orígenes: Filimer[292], rey de los godos e hijo de Gadarico el Grande, que ocupó el trono de los getas en quinto lugar después de su salida de la isla de Escandia, cuando entró con su pueblo en el territorio de Escitia, como ya hemos dicho más arriba, encontró entre su pueblo a ciertas hechiceras a las que llamó en la lengua de sus padres «haliarunas». Como no le inspiraban confianza, manda expulsarlas de entre los suyos y, después de que el ejército las hiciera huir bien lejos, las obliga a andar errabundas por una zona despoblada. **122**. Cuando las vieron los espíritus inmundos que erraban por el desierto, se echaron en sus brazos y tras copular con ellas engendraron esta raza ferocísima que al principio vivió entre pantanos, minúscula, sombría y raquítica, una raza que apenas se parecía a la humana y a la que no se conocía otro lenguaje aparte de uno que parecía asemejarse remotamente al humano. Así que ésta era la estirpe de la que procedían los hunos que llegaron a las tierras de los godos.

123. Este pueblo cruel, como nos refiere el historiador Prisco[293], se asentó sobre la ribera más lejana de la laguna Meótida, sin dedicarse a otra actividad que no fuera la caza, salvo cuando, debido al crecimiento de su población, perturbaron la tranquilidad de los pueblos limítrofes con sus saqueos y rapiñas. Unos cazadores de este pueblo, cuando estaban, como de costumbre, al acecho de sus presas en la ribera del otro lado de la Meótida, observan que se les presenta de repente una cierva, se mete en la laguna y, avanzando unas veces y parándose otras, parece que les va mostrando un camino. **124**. Los cazadores la siguieron y así atravesaron a pie la laguna Meótida, que hasta ese momento consideraban tan infranqueable como el mar. Pero tan pronto como apareció ante estos desconocidos la tierra de Escitia, la cierva desapareció. Creo que fueron aquellos espíritus que engendraron a

su raza los que tramaron todo esto por resentimiento hacia los escitas. **125**. Pero los cazadores, que ignoraban la existencia de otro mundo más allá de la Meótida, se quedan admirados con la tierra de los escitas y, como son astutos, pensando que este camino no conocido hasta entonces por nadie les había sido revelado por obra de la divinidad, vuelven a los suyos y les cuentan su hazaña. Alaban la tierra de Escitia y convencen a su pueblo para que se encamine con rapidez hacia allí por el camino que habían aprendido de la cierva que les sirvió de guía.[294] Cuando llegaron sacrificaron en primer lugar a la victoria a cuantos escitas les habían salido al encuentro, mientras que a los restantes los sometieron como súbditos.

126. Pues tan pronto como atravesaron aquella enorme laguna, arrasaron como si se tratara de un huracán de pueblos a los alpidzuros, acildzuros, irimaros, tuncarsos y boiscos que se asentaban en el litoral de Escitia. También sometieron a los alanos[295], que los igualaban en la lucha, pero eran diferentes en cultura, modo de vida y rasgos físicos, después de agotarlos con sus continuos ataques. **127**. Pues a aquellos a los que en muchos casos no lograban vencer por las armas, los hacían huir aterrorizándolos con sus espantosos semblantes, porque tenían un aspecto de una negrura espeluznante y su rostro no era tal, sino, por así decirlo, una masa informe con dos agujeros en lugar de ojos. Esta apariencia siniestra manifiesta la crueldad del carácter de estos hombres que cortan las mejillas de sus hijos varones con la espada el mismo día en que nacen para que antes de recibir el alimento de la leche se vean obligados a acostumbrarse a resistir las heridas. **128**. Por este motivo llegan a viejos siendo imberbes y son jóvenes sin belleza porque su rostro, marcado por las cicatrices de las espadas, se ve privado del pelo que sienta tan bien a esta edad. Son bajos de estatura, pero ágiles y desenvueltos en sus movimientos y muy aptos para la equitación; tienen anchas espaldas y son hábiles en el manejo del arco y las flechas, con el cuello firme y siempre erguidos de orgullo. Pero, a pesar de esta apariencia humana, lo cierto es que viven como bestias salvajes.[296]

129. Los getas se quedan aterrorizados cuando ven el empuje de esta raza destructora de tantos pueblos y preparan con su rey un plan para enfrentarse con semejante enemigo. Pues el rey godo

Hermanarico, aunque había obtenido triunfos sobre muchos pueblos, como hemos dicho anteriormente[297], sin embargo no dejó de inquietarse ante la llegada de los hunos. En esto, el pérfido pueblo de los rosomonos[298], que hasta entonces había manifestado su sumisión hacia él como otros muchos, aprovecha esta ocasión para traicionarlo. En efecto, una mujer del mencionado pueblo llamada Sunilda engañó a su marido y lo abandonó. El rey se enfureció por ello y mandó que la ataran a unos caballos salvajes que, corriendo en sentido contrario, la descuartizaran. Sus hermanos, Saro y Ammio, para vengar la muerte de su hermana, hirieron a Hermanarico en un costado con su espada. Éste estuvo ya enfermo de por vida, debilitado por el efecto de esta herida.[299]

130. Aprovechándose de su mala salud, Balamber, rey de los hunos, dirigió su ejército hacia la región de los ostrogodos, que estaban ya separados de los visigodos a causa de cierta disputa acaecida entre ellos. Entretanto Hermanarico, no pudiendo soportar ni el dolor de sus heridas ni las incursiones de los hunos, falleció muy anciano a los ciento diez años de edad.[300] Su muerte dio ocasión a los hunos de imponerse a aquellos godos que habíamos dicho que estaban asentados en la zona oriental y que se llamaban ostrogodos.

Segunda parte: LOS VISIGODOS

Capitulo XXV. Los visigodos se establecen en Dacia, Mesia y Tracia

131. Los visigodos, o sea, los aliados de los ostrogodos que habitaban en el territorio occidental, asustados por el pavor de sus parientes, tenían dudas sobre la decisión que habían de tomar con respecto a los hunos. Después de reflexionar mucho sobre el asunto se pusieron de acuerdo en enviar emisarios a la Romanía[301] al emperador Valente, hermano del emperador Valentiniano el Viejo, para que les concediera una parte de Tracia o de Mesia a fin de vivir allí sujetos a sus leyes y a su autoridad.[302] Y para que tuviera mayor confianza en ellos, prometían hacerse cristianos si les enviaba misioneros que les explicaran la doctrina en su propia lengua.[303]**132**. Tan pronto como Valente se enteró de esto, se congratuló y, accediendo de buen grado a una propuesta que a él mismo le habría gustado hacer, acogió a los getas en la región de Mesia, colocándolos como una muralla defensiva de su propio reino contra los invasores de otros pueblos. Y, dado que por entonces el emperador Valente, dominado por la herejía de los arríanos, había mandado cerrar todas las iglesias de nuestro culto, les envió predicadores de su secta que una vez llegados vertieron de inmediato el veneno de su herejía entre estos hombres rudos e ignorantes. Así los visigodos fueron convertidos no al cristianismo, sino más bien al arrianismo.[304]

133. Por lo demás, evangelizaron a sus parientes, tanto a los ostrogodos como a los gépidas, en virtud del afecto que los unía a ellos y, al enseñarles la práctica de esta herejía, atrajeron al culto de su secta a todos los pueblos que hablaban esta lengua. También éstos, como se ha dicho, atravesaron el Danubio y se asentaron en

la Dacia Ripuaria, en Mesia y en Tracia con el consentimiento del emperador.[305]

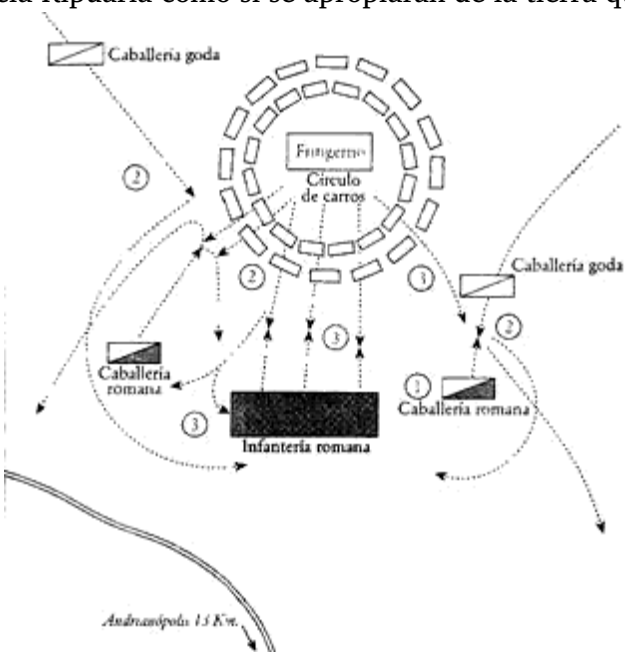
Capítulo XXVI. Hambruna entre los visigodos y muerte de Valente

134. Sucedió a los visigodos lo que suele ocurrir a un pueblo que no está todavía asentado del todo en un lugar: sufrieron una hambruna. Sus personalidades más distinguidas y los jefes que ocupaban el puesto de reyes, a saber, Fritigerno, Alateo y Safraco, comenzaron a compadecerse de la situación de escasez que atravesaba el ejército y solicitaron a los generales romanos Lupicino y Máximo[306] el establecimiento de relaciones comerciales. Pero ¿a qué excesos no lleva el afán desordenado de oro? Estos generales, empujados por la codicia, comenzaron a venderles no sólo carne de oveja y de buey, sino también cadáveres de perros y otros animales inmundos, y a tal precio, que les exigían cualquiera de sus propiedades por un solo pan o por diez libras de carne. **135**. Pero cuando ya no les quedan propiedades ni enseres, los avaros mercaderes les piden a aquellos a quienes apremiaba la penuria del hambre que les entreguen a sus propios hijos. A los padres no les queda más remedio que acceder, con tal de asegurar la salvación de su prole y no dudan en hacerles perder antes la libertad que la vida, porque es más compasivo vender a un hijo al que se sabe que van a alimentar que conservarlo para que muera de hambre.

136. Ocurrió, pues, en aquel tiempo de desgracia que el general romano Lupicino invitó a un banquete a Fritigerno, régulo de los godos, con intención de tenderle una emboscada, como luego se descubrió. Fritigerno, que desconocía el engaño, acudió al banquete con una pequeña comitiva y mientras comía en el interior del pretorio oyó los gritos de unos desgraciados a los que parecía que estaban ejecutando; se trataba de sus compañeros a los que los soldados habían recluido en otra dependencia por orden de su general y a los que trataban de matar. Los fuertes gritos de los moribundos llegan, pues, a oídos de Fritigerno, que ya sospechaba algo, e inmediatamente descubre la trampa que le han tendido. Desenvaina entonces su espada y sale raudo del banquete con gran osadía, libra a sus compañeros de la muerte segura que se cernía sobre ellos y los incita a aniquilar a los romanos. **137**. Estos hombres valerosos encontraron entonces la oportunidad que tanto

andaban buscando y, prefiriendo morir en la guerra antes que de hambre, tomaron las armas para acabar con los generales Lupicino y Máximo. Fue verdaderamente aquel día el que puso fin al hambre de los godos y a la tranquilidad de los romanos, y los godos comenzaron a dar órdenes a sus amos no ya como fugitivos y extranjeros, sino como ciudadanos y señores, sometiendo a su dominio los territorios septentrionales hasta el Danubio.

138. El emperador Valente se enteró de lo sucedido en Antioquía y se dirigió de inmediato a los territorios de Tracia al frente de un ejército. Allí sostuvo una lamentable guerra en la que vencieron los godos y tuvo que refugiarse herido en una finca cercana a Adrianópolis[307]. Los godos, ignorando que el emperador se refugiaba en una casucha miserable, le prendieron fuego, como suele suceder cuando el enemigo está enfurecido, y el emperador pereció así abrasado junto con su séquito real. No fue esto otra cosa que el mismísimo juicio de Dios, para que muriera quemado por los mismos que, deseando la verdadera fe, habían sido conducidos por él a la herejía, transformando así el fuego de la caridad en fuego del infierno. Por ese tiempo, los visigodos, después de alcanzar la gloria de tamaña victoria, comenzaron a habitar el suelo de Tracia y la Dacia Ripuaria como si se apropiaran de la tierra que los vio nacer.



Esquema de la batalla de Adrianópolis del 378 (tomado de A. Ferrill, *La caida del Imperio Romano*. Edad, Madrid, 1989, pág. 62)

Capítulo XXVII. Los godos bajo el emperador Teodosio

139. Entonces Teodosio fue llamado por el emperador Graciano para que viniera desde Hispania a suceder en el trono de Oriente a su tío Valente[308]. La disciplina militar fue pronto restablecida y los godos empezaron a sentir temor porque se iba acabando con la desidia y la indolencia de los emperadores anteriores. Pues este nuevo emperador, hombre de carácter firme y célebre por su valor e inteligencia, fue capaz de levantar los ánimos de un ejército desmoralizado con una mezcla de rigor en sus órdenes y de dulce generosidad. Así que cuando los soldados, gracias a un emperador mejor que los anteriores, recobraron otra vez su confianza, atacan a los godos y los expulsan de los confines de Tracia.[309]

140. Por entonces el emperador Teodosio cae enfermo con pocas esperanzas de recuperarse, lo que hace que los godos recobren su audacia. Dividieron el ejército en dos y Fritigerno se marchó a saquear Tesalia, el Epiro y Acaya, mientras que Alateo y Safraco se dirigieron con las restantes tropas a Panonia.[310] **141**. Cuando se enteró de esto el emperador Graciano, que se había dirigido a las Galias desde Roma para hacer frente a una invasión de los vándalos, puesto que los godos atacaban con más saña al estar Teodosio agonizante por su fatal enfermedad, reunió a su ejército y se puso inmediatamente en marcha contra ellos. Pero como no confiaba en obtener una victoria militar, sino que pensaba ganárselos más con generosidad y regalos, les ofreció víveres y firmó con ellos un tratado de paz.[311]

Capítulo XXVIII. Atanarico visita Constantinopla

142. Cuando más tarde el emperador Teodosio se recuperó y supo que el emperador Graciano había firmado el tratado que él mismo había deseado tanto, se alegró muchísimo y estuvo de acuerdo en mantener esta paz. Se ganó mediante regalos la amistad de Atanarico, que había sucedido a la sazón a Fritigerno, y con la amabilidad que lo caracterizaba, lo invitó a venir a Constantinopla. **143**. Atanarico accedió encantado y al entrar en la ciudad real dijo

con sorpresa: «Contemplo ahora lo que tantas veces me había negado a creer cuando me lo contaban», refiriéndose a la fama de una ciudad tan importante. Volvía los ojos a un lado y a otro y se quedaba asombrado al contemplar la situación de la ciudad, el tráfico marítimo o sus imponentes murallas. Al ver la confluencia de tantos pueblos distintos, como el agua que procedente de tantos lugares fluye en una sola fuente, así como las formaciones de soldados, exclamó: «El emperador es sin lugar a dudas un dios en la tierra, y cualquiera que levante su mano contra él ha de pagarlo con su propia sangre.»

144. Admirado hasta este punto y colmado de los mayores honores por parte del emperador, partió de este mundo a los pocos meses.[312] El emperador, dado el afecto que le tributaba, honrándolo casi más después de muerto que cuando estaba vivo, le dio digna sepultura y durante el funeral caminó delante de su féretro. **145**. A la muerte de Atanarico todo su ejército continuó al servicio del emperador Teodosio y a las órdenes del Imperio formó un solo cuerpo, por así decirlo, con el ejército romano, recuperándose así el contingente de federados instituido antaño por Constantino, que continuaron llamándose también «Federados»[313]. El emperador, comprendiendo que eran leales y amigos, se llevó consigo a más de veinte mil soldados de entre ellos a su campaña contra Eugenio, el tirano que, tras asesinar a Graciano, se apoderó de las Galias, y una vez que hubo derrotado a dicho tirano, se cobró su venganza.[314]

Capítulo XXIX. Alarico llega hasta Ravena

146. Pero después de que Teodosio, amante de la paz y de la nación goda, dejó los asuntos de este mundo, sus hijos comenzaron a vivir de forma fastuosa, a arruinar uno y otro Imperio y a privar a sus tropas auxiliares godas de las contribuciones acostumbradas, con lo que creció su descontento contra ellos.[315] Temiendo que su valor desapareciera por culpa de una paz tan prolongada, los godos proclamaron rey a Alarico, que pertenecía al ilustre linaje de los Baltos, el segundo en nobleza después de los Ámalos. Esta familia había recibido hacía tiempo entre los godos por su bravura y coraje el nombre de «Balta», que significa «audaz». **147**. Así que, tan pronto como el mencionado Alarico fue nombrado rey, se reunió en asamblea con los suyos y los convenció para que conquistaran nuevos reinos con su propio esfuerzo antes que permanecer

sometidos por indolencia a pueblos extranjeros. Reclutó un ejército durante el consulado de Estilicón y Aureliano[316] y, después de atravesar Panonia y Sirmio[317], penetró en Italia por el este como si se tratara de un país despoblado, llegando hasta el puente Candidiano, que se encuentra a tres millas de la ciudad real de Ravena[318], sin encontrar resistencia alguna.

148. Esta ciudad, rodeada de pantanos y situada entre el mar y el curso del río Po, sólo es accesible por un lugar, y sus antiguos habitantes, según cuentan nuestros antepasados, se llamaban «énetos», es decir, «dignos de alabanza». Está enclavada en el corazón del Imperio Romano, por encima del mar Jónico[319] y rodeada, a modo de isla, por las aguas que confluyen en ella. **149**. Está limitada al este por el mar y navegando hacia ella en línea recta desde Corcira y Grecia y dejando a mano derecha primero el Epiro y luego Dalmacia, Liburnia e Istria[320], se llega al territorio de los vénetos con la ayuda del remo; por el oeste, en cambio, está rodeada de pantanos entre los que queda sólo una entrada muy estrecha a modo de puerta; por la zona norte está un ramal del río Po llamado «Canal Ascón»; por el sur la bordea igualmente el Po, llamado rey de los ríos del suelo de Italia, al que aplican el sobrenombre de «Erídano»[321] y cuyo cauce fue muy ahondado por el emperador Augusto.[322] **150**. La séptima parte del caudal de este río discurre por el centro de la ciudad, formando en su desembocadura un magnífico puerto. Según cuenta Dión, antiguamente se creía que podía servir de refugio seguro a una flota de doscientos cincuenta barcos. **151**. Hoy día, como dice Flavio[323], lo que fuera en otro tiempo puerto presenta espaciosos jardines llenos de árboles de los que no cuelgan ya velas, sino frutos. No en vano esta ciudad se enorgullece de tener tres nombres que responden a tres ubicaciones distintas: la primera parte se llama Ravena, la última Clase, y en medio de ellas está Cesárea, entre la ciudad y el mar, en una explanada llana de arena fina muy adecuada para el transporte.

Capítulo XXX. Alarico saquea Roma

152. Efectivamente, cuando el ejército de los visigodos se situó en las inmediaciones de esta ciudad, envió una legación al emperador Honorio, que se encontraba en el interior, diciéndole que si permitía a los godos asentarse pacíficamente en Italia vivirían

con los romanos como si se tratase de un solo pueblo, pero que si, por el contrario, no estaba de acuerdo, lucharían y el que fuera más fuerte expulsaría al otro y podría vivir tranquilo gobernando como vencedor. Pero el emperador Honorio, temiendo ambas propuestas, y después de recabar la opinión del Senado, estudiaba un plan para expulsar a los godos de Italia. **153**. Finalmente tomó la decisión de que Alarico y su pueblo, si eran capaces, debían reclamar como tierra propia las Galias y las Hispanias, provincias situadas lejos y que estaban ya casi perdidas y devastadas por la invasión del rey vándalo Giserico.[324] Los godos aceptan este acuerdo y, después de confirmarse esta donación por un oráculo sagrado, se ponen en camino hacia la patria que les había sido entregada.

154. Después de retirarse de Italia, donde no habían cometido ninguna tropelía, el patricio Estilicón, suegro del emperador Honorio (pues el emperador se casó sucesivamente con sus dos hijas, María y Termancia, y ambas fueron llamadas por Dios de este mundo cuando eran todavía vírgenes e intactas)[325], este Estilicón, como digo, se acercó con engaños a la ciudad de Pollentia[326], situada en los Alpes Cotios y, no sospechando nada malo los godos, se lanzó a una guerra que produciría la destrucción de toda Italia y su propia vergüenza. **155**. Los godos, al verlo presentarse de repente, se quedaron aterrados en un primer momento, pero pronto recobran los ánimos incitándose unos a otros a la lucha, como solían hacer en estos casos, y logran aniquilar a casi todo el ejército de Estilicón, que tiene que darse a la fuga. Llenos de rabia abandonan el viaje que habían emprendido y se vuelven de nuevo a Liguria, por donde ya habían pasado, y después de saquearla y expoliarla arrasan de igual manera la Emilia. Siguiendo la ruta de la calzada Flaminia entre el Piceno y Toscana en dirección a Roma, devastan y saquean todo lo que encuentran a su paso por ambos lados.[327]

156. Finalmente entran en Roma y Alarico da orden de que solamente la saqueen, pero no permite que la incendien, como suelen hacer estos pueblos, ni que se cometa afrenta alguna contra cualquier cosa que se encuentre en los lugares sagrados.[328] Desde allí se dirigen a Campania y Lucania, donde siguen ocasionando los mismos estragos y llegan al territorio de los bricios.[329] Se quedan allí una temporada y deciden pasar luego a Sicilia y desde allí a los

territorios africanos.

La región de los bricios se encuentra en los confines meridionales de Italia. Forma un ángulo al comienzo de los montes Apeninos que se prolonga como si fuera una lengua separando el mar Tirreno del Adriático[330], y su nombre lo tomó hace mucho de la reina Brida. **157**. Así que allí fue a donde llegó el rey visigodo Alarico con las riquezas de toda Italia, que había tomado como botín de guerra, y luego, como hemos dicho, se dispuso a pasar a la tranquila tierra africana a través de Sicilia. Pero en su pavoroso estrecho[331] (¡qué poco libre es el hombre para hacer algo sin la aprobación de Dios!) se hundieron unos cuantos barcos y la mayoría sufrió graves daños. Disuadido Alarico por este contratiempo, mientras estaba decidiendo qué hacer, dejó los asuntos de este mundo como consecuencia de una muerte prematura y repentina.[332]

158. Es muy llorado por los suyos, que le tributaban un gran afecto. Desvían el curso del río Busento, junto a la ciudad de Cosenza (pues este río corre desde el pie del monte hasta la ciudad con sus saludables aguas) y reúnen a un grupo de prisioneros para que caven una tumba en medio del cauce del río. En el interior de este hoyo entierran a Alarico con muchas riquezas, vuelven a conducir de nuevo las aguas a su cauce y matan a todos los enterradores para que nadie pueda encontrar nunca el lugar.[333] Luego entregan el reino visigodo a Ataúlfo, un pariente de Alarico[334] famoso por su inteligencia y su belleza, pues aunque no era de gran estatura, se distinguía por la belleza de su cuerpo y de su rostro.

Capítulo XXXI. Ataúlfo conquista las Galias eHispania.

159. Cuando Ataúlfo se convirtió en rey volvió a Roma y arrasó como una plaga de langostas lo que había quedado después del primer saqueo. Se apoderó también de todas las propiedades de Italia y no sólo de las particulares, sino también de las del Estado, sin que el emperador Honorio pudiera hacer nada para impedirlo, llevándose de Roma como esclava a su hermana Placidia, hija de la segunda esposa del emperador Teodosio. **160**. Sin embargo, en atención a su noble linaje, su belleza física y su casta pureza, se unió a ella en legítimo matrimonio en Foro Julio, ciudad de la

Emilia, para que los restantes pueblos, al conocer este enlace, se asustaran más pensando que se trataba de una alianza del Imperio con los godos.[335] Luego abandonó generosamente al emperador Honorio, como pariente suyo que era ya, pero privado de bienes, y se dirigió a las Galias.

161. Cuando llegó allí, los pueblos vecinos comenzaron a recluirse en sus territorios, tanto los francos como los burgundios, que habían asolado tan cruelmente las Galias en épocas pasadas. Por su parte, los vándalos y los alanos, que como dijimos más arriba[336], se habían asentado en las dos Panonias con el consentimiento de los emperadores, pensaron que no iban a estar seguros si volvían allí los godos por el miedo que les inspiraban, y pasaron a las Galias. **162**. Pero pronto hubieron de huir de las Galias que acababan de ocupar y se refugiaron en Hispania, acordándose aún de lo que les habían contado sus mayores sobre los desastres que había causado a su pueblo el rey godo Geberico[337], que los había expulsado por la fuerza del suelo de su patria. De modo que esta coyuntura puso las Galias a merced de Ataúlfo.

163. Así pues, una vez que este rey godo consolidó su reino en las Galias, comenzó a compadecerse de las desgracias de los hispanos y decidió librarlos de las incursiones de los vándalos. Dejó sus riquezas en Barcelona con algunos hombres leales y los que no podían combatir, y penetró en el interior de Hispania, donde tuvo frecuentes enfrentamientos con los vándalos. Tres años después de haber sometido las Galias y los territorios hispanos murió por culpa de una herida que había recibido en el vientre de la espada de Evervulfo, de cuya estatura solía burlarse.[338] Después de su muerte fue nombrado rey Sigerico[339], pero también él pereció traicionado por los suyos y perdió muy prematuramente el reino y la vida.

Capítulo XXXII. Reinado de Valia

164. Más tarde Valia[340], hombre severo y prudente en demasía, es proclamado rey, el cuarto desde Alarico. Contra él envió el emperador Honorio a Constancio[341], hombre muy experimentado en asuntos bélicos y vencedor en múltiples batallas, temiendo que rompiera el pacto firmado tiempo atrás con Ataúlfo y que tramara de nuevo alguna asechanza contra el Imperio, ahora que había conseguido desembarazarse de los pueblos vecinos. Deseaba al mismo tiempo liberar a su hermana Placidia de la vergüenza que

suponía su sumisión a él, y por eso pactó con Constancio que se la concedería en matrimonio si podía llevársela a su reino bien pacíficamente, o bien por las armas o por cualquier otro medio. **165**. Constancio, contento con el trato, se dirige a Hispania con muchos soldados y con un cortejo ya casi real. Valia, rey de los godos, le sale al encuentro a la entrada de los Pirineos con un contingente en nada inferior al suyo. Allí cada una de las partes manda una embajada a la otra, y llegan al acuerdo de que Valia devolvería al emperador a su hermana Placidia y no se negaría a prestar ayuda al Imperio Romano cuando las circunstancias así lo exigieran.[342] Precisamente por este tiempo un tal Constantino se había hecho con el poder en las Galias y había nombrado César a su hijo Constante, que antes era monje. Pero no pudo mantenerse mucho tiempo en el poder que había usurpado porque pronto murió a manos de los romanos y sus aliados godos en Arlés, y su hijo en Vienne. Con posterioridad a éstos también Jovino y Sebastián, haciendo gala de una temeridad semejante, sufrieron el mismo final cuando trataban de usurpar el poder imperial.[343] **166**. En el duodécimo año de su reinado, cuando los hunos fueron expulsados por los godos y los romanos de la región de Panonia que habían ocupado durante casi cincuenta años, viendo Valia que los vándalos habían tenido la osadía de atreverse a salir del interior de Galicia, donde los había confinado Ataúlfo, y que se atrevían a saquear cuanto podían en sus propios dominios, es decir en el territorio de Hispania, envió sin dilación un ejército contra ellos, justamente durante el consulado de Hierio y Ardabures.[344]

Capítulo XXXIII. Los vándalos pasan a África

167. Pero Giserico, rey de los vándalos, había sido llamado por entonces a África por Bonifacio (que había caído en desgracia ante el emperador Valentiniano y, no pudiendo vengarse de otro modo que haciendo daño al Imperio, suplicó a los vándalos que acudieran a él)[345]. Hizo la travesía por un paso angosto denominado estrecho de Gades, que separa África de Hispania con una distancia de apenas siete millas[346], y por el que desemboca el mar Tirreno[347] en las aguas del Océano. **168**. Era ya por entonces Giserico muy conocido en todo el mundo por la derrota que infligió a los romanos[348]; de estatura media y cojo a consecuencia de la caída de un caballo, profundo de espíritu, poco hablador, deseoso de

riquezas, inclinado a la ira, despreciaba el lujo y era muy hábil para atraerse a otros pueblos y sembrar la discordia y provocar el odio.

169. Éste era el hombre que, a ruegos de Bonifacio, como hemos dicho, entró en las regiones africanas del Imperio, donde reinó mucho tiempo con un poder que se dice que había recibido de la divinidad. Antes de morir[349] mandó llamar sus hijos y les prescribió que no surgiera entre ellos ninguna disensión por la ambición de alcanzar el trono, sino que cada uno ocupara el poder ordenadamente tras la muerte de los otros, es decir, que al de mayor edad lo sucediera el siguiente de sus hijos y a éste el próximo. Observando este precepto mantuvieron su reino por espacio de muchos años y no lo destruyeron con guerras civiles, como suele suceder en otros pueblos, sino que uno detrás de otro ocuparon el trono ordenadamente y gobernaron en paz a su pueblo.

170. El orden de sucesión fue el siguiente: el primero fue Giserico, su padre y señor; el siguiente Himerico, el tercero Guntamundo, el cuarto Trasamundo, el quinto Hilderico, al que para desgracia de su pueblo y olvidando los preceptos de su antepasado expulsó del trono Gelimer, que lo asesinó e instauró un gobierno despótico.[350] **171**. Sin embargo, su acción no quedó impune, pues pronto la venganza del emperador Justiniano cayó sobre él y, gracias a la intervención del gloriosísimo Belisario[351], comandante en jefe del ejército de Oriente, cónsul ordinario y patricio, fue llevado con todo su pueblo y las riquezas que acumulaba como un pirata a Constantinopla, donde sirvieron para que el pueblo disfrutara de un gran espectáculo de circo. Allí, sufriendo un tardío arrepentimiento por sus actos y viéndose privado de su condición real, murió rebajado a la condición de un cualquiera, pero negándose a aceptarla.[352]

172. De este modo, África, que en la división de la tierra aparece descrita como la tercera parte del mundo, fue liberada del yugo de los vándalos después de casi cien años y conducida de nuevo a la libertad del Imperio Romano. Así, la que hacía tiempo había sido desgajada del cuerpo del Estado Romano por un ejército pagano dirigido por déspotas indolentes y generales infieles, vive hoy feliz recuperada por un emperador emprendedor y un general leal. Aunque poco después hubo de lamentarse durante algún tiempo por causa de una guerra civil en la que resultó devastada

por la deslealtad de los moros[353], sin embargo el triunfo que Dios tuvo a bien conceder al emperador Justiniano hizo que pudiera continuar indefinidamente su pacificación. Pero ¿qué necesidad tenemos de hablar de estos asuntos que no vienen a cuento? Volvamos al tema que nos ocupa.

173. El rey godo Valia estaba hasta tal punto enfurecido contra los vándalos que habría deseado perseguirlos hasta África si no le hubiera hecho volver atrás la misma circunstancia que le había acaecido a Alarico tiempo atrás cuando se dirigía a África.[354] Ennoblecido, pues, con las victorias obtenidas en el interior de Hispania sin derramamiento de sangre, vuelve a Tolosa.[355] Después de entregar al Imperio Romano, como había prometido, unas cuantas provincias de las que había hecho huir a sus enemigos, una pésima enfermedad acabó con la buena salud de la que había disfrutado tanto tiempo y dejó los asuntos de este mundo. **174**. Fue precisamente por esta época cuando Berimundo, cuyo padre era Turismundo, del que ya hablamos más arriba al trazar la genealogía de la familia de los Ámalos[356], emigró junto con su hijo Viterico al reino de los visigodos desde el territorio de los ostrogodos, que aún vivían en las tierras de Escitia sometidos a la opresión de los hunos.[357] Consciente de su valor y de su linaje, creía que sus parientes le concederían el trono, porque se sabía heredero de numerosos reyes, pues pensaba que nadie dudaría en elegir a un miembro de la familia de los Ámalos si el trono estaba vacío. Pero, sin embargo, no quiso revelar su identidad y los godos nombraron sucesor a Teodoredo[358] tras la muerte de Valia.

175. Berimundo se presentó ante él y, con la grandeza de espíritu que lo caracterizaba, prefirió callar prudentemente su noble linaje porque sabía que los nacidos de estirpe real siempre resultan sospechosos para los que ocupan el trono, y aceptó pasar por un desconocido para no alterar el orden establecido. El rey Teodoredo lo acogió a él y a su hijo con grandes honores, hasta el punto de no privarse de su consejo ni de invitarlo a sus banquetes. Sin embargo, no lo trataba así en virtud de la nobleza de su linaje, pues le era desconocida, sino por la grandeza de espíritu e inteligencia que no podía ocultar.

Capítulo XXXIV. Hunos y romanos luchan contra Teodoredo

176. Tal vez te preguntes qué sucedió entonces. Repitiendo lo que ya hemos dicho, a la muerte de Valia, que había resultado poco afortunado en las Galias, lo sucedió en el trono Teodoredo, cuyo reinado fue enormemente próspero y venturoso. Hombre de gran moderación y dotado de una enorme fuerza física y moral, hubo de hacer frente al ataque de los romanos que, aliados con los hunos, rompieron la tregua en las Galias durante el consulado de Teodosio y Festo.[359] Esto fue consecuencia del ataque de un grupo de godos federados que unidos al conde Gainas había asolado Constantinopla.[360] Estaba por entonces al frente del ejército el patricio Aecio[361], nacido del valeroso linaje de los Mesios en la ciudad de Durostoro e hijo de Gaudencio. Dotado de una gran resistencia para las fatigas bélicas y nacido especialmente para servir al Estado Romano, había obligado a los orgullosos suevos y a los salvajes francos, después de aplastantes derrotas, a someterse al Imperio Romano. **177**. El ejército romano junto con las tropas auxiliares de los hunos al mando del general Litorio se dispuso a presentar combate a los godos. Los dos ejércitos permanecieron durante bastante tiempo alineados en orden de batalla uno enfrente del otro, puesto que los dos eran valerosos y ninguno de los dos inferior al otro. Finalmente decidieron estrecharse las manos y restauraron su antigua concordia. Corroboraron con la firma de un tratado su promesa de mantener lealmente la paz y ambos ejércitos se retiraron.[362]

178. Con esta paz se calmó Atila, caudillo supremo de todos los hunos[363] y el único de toda la historia que había conseguido reinar sobre todos los pueblos de Escitia, un hombre al que admiraban por su siniestra fama todos los pueblos. El historiador Prisco, que fue enviado ante él por Teodosio el Joven en una embajada[364], cuenta, entre otras cosas, lo siguiente: «Después de atravesar inmensos ríos como el Tisia, el Tibisia y el Drica[365], llegamos al famoso lugar en el que antaño Vidigoya[366], el más valiente de los godos, pereció víctima de una trampa de los sármatas, y no lejos. de allí nos acercamos a una aldea en la que residía el rey Atila. Esta aldea que digo se parecía más bien a una inmensa ciudad en la que descubrimos un palacio amurallado, construido con enormes placas de madera cuyo ensamblaje daba tal impresión de solidez que incluso con esfuerzo apenas podían distinguirse las juntas de los

tablones. **179** Allí se veían espaciosos salones de banquetes enormemente fastuosos y pórticos profusamente adornados El área del patio estaba rodeada de una inmensa empalizada cuyas grandes dimensiones mostraban que se trataba de un verdadero palacio real Ésta era la residencia del rey Atila, que dominaba a todos los bárbaros y que prefería esta morada a todas las ciudades que había conquistado.

Capítulo XXXV. Orígenes y carácter de Atila

180. Este Atila tuvo como padre a Mundiuco, cuyos hermanos fueron Octar y Rúas, que se dice que fueron reyes de los hunos antes que Atila, aunque no reinaron sobre todos como él. Después de la muerte de éstos los sucedió en el trono de los hunos junto con su hermano Bleda y, para poder llevar a cabo libremente los proyectos que preparaba, trató de aumentar sus fuerzas con el fratricidio, comenzando la destrucción universal con el asesinato de su propia familia. **181** Pero la justicia actuó sobre el que no dudaba en emplear los medios más detestables para aumentar su poder, y su crueldad encontró un final vergonzoso Así pues, tras asesinar a traición a su hermano Bleda[367], que reinaba sobre buena parte de los hunos, reunió en torno a sí a todo su pueblo y a otro numeroso grupo de naciones que estaban sometidas por entonces a su obediencia, con el deseo de subyugar a los pueblos más poderosos del mundo, los romanos y los visigodos.

182. Se estimaba que el número de efectivos de su ejército rondaba los quinientos mil y era un hombre nacido para conmocionar a los pueblos e infundir pavor a todo el universo, pues sólo con su tremenda reputación conseguía aterrar a todos. Era arrogante en el porte y volvía los ojos de un lado a otro para que incluso el poder de su espíritu orgulloso se manifestara en cada movimiento de su cuerpo. Aunque era amante de la guerra, sabía mantener el control sobre sus actos. Era sumamente juicioso, clemente con los que le suplicaban perdón y generoso con los que se aliaban con él. De estatura era bajo, ancho de pecho, de cabeza grande y ojos pequeños; la barba la tenía poco poblada, los cabellos canosos, la nariz aplastada y la tez oscura, rasgos todos ellos que denotaban su raza.[368]

183. Aunque por naturaleza siempre había tenido grandes esperanzas de éxito, su ambición se había acrecentado al encontrar

la espada de Marte, que siempre había sido considerada sagrada por los reyes de Escitia. El historiador Prisco[369] refiere así el hallazgo: «Un pastor —dice— observó que una de las terneras de su rebaño cojeaba y, como no encontraba lo que podía haberle causado una herida tan grande, sigue con preocupación los rastros de sangre hasta que finalmente llega hasta la espada que la incauta novilla había pisado mientras pastaba. La desentierra y se la lleva de inmediato a Atila. Éste le agradece el regalo y, con la presunción que lo caracterizaba, piensa que ha sido designado señor de todo el universo y que por medio de esta espada le ha sido concedido el poder de decidir el resultado de las guerras.

Capítulo XXXVI. Los romanos se alían con los visigodos contra Atila

184. Cuando Giserico, rey de los vándalos, de quien hemos hablado anteriormente[370], tiene conocimiento del propósito de Atila de devastar todo el orbe, lo instiga para que declare la guerra a los visigodos, ofreciéndole a cambio regalos, pues temía que el rey visigodo Teodoredo vengara la afrenta que había sufrido su hija. Esta se había casado con Hunerico, hijo de Giserico, y al principio se había alegrado de un matrimonio de tanta categoría. Pero luego Hunerico, con la crueldad que solía manifestar hasta con sus propios familiares, sólo por sospechar que su esposa había intentado suministrarle un veneno, la había enviado de vuelta a las Galias junto a su padre después de mutilarle la nariz y las orejas, privándola así de su natural belleza, para que la desdichada mostrara siempre este vergonzoso recuerdo.[371] Tal crueldad, que conmovía incluso a los extranjeros, estaba pidiendo a gritos la venganza de su padre.

185. Así pues, Atila decidió con el apoyo de Giserico comenzar las guerras que había proyectado y envió emisarios a Italia ante el emperador Valentiniano para sembrar la discordia entre los godos y los romanos y debilitar con disputas internas a los que no podía vencer en combate. Aseguraba que no quería romper su amistad con el Imperio, sino que su guerra era contra el rey visigodo Teodoredo. Luego, como deseaba de buen grado que Valentiniano se mantuviera al margen de la guerra, llenaba el resto de la carta de los halagos y saludos acostumbrados, tratando de dar mayor crédito a sus mentiras. **186**. Envió otra carta del mismo tenor al rey

visigodo Teodoredo, exhortándolo a abandonar su alianza con los romanos y a recordar las crueles guerras que le habían declarado no hacía tanto; hombre astuto éste, que combatía con artimañas antes de hacer la guerra.

187. Entonces el emperador Valentiniano envió una legación a los visigodos y a su rey Teodoredo que se expresó en estos términos: «Lo más prudente que podéis hacer, ya que sois el más valeroso de los pueblos, es uniros a nosotros contra el tirano universal que desea someter a la esclavitud a la totalidad del orbe, que no necesita tener motivos para declarar la guerra y que considera legítimos todos sus actos. Mide su ambición con su propio brazo y sacia su orgullo con una absoluta permisividad hacia sí mismo; despreciando la ley humana y la divina, muestra que es incluso enemigo de la naturaleza misma. Merece por ello el aborrecimiento de todos, puesto que él mismo se reconoce enemigo de todo el mundo. **188**. Os ruego que recordéis lo que sin duda no podéis olvidar, que no somos atacados por los hunos en una guerra abierta, donde todos estamos en igualdad de condiciones, sino, lo que es más grave, que han emprendido este ataque con asechanzas. Por no decir nada de nosotros, ¿podéis tolerar que esta arrogancia quede sin venganza? Ya que tenéis ejércitos poderosos, ayudadnos en nuestros sufrimientos y unid vuestras fuerzas a las nuestras. Prestad vuestro auxilio al Imperio, ya que poseéis una parte del mismo. Averiguad los propósitos del enemigo si queréis saber hasta qué punto deseamos y ansiamos vuestra alianza»[372].

189. Con estos argumentos y otros semejantes, los legados de Valentiniano conmovieron al rey Teodoredo y éste respondió diciendo: «Romanos, habéis conseguido lo que deseabais: habéis convertido a Atila también en enemigo nuestro. Lo perseguiremos hasta cualquier lugar adonde nos haga ir y, aunque se jacte de sus victorias sobre diversos pueblos, los godos saben bien cómo se lucha contra los arrogantes. Me atrevería a decir que no hay ninguna guerra onerosa a excepción de la que se hace por motivos injustos, y nada malo ha de temer aquel que defiende su soberanía.» **190**. Los nobles godos aplauden la respuesta de su jefe y el resto del pueblo los secunda con entusiasmo. A todos les entran ansias de combatir y arden en deseos de luchar contra sus enemigos los hunos. Una inmensa multitud se pone a las órdenes del rey visigodo Teodoredo,

que deja en casa a cuatro de sus hijos —es decir, a Friderico, Eurico, Retemero e Himnerito— y se lleva consigo como compañeros de fatigas a sus hijos mayores Turismundo y Teodoredo. ¡Feliz ejército, segura defensa, dulce apoyo el de quien cuenta con la ayuda de aquellos que se alegran de compartir juntos los mismos peligros!

191. En las filas romanas fue tan grande la previsión del patricio Aecio, de quien dependían por entonces las regiones occidentales, que reunió a guerreros de todas partes y marchó contra una masa infinita de enemigos feroces con iguales efectivos. En efecto, se unieron a los romanos como tropas auxiliares los francos, los sármatas, los armoricanos, los liticianos, los burgundios, los sajones, los riparios y los olibriones[373], que en otro tiempo habían sido soldados romanos, pero que entonces fueron convocados sólo como auxiliares, así como algunos otros pueblos celtas y germanos.

192. Se concentraron, pues, las tropas en los Campos Cataláunicos[374], que se denominan también Mauriacos y que tienen cien leguas, como dicen los galos, de largo, y setenta de ancho[375] (la legua gala es una medida equivalente a mil quinientos pasos). Aquella parte de la tierra se convierte entonces en punto de encuentro de innumerables pueblos. Se enfrentan dos ejércitos valerosísimos; no hay ya lugar para tretas, sino que ahora se lucha a campo abierto. **193**. ¿Qué motivo se puede hallar para una movilización tan ingente? ¿Qué odio los incitó a todos a armarse unos contra otros? Quedó probado que el género humano obedece a sus propias leyes, puesto que la locura de un solo hombre provocó con su ataque la destrucción de tantos pueblos, y el capricho de un rey arrogante destruyó en un instante lo que la Naturaleza había tardado tantos siglos en crear.

Capítulo XXXVII. Teodoredo y Aecio ocupan Orleans

194. Pero antes de narrar el desarrollo mismo de la batalla parece necesario explicar los episodios preliminares, porque si la batalla en sí fue memorable, las peripecias de que se vio rodeada fueron también múltiples y sorprendentes. En efecto, Sangibario, rey de los alanos, lleno de terror ante el desenlace de los acontecimientos, promete entregarse a Atila y confiarle el mando de la ciudad gala de Orleans, en la que residía por aquel entonces. Al

enterarse de esto Teodoredo y Aecio, construyen grandes fortificaciones con terraplenes delante de la ciudad antes de la llegada de Atila y vigilan al sospechoso Sangibario, colocándolos a él y a su pueblo en medio de las tropas auxiliares.

195. Atila, rey de los hunos, se conmocionó con estos sucesos y, desconfiando de sus propias tropas, temió comenzar el enfrentamiento. Pensando entretanto que la huida podía ser más desafortunada que la muerte misma, decidió consultar a sus adivinos sobre el futuro que le aguardaba. Éstos examinaron como de costumbre las entrañas de los animales y vieron que aparecían ciertas venas sobre los huesos quebrantados, lo que suponía un funesto presagio para los hunos. Sin embargo, sus predicciones aportaban un pequeño consuelo: que el jefe supremo de los enemigos del bando contrario sucumbiría en la batalla y ensombrecería con su muerte la victoria que habían de conseguir. **196**. Aunque Atila consideraba provechosa la muerte de Aecio, porque estorbaba sus planes, incluso a costa de su propia derrota, sin embargo, se quedó preocupado con estos vaticinios y, como en el fondo era un excelente estratega militar, empezó con cierto temor el combate hacia la hora nona del día, para tener el amparo de la noche si las cosas no marchaban como él quería[376].

Capitulo XXXVIII. La batalla de los Campos Cataláunicos

197. Los dos bandos se encontraron, como habíamos dicho, en los Campos Cataláunicos. El terreno del campo de batalla tenía una ligera pendiente que crecía hasta formar un pequeño collado Ambos ejércitos deseaban apoderarse de él porque la buena situación del lugar confería una ventaja nada desdeñable. Los hunos ocuparon el flanco derecho con los suyos, mientras que los romanos y visigodos ocupaban el izquierdo con sus tropas auxiliares, y así comenzaron el combate sin haberse adueñado todavía de la cima del montículo. **198**. Teodoredo y los visigodos estaban coloca dos en el ala derecha del ejército, Aecio y los romanos en la izquierda, y habían dejado en medio a Sangibano, que como hemos dicho más arriba era el jefe de los alanos, encerrando entre tropas leales con gran precaución militar al que inspiraba menor confianza pues está claro que el que tiene difícil el camino para huir asume más fácilmente la necesidad de luchar.

Las tropas de los hunos, por su parte, estaban organizadas de modo bien diferente; Atila estaba colocado en el centro con sus hombres más aguerridos Con esta disposición se preocupaba este rey sobre todo de su propia seguridad, pues al estar colocado entre lo más escogido de sus tropas, quedaba libre del peligro más inminente. **199** Las alas de su ejército las formaban una multitud de pueblos procedentes de razas diversas que había sometido a su autoridad. Entre ellos sobresalía el ejército de los ostrogodos, mandado por los hermanos Valamiro, Teodomiro y Vidimiro[377], más nobles que el mismo rey al que entonces obedecían, pues pertenecían al ilustre y poderoso linaje de los Ámalos. Estaba también allí con una innumerable tropa de gépidas el muy afamado y valiente rey Ardarico[378], que por su gran lealtad a Atila tenía el privilegio de ser uno de sus consejeros, pues Atila, que era muy sagaz en sus decisiones, apreciaba a éste y al rey ostrogodo Valamiro por encima de los demás reyezuelos. Lo cierto es que Valamiro sabía guardar bien los secretos, era de lenguaje convincente e incapaz de cometer traición. Ardarico, por su parte, era famoso por su lealtad y buen juicio, como ya hemos dicho; no le debieron de faltar razones a Atila para pensar que ambos iban a luchar contra sus parientes visigodos.

200. La restante muchedumbre de reyes y caudillos de diversos pueblos, si es que se los puede llamar así, estaban atentos a las órdenes de Atila como si fueran su propia escolta, y tan pronto como hacía un gesto con los ojos, sin murmurar siquiera una palabra, acudían todos ante él muertos de miedo y terror, dispuestos a llevar a cabo cualquier cosa que mandara. **201**. Solamente Atila, rey de todos los reyes, se preocupaba de todo y por todos. Así que se entabla combate con el fin de apoderarse de este lugar privilegiado del que hemos hablado. Atila manda a los suyos ocupar la cima del monte, pero se le adelantan Turismundo y Aecio, que consiguieron con gran esfuerzo ganar la cumbre y desde allí rechazaron fácilmente a los atacantes, merced a la situación privilegiada de la que gozaban en lo alto de la colina.

Capítulo XXXIX. Arenga de Atila a su ejército

202. Entonces Atila, al ver la confusión de su ejército como resultado de la acción anterior, pensó que debía subirles la moral e improvisó la siguiente arenga: «Si os mantenéis en pie después de

haber vencido a tantos pueblos, después de conquistar el mundo entero, considero inútil animaros con palabras como si fuerais soldados bisoños. Eso que lo haga un caudillo novato o un ejército sin experiencia. Ni es justo que yo os diga palabras trilladas ni conviene que vosotros las escuchéis. **203**. ¿A qué otra cosa estáis acostumbrados más que a luchar? ¿Hay algo más agradable para un hombre valiente que vengarse con sus propias manos? Es un gran don de la naturaleza el poder saciar nuestras almas con la venganza.

204. Ataquemos, pues, con coraje al enemigo. Los que deciden lanzarse a la lucha son siempre los más audaces. Despreciad a los pueblos dispares que se unen para luchar juntos; aliarse para defenderse es un síntoma de miedo. Ved cómo están ya muertos de terror incluso antes de vuestro ataque y por eso se suben a las alturas. Se arrepienten tarde, en el campo de batalla, y buscan desesperados lugares altos y fortificados para resguardarse. Ya sabéis bien qué poco resistentes son las armas romanas. Aguantan difícilmente, no digo ya la primera herida, sino incluso la primera polvareda que se levanta cuando se ponen en orden de batalla o preparan su formación en tortuga. **205**. Vosotros pelead con el arrojo que acostumbráis y, despreciando sus ejércitos, arrojaos sobre los alanos y arremeted contra los visigodos. Tendremos que conseguir una rápida victoria allí donde se resuelve la guerra: los miembros del cuerpo se debilitan rápidamente cuando se cortan los nervios y un cuerpo al que se le quitan los huesos no es capaz de mantenerse en pie. Levantad los ánimos y que resurja vuestra furia habitual. Hunos, servios ahora de vuestra inteligencia y de vuestras armas; que el herido en combate reclame la muerte del adversario y que el que está ileso se sacie degollando a los enemigos. A los que han de vivir no los alcanza flecha alguna, a los que han de morir los hados los hacen perecer incluso en tiempo de paz.

206. Para terminar: ¿Por qué iba a haber convertido la fortuna a los hunos en triunfadores sobre tantos pueblos si no les hubiese reservado también la alegría de vencer en este combate? ¿Y quién abrió finalmente a nuestros antepasados el camino de la laguna Meótida que había permanecido durante tantos siglos cerrado y secreto?[379] ¿Quién hacía incluso que hombres armados fueran derrotados por otros inermes?[380] Un grupo de gentes unidas artificialmente no podía resistir la presencia de los hunos. No me

equivoco sobre el desenlace de los acontecimientos. Este campo de batalla es el que nos han vaticinado tantos éxitos anteriores. Seré el primero en lanzar mis flechas contra el enemigo. Si hay alguien que se quede quieto mientras Atila lucha, que se dé por enterrado.» Enardecidos con estas palabras, todos se lanzaron al combate.

Capítulo XL. Muerte de Teodoredo y derrota de Atila

207. Aunque la situación generaba un gran temor, sin embargo, la presencia del rey hacía que desapareciera la vacilación de sus hombres. Se entabla combate cuerpo a cuerpo. La batalla es atroz, confusa, cruel y encarnizada, totalmente distinta a cualquier otra de las que se libraron en la Antigüedad. Se cuenta que se vieron allí tales hazañas que el que se privara de contemplar este espectáculo jamás en su vida podría haber visto nada más extraordinario. **208**. Pues, si damos crédito a los más ancianos, un riachuelo que corre por una pequeña ribera del citado campo vio muy aumentado su caudal con la sangre de las heridas de los que habían caído en el combate. No creció por la lluvia, como suele suceder, sino que se convirtió en torrente repleto del insólito líquido en cruenta crecida. Y aquellos que acudieron a él acuciados por la sed que les provocaban las heridas recibidas se vieron arrastrados por sus aguas sembradas de muerte. Así, compelidos por su miserable suerte, bebieron la sangre que habían derramado los heridos.

209. Entonces, el rey Teodoredo, mientras pasaba revista a su ejército para infundirle valor, cayó de su caballo y fue pisoteado por los suyos, muriendo a una edad ya bastante avanzada. Pero hay quien dice que lo mató una flecha lanzada por Andagis[381], que pertenecía al bando de los ostrogodos que estaban a las órdenes de Atila. Éste fue el primer vaticinio[382] que hicieron los arúspices a Atila, aunque él pensó que se trataba de Aecio. **210**. Entonces los visigodos, separándose de los alanos, se lanzan contra las masas de los hunos y están a punto de matar a Atila, pero éste se percata de ello y actúa con rapidez, logrando escapar con los suyos y ocultarse en el recinto de su campamento que habían vallado con carros. Aunque esta defensa no era muy sólida, sin embargo, hallaron allí refugio para sus vidas aquellos a los que poco antes no podían contener ni las murallas más fortificadas.

211. Por lo que respecta a Turismundo, el hijo del rey

Teodoredo, que se había adelantado junto con Aecio a ocupar la posición elevada y había rechazado desde allí a los enemigos, cuando creía que volvía a sus propias filas en medio de la oscuridad de la noche, llega sin saberlo hasta los carros de los enemigos. Allí se vio forzado a luchar valientemente, pero alguien lo hirió en la cabeza y lo hizo caer del caballo. Sus hombres lo rescataron con gran previsión y tuvo que abandonar la lucha.

También Aecio, que, separado de los suyos por la confusión de la noche, andaba errante en medio de sus enemigos temiendo que hubiera sucedido alguna desgracia a los godos, llegó finalmente al campamento de sus compañeros y pasó el resto de la noche protegido por sus escudos.

212. Al amanecer del día siguiente, cuando vieron que el campo de batalla estaba lleno de cadáveres y que los hunos no se atrevían a salir de su campamento, pensaron que la victoria era suya, porque sabían que Atila no abandonaría el combate si no sufría una gran derrota. Éste, sin embargo, parecía no hacer ningún movimiento, como si estuviera hundido en la derrota, pero hacía sonar las armas, tocar las trompetas y amenazar con un nuevo ataque (como un león acosado por los dardos que se mueve ante la boca de su cueva y no se atreve a salir, pero no deja de atemorizar las inmediaciones con sus rugidos, así este rey tan combativo, aunque asediado, seguía inquietando a sus vencedores). En esta situación los godos y los romanos se reúnen para decidir qué van a hacer con Atila ahora que lo han vencido. **213**. Deciden agotarlo con un asedio, porque no le quedaban muchos víveres y porque los arqueros situados detrás de la empalizada de su campamento impedían el acceso a él con una lluvia de flechas.

Se cuenta que, en esta situación desesperada, el citado rey, dando pruebas de su resolución hasta en el momento de morir, mandó que construyeran una pira con sillas de caballo, y que quería arrojarse a las llamas si los adversarios lograban entrar, para que nadie pudiera alegrarse de haberlo herido ni pudiera caer en manos de los enemigos el que era señor de tan poderosos pueblos.

Esquema de la batalla de los Campos Cataláunicos del 451 d.C. (tomado de A. Ferrill, La caída del Imperio Romano, Madrid, EDAF, 1989, pág. 147)

Capítulo XLI. Turismundo es proclamado rey

214. Pero durante esta tregua del asedio, los visigodos se dedicaron a buscar a su rey y los hijos de Teodoredo a su padre, conmocionados por su desaparición en un momento tan venturoso. Después de buscarlo durante mucho tiempo, como suelen hacerlo los hombres valientes, lo encontraron entre el amasijo de cadáveres y lo honraron con sus cantos antes de llevárselo ante la mirada atenta de los enemigos. Se podían ver grupos de rudos godos con sus voces discordantes que se ocupaban de sus honras fúnebres entre los fragores de una guerra que aún continuaba. Derramaban lágrimas, pero como suelen hacerlo los hombres valientes. Se trataba de una muerte, sí, pero una muerte gloriosa, como podían atestiguar los hunos, y se podía pensar que con ella quedaba aplacada la soberbia de los enemigos, que se limitaban a contemplar cómo se trasladaba el cadáver de un rey tan poderoso con sus propias insignias.

215. Pero aún estaban los godos celebrando los funerales de Teodoredo, cuando, haciendo resonar sus armas, otorgaron la dignidad real al valerosísimo príncipe Turismundo[383], para que prosiguiera las exequias de los gloriosos manes de su queridísimo padre como correspondía a un hijo. Cuando éstas se dieron por concluidas, movido por el dolor de su orfandad y por el impetuoso valor que lo caracterizaba, decidió vengar la muerte de su padre atacando a los hunos que aún resistían, y para ello pidió consejo al patricio Aecio, dada su mayor edad y su experiencia en tales lides,

sobre lo que debía hacer en aquellas circunstancias. **216**. Pero aquél, temiendo que si los hunos eran totalmente aniquilados el Imperio Romano cayera en manos de los godos, lo convence aconsejándole que volviera a sus tierras y tomara posesión del trono que le había dejado su padre, no fuera que sus hermanos se apoderaran del reino visigodo y de las riquezas de su padre y tuviera que luchar duramente con los suyos, y lo que era peor, con el riesgo de ser derrotado[384]. Turismundo recibió esta respuesta sin darse cuenta de las segundas intenciones que encubría, sino como si fuera sólo por su propio interés y, dejando a los hunos, se volvió a las Galias. Así es la fragilidad humana, que se deja llevar por las sospechas y deja escapar la oportunidad de llevar a cabo grandes proyectos.

217. Se cuenta, pues, que en esta famosísima batalla en la que intervinieron los pueblos más valerosos hubo ciento sesenta y cinco mil bajas entre los dos bandos[385], sin contar los quince mil gépidas y francos que antes del combate principal se enfrentaron durante la noche y perecieron como consecuencia de las heridas que se infligieron mutuamente, ya que los francos luchaban en el bando romano y los gépidas en el de los hunos. **218**. Así pues, cuando Atila se enteró de la marcha de los godos pensó que se trataba de una trampa de los enemigos, como es lógico pensar en estos casos inesperados, y se atrincheró durante algún tiempo en su campamento. Pero al comprobar que a la retirada de los enemigos se sigue un largo silencio, su mente piensa de nuevo en la victoria, se imagina nuevos triunfos y su carácter de rey poderoso le hace pensar otra vez en su antiguo destino. Por su parte, Turismundo, tras la muerte de su padre y su proclamación real en los Campos Cataláunicos donde también él había luchado, entra en Tolosa. Aunque allí sus numerosos hermanos y los hombres poderosos del reino estaban en pleno alborozo, sin embargo, fue tan moderado en los inicios de su reinado, que no tuvo que enfrentarse a ninguno de ellos por la sucesión en el trono.

Capítulo XLII. Atila devasta Italia

219. Pero Atila, aprovechando la ocasión que le brindaba la retirada de los visigodos y viendo que sus enemigos se dividen en dos grupos como tanto había deseado, se siente de nuevo seguro y prepara inmediatamente su ejército para aplastar a los romanos. En

su primer ataque asedia la ciudad de Aquilea[386], que es una metrópoli del Véneto situada en el extremo de la lengua de tierra del golfo Adriático y cuyas murallas baña el río Natisone, que corre desde el monte Picis.

220. Después de sitiarla una larga temporada sin conseguir que se rindiera, porque dentro resistían los más esforzados soldados romanos, sus tropas, que deseaban ya marcharse, comenzaban a mostrarse descontentas. Entonces Atila, que mientras camina cerca de las murallas pensando si levantaría el campamento o se quedaría un poco más allí, observa unas aves blancas, unas cigüeñas de esas que hacen sus nidos en los tejados de las casas, que estaban sacando a sus crías fuera de la ciudad y las trasladan al campo en contra de su costumbre.

221. Y como era un observador muy sagaz, tuvo un presentimiento y dijo a los suyos: «Mirad, las aves, que intuyen lo que va a suceder, abandonan la ciudad que está destinada a perecer y se marchan de la fortaleza ante el peligro que se avecina. No creáis que se trata de un hecho insignificante o inseguro: el miedo al futuro cambia las costumbres de los que saben de antemano lo que va a suceder.» ¿Para qué voy a decir más? De nuevo enardece los ánimos de los suyos para atacar Aquilea. Construyen todo tipo de artefactos y máquinas de guerra y las utilizan para irrumpir en la ciudad sin demora; la saquean, se reparten el botín y la arrasan tan cruelmente que apenas dejan señales de que había existido.

222. A partir de este momento los hunos se volvieron más audaces y, no saciados aún con la sangre romana, desatan su furia por las otras ciudades del Véneto. Devastan también con la misma saña Milán, metrópoli de Liguria y en otro tiempo ciudad real, y no dejan de condenar a Pavía a la misma suerte. Asolan con crueldad los lugares cercanos y convierten en ruinas casi toda Italia. Pero, aunque Atila había tenido intención de dirigirse a Roma, los suyos, como cuenta el historiador Prisco, lo hicieron desistir de su empeño, no porque miraran por una ciudad de la que eran enemigos, sino porque temían por la suerte de su rey, poniéndole como ejemplo el caso del antiguo rey visigodo Alarico, que no había sobrevivido mucho a la destrucción de Roma, sino que inmediatamente después abandonó los asuntos de este mundo.

223. Así pues, mientras su espíritu estaba vacilante sobre si

debía ir o no y se retrasaba en tomar una decisión, le llegó una grata embajada de Roma. Efectivamente, el papa León en persona le sale al encuentro en el Campo Ambuleyo, en la región del Véneto por donde atraviesa el río Mincio gran cantidad de mercaderes[387]. Atila apaciguó el furor de su ejército y, después de prometer la paz, se marchó de nuevo a sus territorios de más allá del Danubio, desde donde había venido, no sin antes proclamar ante todos su amenaza de causar aún mayores estragos en Italia si el emperador Valentiniano no le enviaba allí a su hermana Honoria, la hija de Placidia Augusta, con la parte de los bienes imperiales que le correspondían.

224. Se contaba que esta Honoria, estando obligada a permanecer encerrada por orden de su hermano para guardar la castidad que exigía el decoro de la corte, había enviado en secreto un eunuco a Atila para comunicarle que se ponía a su disposición para enfrentarse a su hermano[388]. Fue sin duda un acto absolutamente infame, porque pretendía comprar la libertad de dar rienda suelta a sus pasiones a costa de la desgracia de su pueblo.

Capitulo XLIII. Muerte de Turismundo

225 De regreso a sus tierras, como si se arrepintiese de estar inactivo y no pudiese soportar el haberse olvidado de la guerra, envió legados al emperador de Oriente Marciano[389], asegurándole que arrasaría sus provincias y que se mostraría más cruel de lo acostumbrado con sus enemigos porque no había recibido todavía nada de lo que le había prometido antaño el emperador Teodosio. Sin embargo, como era taimado y astuto, actuaba de la siguiente manera amenazaba con atacar en un lugar y lo hacía en otro. De modo que lanzó contra los visigodos lo que le quedaba de rabia, pero no tuvo tan buen resultado como con los romanos. Escogió esta vez una ruta diferente a la de ocasiones anteriores, porque había decidido incorporar a sus dominios el territorio de los alanos situado al otro lado del Loira, para que al volcar sobre ellos el fuego de la guerra su figura pareciera aún más terrible. Así que, tras salir de las provincias de Dacia y Panonia, en las que se asentaban por entonces los hunos junto con otros pueblos sometidos a ellos, se dispuso a atacar a los alanos.

227 Pero el rey visigodo Turismundo, intuyendo la trampa con una sutileza en nada inferior a la de Atila, se apresura a llegar antes

que él al territorio de los alanos y allí se prepara para salirle al encuentro cuando llegara. Entablan combate y casi de idéntico modo a como lo había hecho ya antes en los Campos Cataláunicos, le hizo perder la esperanza de conseguir la victoria, puso en fuga a su ejército, le hizo retirarse sin ningún triunfo de sus territorios y lo obligó a refugiarse en los suyos propios De este modo, el tristemente famoso Atila, que había logrado tantas victorias, precisamente cuando pretendía borrar el recuerdo de la derrota que le habían infligido antes los visigodos, obtuvo otra semejante y tuvo que retirarse avergonzado. **228** Por su parte, Turismundo, una vez que las oleadas de hunos fueron rechazadas por los alanos, se volvió a Tolosa sin haber sufrido pérdidas en su ejército Allí vivió tranquilo y disfrutando de la paz que había conseguido para su pueblo hasta que, en el tercer año de su reinado, se puso enfermo Mientras le estaban practicando una sangría, su cliente Ascalco, que estaba denunciándole una conspiración contra su persona, aprovechó para quitarle sus armas y asesinarlo.[390] Pudo no obstante vengar su propia sangre matando a algunos de los conspiradores con un escabel que cogió con la única mano que tenía libre.

Capítulo XLIV. Los suevos se apoderan de parte de Hispania

229. Después de su muerte lo sucedió en el trono de los visigodos su hermano Teodoredo[391], que pronto tuvo como enemigo a su cuñado el rey suevo Riciario. En efecto, este Riciario, amparándose en su parentesco con Teodoredo, creyó que podía apoderarse de casi toda Hispania y consideró que el principio de su reinado, aún poco afianzado, era el momento oportuno para intentar su ocupación clandestina[392]. **230**. Los suevos estaban asentados anteriormente en Galicia y Lusitania, regiones que se extienden por el lado derecho de Hispania[393] a lo largo de la costa del Océano y están limitadas al este por Autrigonia[394], al oeste por el monumento dedicado al general romano Escipión situado en un promontorio[395], y al sur por Lusitania y el río Tajo, que arrastra grandes riquezas entre su despreciable limo y en cuyas arenas lleva mezclado metal de oro[396]. De allí, pues, sale Riciario, rey de los suevos, para tratar de adueñarse de todas las tierras de Hispania.

231. Su cuñado Teodoredo, como era moderado, le envió legados para decirle en buenos términos no sólo que se retirara de

territorios que no eran suyos, sino que se abstuviera de pretenderlos, porque tal ambición le acarrearía su enemistad. Pero aquél le respondió henchido de orgullo: «Si protestas y te quejas de que haya venido aquí, iré a Tolosa donde tú estás. Detenme allí si puedes.» A Teodoredo le sentó mal escuchar esta respuesta, hizo la paz con los demás pueblos y dirigió su ejército contra los suevos con la ayuda de los reyes de los burgundios, Gundiuco e Hilperico, que le eran leales. **232**. Se trabó combate junto al río Órbigo, que discurre entre Astorga e Iberia[397], y terminada la batalla resultó vencedor Teodoredo con los visigodos, que luchaban por una causa justa, mientras que casi todo el pueblo de los suevos pereció aniquilado[398]. Su rey Riciario se rindió ante su odiado enemigo y se embarcó en un navío con intención de huir, pero una tempestad adversa que se desencadenó en el Mar Tirreno[399] lo puso de nuevo en manos de los visigodos. Y es que un miserable no logra escapar por mucho que cambie de medio.

233. Por su parte, Teodoredo perdonó a los vencidos tras obtener la victoria, no permitió crueldades después de la batalla y puso al frente de los suevos a un cliente suyo llamado Aquivulfo[400]. Pero al poco tiempo éste se dejó convencer por los suevos y se convirtió en traidor, negándose a cumplir las órdenes que se le daban. Actuando con una soberbia más bien propia de un tirano, creía que le correspondía esa provincia por el valor demostrado en su conquista junto a su señor. Este hombre pertenecía por nacimiento al ilustre linaje de los Varnos, muy lejano a la nobleza de sangre goda y por ello no apreciaba mucho la libertad ni podía mantenerse leal a su patrón.

234. Cuando Teodoredo tuvo noticia de esto, envió inmediatamente a sus tropas contra él para que lo expulsaran del reino que había invadido. Éstas llegaron sin tardanza y lo vencieron en el primer combate, cobrándose la venganza que correspondía a sus acciones. En efecto, capturado y privado de la ayuda de los suyos, fue condenado a muerte y pudo comprobar finalmente cuánto había irritado a su indulgente amo, al que había creído menospreciar. Entonces los suevos, viendo morir a su jefe, enviaron a los sacerdotes de su tierra ante Teodoredo para implorarle clemencia. Éste los recibió con el respeto que merecía su condición sacerdotal y no sólo otorgó su perdón a los suevos, sino que,

movido por la piedad, les permitió que eligieran un príncipe de su raza. Así lo hicieron los suevos y proclamaron régulo suyo a Rimismundo. Después de llevar a cabo estas hazañas y de instaurar la paz en todos sus territorios, murió Teodoredo en el décimo tercer año de su reinado.

Capítulo XLV. Reinado de Eurico. Últimos emperadores romanos

235. Su hermano Eurico fue objeto de graves sospechas por su apresurado deseo de sucederlo[401]. Y mientras estos y otros sucesos tenían lugar entre los visigodos, el emperador Valentiniano fue asesinado a traición por Máximo, y este Máximo ocupó el trono como un usurpador[402]. Cuando se enteró de esto Giserico, rey de los vándalos, marchó con una flota desde África hasta Italia, entró en Roma y la asoló[403]. Máximo, por su parte, fue asesinado en su huida por un soldado romano llamado Urso. **236**. Después de éste, por orden de Marciano, el emperador de Oriente, recibió el encargo de gobernar el Imperio de Occidente Mayoriano, pero no reinó mucho tiempo, porque cuando dirigía su ejército contra los alanos que devastaban las Galias murió en Tortona, junto al río que se conoce como Hira. Severo ocupó su lugar y murió en Roma en el tercer año de su reinado[404]. Viendo esto, el emperador León, que había sucedido en el Imperio de Oriente a Marciano, escogió a su patricio Antemio y lo nombró emperador de Roma. Tan pronto como llegó a Roma envió contra los alanos a su yerno Ricimero, un hombre destacado y probablemente el único por entonces en Italia capaz de dirigir un ejército[405]. Éste venció inmediatamente a las turbas de los alanos y a su rey Beorgo ya desde el primer combate y consiguió aniquilarlos totalmente[406].

237. Así pues, el rey visigodo Eurico, viendo que los emperadores romanos se sucedían unos a otros con tanta rapidez, intentó someter las Galias a su propio dominio. Cuando se puso al corriente de ello el emperador Antemio, pidió ayuda a los bretones, cuyo rey Riotimo acudió a la ciudad de Bourges con doce mil hombres y allí fue acogido después de desembarcar de sus navios salidos del Océano. **238**. El rey visigodo Eurico acudió a su encuentro a la cabeza de un numeroso ejército y, después de combatir durante bastante tiempo contra el rey bretón Riotimo, hizo que se retirara antes de que los romanos pudieran reunirse con

él. Éste, después de perder una gran parte de su ejército, huyó con los que pudo al vecino territorio de los burgundios, que estaban a la sazón federados con los romanos[407]. Por su parte, el rey visigodo Eurico ocupó la ciudad de Arverna cuando el emperador Antemio ya había fallecido, después de haber asolado la Romania con una guerra civil contra su yerno Ricimero y de dejar el trono a Olibrio, al morir a manos de este mismo yerno[408].

239. Por este tiempo murió en Constantinopla Aspar[409], primer patricio y esclarecido noble godo, junto con sus hijos Ardaburo y Patriciolo (el primero había sido en otro tiempo patricio y el segundo había recibido el título de César y era yerno del emperador León) después de resultar herido en su propio palacio por las espadas de unos eunucos. No habían transcurrido todavía ocho meses desde su ascensión al trono, cuando falleció también Olibrio y Glicerio fue proclamado César en Ravena, más por usurpación que por elección. Cuando no había pasado un año de esto, Nepote, hijo de una hermana del antiguo patricio Marcelino, lo depuso de su cargo y lo hizo obispo en el puerto de Roma[410].

240. Observando Eurico tantos cambios y vicisitudes, ocupó la ciudad de Arverna, como dijimos anteriormente[411]. Estaba entonces al frente de la ciudad el general romano Ecdicio, senador de la más rancia nobleza e hijo del antiguo emperador Avito, que había ocupado el trono tan sólo durante unos cuantos días (pues éste, después de ocupar el poder unos cuantos días antes de Olibrio, se retiró voluntariamente a Piacenza, donde fue ordenado obispo)[412]. De modo que su hijo Ecdicio, después de luchar durante bastante tiempo contra los visigodos y no lograr imponerse a ellos, abandonó su patria, y sobre todo la ciudad de Arverna, al enemigo y se retiró a lugares más seguros.

241. Al enterarse de esto, el emperador Nepote ordenó a Ecdicio que abandonara las Galias y que se presentara ante él, poniendo en su puesto a Orestes, maestro de la milicia. Este Orestes tomó el mando del ejército y salió de Roma para enfrentarse a los enemigos. Llegó a Ravena, se estableció allí y proclamó emperador a su hijo Augustulo[413]. Al saberlo Nepote, huyó a las Dalmacias y murió allí privado de su reino, precisamente en la misma región en la que el antiguo emperador Glicerio ocupaba el obispado de Salona.[414]

Capítulo XLVI. Odoacro depone a Rómulo

Augústulo

242. Pero al poco tiempo de ser nombrado emperador Augústulo en Ravena por su padre Orestes, Odoacro, rey de los torcilingos, que tenía con él a los esciros, los hérulos y a otras tropas auxiliares de distintos pueblos, invadió Italia y tras matar a Orestes expulsó del trono a su hijo Augústulo y lo condenó al exilio en la fortaleza de Lúculo en Campania.[415] De este modo el Imperio Romano de Occidente, que comenzó a existir con Octaviano Augusto, el primer emperador, setecientos nueve años después de la fundación de Roma, llegó a su fin con este Augústulo quinientos veintidós años después de que sus predecesores gobernaran el Imperio. Desde entonces Roma e Italia estuvieron regidas por monarcas godos[416].

243 Entretanto Odoacro, rey de muchos pueblos, subyugó Italia hasta tal punto que infundió su terror a los romanos. Nada más comenzar su reinado asesinó al conde Bracila cerca de Ravena y se afianzó en el trono durante trece años hasta el surgimiento de Teodonco, del que hablaremos en los siguientes capítulos.

Capítulo XLVII. Muerte de Eurico y proclamación de Alarico II

244. Pero volvamos entretanto al punto en el que nos habíamos apartado del hilo de nuestro relato para explicar cómo el rey visigodo Eurico, viendo que el Imperio Romano se tambaleaba, sometió a su autoridad las ciudades de Arles y Marsella. Pues bien, el rey vándalo Giserico lo incitó mediante regalos a llevar a cabo estas acciones para prevenirse de las asechanzas que habían tramado contra él León y Zenón. Se las arregló así para que los ostrogodos devastaran el Imperio de Oriente y los visigodos el de Occidente mientras que él, por su parte, reinaba tranquilo en África viendo cómo ambos imperios tenían que enfrentarse con sus enemigos. Eurico aceptaba de buen grado esta situación y, después de tener bajo su autoridad los territorios de las Galias y de Hispania, sometió también a los burgundios y perdió la vida cuando residía en Arles en el décimo noveno año de su reinado[417].

245. Lo sucedió su propio hijo Alarico, que fue el noveno en subir al trono de los visigodos después del famoso Alarico el Grande[418]. Pues, como se sabe, sucedió con los Alaricos lo mismo que con los Augustos de los que hablamos antes. Y es que muchas

veces los reinos terminan con un príncipe que tiene el mismo nombre que el que lo inició. Pero dejemos esto de lado por el momento y expliquemos el origen completo de los godos como lo habíamos prometido.

Tercera parte: LOS OSTROGODOS

Capítulo XLVIII. Los ostrogodos sometidos a los hunos

246. Puesto que ya he contado lo mejor que he podido, siguiendo los testimonios de los Antiguos, la historia de los visigodos y de los ostrogodos mientras estuvieron unidos[419], y he continuado contando las gestas de los visigodos desde que se separaron de los ostrogodos hasta su fin[420], se hace necesario ahora volver de nuevo a su antiguo asentamiento de Escitia y exponer de igual modo la genealogía y las hazañas de los ostrogodos. Se sabe que éstos, a la muerte del rey Hermanarico, separados ya de los visigodos, se quedaron en su propia patria sometidos al poder de los hunos, aunque el Amalo Vinitario conservó las insignias de su poder real[421]. **247**. Éste igualaba en valor a su abuelo Vultulfo, aunque fue menos afortunado que Hermanarico, pero no podía soportar estar sometido a la autoridad de los hunos y poco a poco se fue apartando de ellos. En un intento de demostrar su valor atacó con su ejército el territorio de los antes[422]. En el curso de este enfrentamiento fue derrotado en el primer combate, pero luego actuó con arrojo y mandó crucificar a su rey, llamado Boz, junto con sus hijos y setenta de sus caudillos, para que los cadáveres de los crucificados inspiraran miedo en los que se habían rendido y les sirvieran de pavoroso escarmiento.

248. Pero después de gobernar con toda libertad durante un período de casi un año, el rey huno Balamber no se lo permitió más. Hizo venir a su presencia a Gesimundo, hijo de Hunimundo el Grande, que permanecía sometido a la autoridad de los hunos en virtud de un juramento de fidelidad, con gran parte de los godos, renovó su pacto con él y dirigió su ejército contra Vinitario. La

lucha duró bastante tiempo. En el primer y segundo combates venció Vinitario y nadie es capaz de recordar la carnicería que hizo Vinitario en el ejército de los hunos. **249**. Sin embargo, en la tercera batalla, cuando ambos se encontraron frente a frente junto al río Erac[423], Balamber lanzó por sorpresa una flecha a Vinitario, que lo hirió en la cabeza y lo mató. Entonces se unió en matrimonio con su nieta Valdamarica y pudo gobernar en paz a todo el pueblo godo, de modo que los godos tuvieron siempre un monarca propio, aunque gobernara bajo la autoridad de los hunos.

250. Vinitario murió al poco tiempo y entonces los gobernó Hunimundo, hijo del antiguo y muy valeroso rey Hermananeo. Éste era un guerrero consumado y de una belleza física impresionante, y luchó más tarde con éxito contra el pueblo de los suevos[424]. Cuando falleció le sucedió su hijo Turismundo, que estaba en la flor de la juventud. En el segundo año de su reinado condujo su ejército contra los gépidas y, después de obtener sobre ellos una gran victoria, se dice que murió como consecuencia de una caída de su caballo.

251. Cuando falleció, fue tan llorado por los ostrogodos que por espacio de cuarenta años ningún otro rey ocupó su lugar[425], y su recuerdo se mantuvo imborrable en sus mentes y en sus conversaciones hasta que Valamiro, que era hijo de su primo Vandalario, pudo reparar la pérdida de aquel gran hombre. Y esto fue así porque su hijo Berimundo, como hemos dicho más arriba[426], despreciando al pueblo ostrogodo por dejarse someter por los hunos, se había dirigido a las tierras de occidente siguiendo al pueblo visigodo[427]. De él nació Viterico, que tuvo un hijo llamado Eutarico. Éste se casó con Amalasunta, hija de Teodorico (uniendo de este modo la estirpe de los Ámalos, que estaba entonces dividida) y engendró a Atalarico y Matesuenta. Pero como Atalarico murió siendo aún un niño, Matesuenta fue llevada a Constantinopla, donde tuvo un hijo póstumo con su segundo marido, un primo del emperador Justiniano llamado Germano, y le puso de nombre también Germano[428].

252. Pero para seguir el orden con el que comenzamos hemos de volver a la descendencia de Vandalario, que estaba formada por tres vástagos. Pues, en efecto, este Vandalario, sobrino de Hermanarico y primo del mencionado Turismundo, alcanzó la gloria por haber

engendrado tres hijos de estirpe ámala: Valamiro, Teodomiro y Vidimiro. De éstos subió al trono Valamiro como sucesor de sus padres, cuando todavía los hunos los tenían bajo su dominio junto con los otros pueblos. **253**. Estos tres hermanos se tributaban por entonces una cariñosa estima, ya que Teodomiro luchaba admirablemente por defender el trono de su hermano, mientras que Valamiro, por su parte, mandaba que se le colmara de honores y Vidimiro se complacía en estar al servicio de sus hermanos. Así se protegían unos a otros con afecto mutuo y todos eran en cierto modo reyes porque todos gobernaban en paz. Sin embargo, ejercían su poder, como se ha dicho varias veces, como siervos de la autoridad de Atila, rey de los hunos, y por ello no pudieron negarse a luchar contra sus parientes visigodos, porque lo que manda el voluntad del amo hay que cumplirlo, aunque sea un parricidio[429]. Además, tampoco ningún otro pueblo escita pudo liberarse del dominio de los hunos hasta que le sobrevino la muerte a Atila, una muerte que era deseada por los demás pueblos tanto como por los romanos, y que fue tan despreciable como admirable había sido su vida.

Capítulo XLIX. Muerte y funerales de Atila

254. En el momento de su muerte, Atila, según cuenta el historiador Prisco, acababa de unirse en matrimonio con una joven muy hermosa llamada Ildico, después de haber tenido ya innumerables esposas, como es costumbre entre los de su raza. Durante el banquete de bodas se puso excesivamente contento y, abrumado por la somnolencia que le producía el vino, se fue a la cama y se quedo dormido boca arriba. Entonces la sangre que solía brotarle por la nariz en abundancia no pudo salir por su conducto habitual y, tomando una dirección fatal, se le introdujo por la garganta y lo ahogó. Así fue como este rey, que había conseguido la victoria en tantas batallas, tuvo un final vergonzoso y pereció víctima de su propia borrachera. Al día siguiente, como había transcurrido ya una gran parte de la jornada, los sirvientes reales, sospechando que le había ocurrido alguna desgracia, fuerzan las puertas de su estancia y descubren a Atila muerto a causa del brote de sangre[430], sin ninguna otra herida, y a su joven esposa llorando a su lado cubierta por un velo. **255**. Entonces, según la costumbre de aquel pueblo, se arrancaron parte de sus cabellos y desfiguraron

sus horrendos rostros con profundas heridas, para que este eximió guerrero no fuera llorado con lamentos y lágrimas mujeriles, sino con la sangre de sus hombres.

En relación con esta muerte sucedió también un hecho prodigioso: a Marciano, el emperador de Oriente, que estaba preocupado por un enemigo tan despiadado, se le apareció en sueños la divinidad y le mostró el arco de Atila roto, precisamente el arma de la que estaban tan orgullosos los hunos. El historiador Prisco asegura que puede probarlo con testimonios verídicos. Y es que Atila se había hecho tan temible para los grandes imperios[431] que hasta las divinidades parecían querer anunciar su muerte a los reyes como si se tratara de un regalo.

256. No queremos pasar por alto algunas de las muchas cosas que podrían contarse sobre el modo en el que sus manes fueron honrados por su pueblo. Después de colocar su cadáver en medio del campo, en el interior de una tienda de seda, lo exhiben solemnemente para que sea contemplado como un espectáculo, pues los jinetes más selectos del pueblo de los hunos corrían alrededor del lugar en el que estaba colocado el cadáver como en las carreras circenses y narraban sus hazañas con el siguiente canto fúnebre: «Éste es Atila, que tuvo por padre a Mundiuco, el más grande de los reyes de los hunos, señor de los pueblos más valerosos, que fue el único que gobernó los reinos de Escitia y Germania con un poderío hasta él jamás conocido. Él fue quien aterrorizó a los imperios del orbe romano, el que conquistó parte de sus ciudades y para no saquear las demás aceptó que le pagaran un tributo anual, conmovido por sus súplicas. Y después de haber realizado todas estas hazañas bajo el signo de la fortuna, murió no por las heridas de los enemigos, ni por traición de los suyos, sino alegre y sin sufrimiento, en medio de la felicidad de su pueblo; ¿quién puede entonces creer que sea ésta una muerte, si nadie piensa que hay que vengarla?

258. Después de haberlo llorado con tales lamentos celebran sobre su tumba un fastuoso banquete que ellos denominan «estrava», en el que se mezclan alternativamente sentimientos contrarios y unen el regocijo al duelo de los funerales. Por la noche enterraron en secreto el cadáver en tres ataúdes, el primero de oro, el segundo de plata y el tercero de hierro, dando a entender que

estos tres metales eran apropiados para un rey tan poderoso; el hierro porque había sometido a tantos pueblos por las armas, y el oro y la plata porque los había recibido como tributo de ambos Imperios[432]. Añaden también las armas tomadas a los enemigos que derrotó y los valiosísimos jaeces y corazas en las que brillaban distintas piedras preciosas, así como varios tipos de adornos que suelen decorar los palacios reales. Además, para proteger tan inmensas riquezas de la curiosidad humana, degollaron a los encargados de realizar este trabajo —execrable paga por sus servicios— y así una muerte fulminante unió a enterradores y enterrado[433].

Capítulo L. Los ostrogodos se liberan del yugo de los hunos

259. Acabados los ritos fúnebres surgió una disputa por el trono entre los sucesores de Atila, como suele suceder cuando se exaltan los ánimos de los jóvenes por la ambición de poder. Y mientras todos deseaban irreflexivamente gobernar, todos perdieron al mismo tiempo el poder. Y es que a menudo es más gravosa para los reinos la abundancia que la escasez de sucesores. Pues los hijos de Atila, que eran casi un pueblo debido a su gran desenfreno sexual[434], exigían que sus pueblos fueran divididos a partes iguales por sorteo como si se tratara de una herencia familiar, echando así a suertes a los pueblos con sus combativos monarcas. **260**. Cuando se enteró de esto Ardarico, rey de los gépidas, se indignó de que tantos pueblos fueran reducidos a la condición de despreciables esclavos y se levantó el primero contra los hijos de Atila. Con el éxito de su revuelta borró la vergüenza de la servidumbre a la que había estado sometido e incitó a levantarse no sólo a su pueblo, sino a todos los demás que estaban igualmente oprimidos, porque todo el mundo desea de buen grado conseguir lo que se emprende por el bien de todos.

261. Se arman, pues, ambos bandos para una guerra sin cuartel y se enfrentan en Panonia, junto al río llamado Nedao[435]. Allí tiene lugar el enfrentamiento de varios pueblos que habían estado sometidos al poder de Atila. Los reinos y los pueblos se dividen y de un solo cuerpo surgen diversos miembros que no obedecen a una misma voluntad, sino que una vez cortada la cabeza enloquecen unos contra otros. Estos pueblos valerosísimos no habrían

encontrado nunca enemigos de su talla si no se hubieran destrozado a sí mismos infligiéndose heridas mutuas. Pues considero que fue un espectáculo digno de admiración contemplar al godo luchando con sus lanzas, al gépida enfurecido con su espada, al rugo romper los dardos en sus propias heridas, al suevo que se jactaba de sus hondas y al huno de sus flechas, al alano formando su ejército de armadura pesada y al hérulo el suyo de armadura ligera.

262. Pues bien, tras muchos y encarnizados enfrentamientos, la victoria favoreció inesperadamente a los gépidas, ya que casi treinta mil combatientes hunos y de otras naciones que les prestaban ayuda perecieron bajo la espada de Ardarico y de sus aliados. En este combate muere Ellac, el hijo mayor de Atila, a quien se decía que su padre estimaba por encima de los demás, hasta el punto de haberlo elegido entre su numerosa y variada prole para sucederlo. Pero la fortuna no estuvo de acuerdo con el deseo de su padre, pues, en efecto, se sabe que tras derrotar en numerosas ocasiones al enemigo, murió tan valientemente que su padre, si hubiese estado vivo todavía, habría deseado para él un final tan glorioso. Por lo que respecta a sus otros hermanos, después de su muerte huyen a las riberas del Mar del Ponto, donde estuvieron asentados al principio los godos, como hemos explicado[436]. **263**. Así fue como cayeron derrotados los hunos ante quienes se pensaba que debía rendirse la Humanidad entera. Hasta tal punto es peligrosa la discordia que, una vez divididos, se desmoronaron los que inspiraban terror cuando mantenían unidas sus fuerzas. Esta hazaña de Ardarico trajo la felicidad a los diferentes pueblos que estaban sometidos como siervos al poder de los hunos en contra de su voluntad, e hizo que sus ánimos, que habían estado sumidos en la tristeza durante tanto tiempo, se levantaran con la alegría de la ansiada libertad. Muchos de ellos enviaron sus embajadores al emperador Marciano[437], fueron recibidos con agrado en el territorio romano y recibieron las tierras que se les repartieron para que se asentaran. Porque los gépidas, reivindicando por la fuerza, las tierras de los hunos, se apoderaron como vencedores de todos los territorios de Dacia[438]. Estos hombres esforzados firmaron un pacto amistoso con el Imperio Romano y no le pidieron otra cosa que la paz y una contribución anual. El emperador accedió entonces de buen grado a su petición, y este pueblo recibe hasta nuestros días el

tributo acostumbrado del emperador romano. **264**. Los godos, por su parte, viendo que los gépidas se apropiaban de las tierras de los hunos y que el pueblo huno volvía a sus antiguos asentamientos, prefirieron solicitar unos nuevos territorios al Imperio Romano, antes que enfrentarse a otros pueblos e invadir tierras ajenas. De este modo recibieron Panonia, que se extiende a lo largo de una gran llanura y limita al este con Mesia Superior, al sur con Dalmacia, al oeste con el Nórico[439] y al norte con el Danubio. En esta región se encuentran muchas ciudades importantes, de las cuales la primera es Sirmio[440] y la última Viena.

265. Por su parte, los saurómatas, a los que denominamos sármatas, los cemandros y algunos hunos, ocuparon las tierras que se les concedieron en una región del Ilírico junto a la ciudad de Castramartena[441]. A este pueblo perteneció Blivila, caudillo de Pentápolis, así como su hermano Froila y nuestro contemporáneo el patricio Blesa[442]. Los esciros, los sardagarios y algunos alanos, con su jefe llamado Candac, recibieron Escitia Menor y la Mesia Inferior. De este Candac fue notario Paria, el padre de mi progenitor Alanoviamut, o sea, mi abuelo, mientras Candac vivió. También yo, Jordanes, aunque no era muy docto[443], trabajé como notario antes de mi conversión para Guntigis, hijo de la hermana de Candac, a quien también llamaban Baza[444] y era maestro de la milicia, hijo de Andagis, que era, a su vez, hijo de Ándela y descendiente de la estirpe de los Ámalos.

266. En cuanto a los rugos y algunos otros pueblos, se dirigieron a Bizis y a Arcadiópolis para establecerse allí. También Hernac, el hijo menor de Atila, decidió vivir con los suyos en las tierras más alejadas de Escitia Menor. Sus parientes Emnedzuro y Ultzinduro se apoderaron de Uto, Oesco[445] y Almo en la Dacia Ripuaria, y muchos hunos se expandieron por todas partes en el territorio de la Romania. De éstos proceden los que son llamados incluso hoy día sacromontisos y fosatisios.

Capítulo LI. El obispo Ulfila

267. Lo cierto es que existían también otros godos llamados «menores». Formaban un pueblo muy numeroso que tenía como obispo y también como jefe a Ulfila[446], de quien se dice que les había enseñado la escritura. Hoy viven en la región de Nicópolis[447], en Mesia, al pie del monte Hemo[448]. Son un pueblo numeroso,

aunque pobre y pacífico, y no disponen de nada en abundancia, salvo de rebaños de diversos tipos de ganado, pastos y bosques ricos en madera. Su tierra es poco fértil para cereales, pero productiva para otros cultivos. Algunos de ellos no conocen las viñas, ni siquiera que existen en otras partes, y se ven obligados a importar el vino de los lugares vecinos, pues la mayoría se alimenta de leche.

Capítulo LII. Nacimiento e infancia de Teodorico

268. Volvamos, pues, al pueblo del que estamos tratando, es decir, a los ostrogodos que habitaban en Panonia bajo su rey Valamiro y sus hermanos Teodomiro y Vidimiro. Aunque estaban separados geográficamente (pues Valamiro vivía entre los ríos Escarniunga y Acuanigra, Teodomiro junto al lago Pelso[449] y Vidimiro entre ambos hermanos), sin embargo, estaban unidos en sus decisiones. Ocurrió entonces que los hijos de Atila atacaron a los godos, con el pretexto de que habían escapado de su amo, como si anduvieran buscando esclavos fugitivos. Se lanzaron solamente contra Valamiro, sin que se enteraran los otros hermanos. **269**. Éste les hizo frente, aunque tenía escasas tropas, y después de acometerlos durante bastante tiempo, les infligió tal derrota que sólo unos pocos de sus enemigos pudieron huir hacia el territorio de Escitia surcado por las aguas del río Danapro que los hunos llaman en su lengua Var. Justo en ese momento envió un mensajero a su hermano Teodomiro para darle la buena noticia, pero el mismo día que llegó el mensajero se encontró con una noticia aún más feliz en casa de Teodomiro, pues precisamente ese mismo día acababa de nacer su hijo Teodorico, que aunque fuera hijo de una concubina llamada Erelieva, era, sin embargo, un niño en el que se habían depositado grandes esperanzas[450].

270. Así que, no mucho tiempo después, como se retrasaban en llegar las contribuciones del emperador Marciano, que recibían como garantía para el mantenimiento del tratado de paz, el rey Valamiro junto con sus hermanos Teodomiro y Vidimiro, envían una embajada al emperador y se enteran de que Teodorico[451], el hijo de Triario —que aunque era de raza goda procedía de una rama distinta de la de los Ámalos—, recibía sus contribuciones anuales y de que vivía prósperamente con su pueblo, disfrutando de la amistad de los romanos, mientras que ellos recibían sólo su

menosprecio. **271**. Los invade de inmediato la furia y toman las armas, arrasando casi todo el Ilírico y sometiéndolo al pillaje[452]. Pero al instante el emperador cambia de parecer y, tornando a su antigua amistad, les envía una legación para entregarles tanto los tributos prometidos en el pasado como los actuales, y se compromete a seguir entregándoselos en el futuro sin ningún inconveniente. Recibió a cambio, como garantía de la paz, al pequeño Teodorico, el hijo de Teodomiro del que hablamos antes. Éste había superado ya los siete años y acababa de cumplir los ocho. Como su padre dudaba en entregarlo, su tío Valamiro le suplicó que lo hiciera, sólo para que siguiera existiendo una paz sólida entre romanos y godos. Así que Teodorico es entregado como rehén por los godos y es llevado a la ciudad de Constantinopla ante el emperador León, y como era un niño agradable se ganó el favor imperial[453].

Capítulo LIII. Los ostrogodos se enfrentan a los suevos

272. Así pues, después de establecerse una sólida paz entre godos y romanos, los godos vieron que lo que recibían del emperador no les resultaba suficiente y, deseosos de demostrar una vez más su acostumbrado valor, comenzaron a saquear a los pueblos vecinos en los alrededores de su territorio, comenzando sus ataques por los sadagos, que ocupaban la Panonia interior. Cuando se enteró de esto el rey huno Dindzico, hijo de Atila, reunió en torno a sí a los pocos pueblos que le parecía que aún permanecían bajo su autoridad —ultzinzuros, angisciros, bituguros, bardoros— y llegó a la ciudad panonia de Basiana, la cercó con una empalizada y comenzó a saquear los territorios cercanos. **273**. Al saberlo los godos, abandonaron allí donde se encontraban la expedición que habían preparado contra los sadagos, se volvieron contra los hunos y los expulsaron de su territorio tan muertos de vergüenza que desde aquel momento los hunos que sobrevivieron continúan teniendo pavor a las armas de los godos[454].

274. Cuando las hordas de los hunos fueron finalmente apaciguadas por los godos, Hunimundo, caudillo de los suevos, pasó a las Dalmacias con intención de saquearlas y se apoderó de los rebaños de los godos que pastaban libremente en los campos, porque Dalmacia era fronteriza con Suabia y estaba muy lejos de los

territorios de Panonia, sobre todo de aquellos en los que estaban establecidos entonces los godos. ¿Y qué sucedió entonces? Pues que cuando Hunimundo volvió con los suevos a sus tierras después de devastar las Dalmacias, Teodomiro, el hermano del rey godo Valamiro, no tanto porque sintiera la pérdida de sus rebaños, sino sobre todo porque temía que los suevos se tomaran mayores libertades si su acción quedaba impune, se mantuvo al acecho mientras éstos volvían a sus tierras y los atacó durante la noche, cuando menos se lo esperaban, a orillas del lago Pelso[455]. En este inesperado combate les infligió tan tremenda derrota que incluso el propio rey Hunimundo fue hecho prisionero, y todos los soldados de su ejército que habían escapado a la muerte a manos de los godos fueron convertidos en esclavos. Y como Teodomiro era muy dado a la clemencia, una vez obtenida su venganza, les concedió su perdón, se reconcilió con los suevos, adoptó como hijo al rey cautivo y lo mandó con los suyos a Suabia. **275**. Pero él, olvidándose de la generosidad paterna, llevó a cabo después de algún tiempo una traición que había estado tramando e incitó al pueblo de los esciros, que se asentaban entonces por encima del Danubio y vivían en paz con los godos, a que rompieran su pacto con ellos y se unieran a él para atacar por las armas al pueblo godo.

Entonces a los godos, que no sospechaban nada malo, confiados sobre todo en estos dos pueblos vecinos y amigos, la guerra los pilla por sorpresa y, forzados por la necesidad, recurren a las armas, entablan combate de la forma acostumbrada y consiguen vengar la ofensa recibida. **276**. Precisamente en esta batalla su rey Valamiro galopaba a lomos de su caballo ante sus tropas para darles ánimos cuando el animal se espantó, cayó al suelo y lanzó por tierra a su jinete, que fue atravesado inmediatamente por las lanzas de sus enemigos y murió. Entonces los godos, exigiendo una reparación tanto por la muerte de su rey como por la injuriosa sublevación, lucharon con tanto ímpetu que apenas quedó alguien perteneciente al pueblo de los esciros para poder llevar este nombre, y los pocos que lo hicieron lo llevaron con deshonor. Hasta ese punto fue completo su exterminio[456].

Capítulo LIV. Triunfos militares de Teodomiro

277. Los reyes suevos Hunimundo y Alarico se alarmaron ante la desaparición de los esciros y declararon la guerra a los godos,

confiados en la ayuda de los sármatas que se habían unido a ellos como tropas auxiliares al mando de sus reyes Beuca y Babai. Hicieron venir a los pocos esciros que habían sobrevivido, con sus jefes Edica y Hunvulfo[457] a la cabeza, pensando que lucharían con mayor arrojo por su afán de venganza, y contaron también con no pocos refuerzos, tanto de los gépidas como del pueblo de los rugos. Después de reunir otros efectivos procedentes de acá y allá para formar un ejército inmenso, acamparon junto al río Bolia en Panonia[458].

278. Entonces los godos, tras la muerte de Valamiro, recurrieron a su hermano Teodomiro, que aunque ya había gobernado desde hacía tiempo junto con sus hermanos, sin embargo, no había recibido todavía los atributos del poder supremo. Llamó a su hermano menor Vidimiro, compartió con él los preparativos de la guerra y se vio obligado a tomar las armas. Se trabó combate y resultó vencedor el bando de los godos, y con tanta rotundidad, que el campo de batalla, cubierto con la sangre de los enemigos derribados, parecía un mar teñido de rojo. Las armas y los cadáveres amontonados a manera de montículos llenaron el campo de batalla en número superior a diez mil. **279**. Los godos contemplaban este espectáculo repletos de un júbilo y de una alegría indescriptibles porque no sólo habían vengado la sangre de su rey Valamiro sino también sus propias afrentas haciendo una carnicería ni maginable en el ejército de los enemigos por lo que respecta a la innumerable y variopinta multitud de enemigos, los que consiguieron escapar llegaron huyendo a su patria con suma dificultad y cargados de vergüenza.

Capitulo LV. Regreso de Teodorico y lucha contra los sármatas

280 Después de algún tiempo, arrecio el frío invernal y se helaron las aguas del río Danubio, como es habitual, pues este río es de los que se congelan como si fuera una roca, hasta el punto de permitir que lo atraviese un ejército a pie, con carros, trineos o cualquier otro vehículo sin necesidad de canoas o de barcos. Así que cuando el rey godo Teodomiro comprobó que se había helado, condujo a su infantería a través del Danubio y se presentó por sorpresa a espaldas de los suevos. La región de los suevos limita al este con los bayovaros, al oeste con los francos, al sur con los

burgundios y al norte con los turingos.[459] A estos suevos se habían unido por entonces los alamanes, que dominaban completamente las cumbres de los Alpes, desde donde corren con gran estrépito las aguas de algunos afluentes que desembocan en el Danubio. **281**. Fue, pues, a este lugar tan protegido por la naturaleza adonde condujo al ejército godo el rey Teodomiro en tiempo de invierno, y allí venció, destruyó y casi logró someter tanto al pueblo de los suevos como al de los alamanes que estaban aliados con ellos Desde allí volvió triunfante a sus propias tierras de las Panonias y recibió con júbilo a su hijo Teodórico, que había entregado como rehén a Constantinopla y que había sido devuelto ya por el emperador León con grandes regalos.

282. Este Teodorico había dejado ya atrás su infancia y había entrado en la juventud, pues acababa de cumplir los dieciocho años. Convocó a algunos de los hombres de confianza de su padre y los unió a otros clientes suyos y gentes del pueblo que lo apreciaban mucho hasta juntar casi seis mil hombres. Sin que lo supiera su padre, cruzó con ellos el Danubio y se dispuso a atacar al rey sármata Babai, que reinaba entonces henchido de orgullo por su victoria sobre el general romano Camundo. Teodorico cayó sobre él, lo mató, tomó como botín de guerra a su familia y sus bienes, y volvió victorioso al lado de su padre. Después conquistó la ciudad de Singiduno, que habían invadido los sármatas, y no se la devolvió a los romanos, sino que la colocó bajo su propia autoridad[460].

Capítulo LVI. Conquistas de los ostrogodos en las Galias y Macedonia

283. Más tarde escasearon los botines procedentes de los pueblos vecinos y a los godos comenzaron a faltarles alimentos y vestidos, de modo que a estos hombres, a los que las guerras les habían suministrado sus medios de vida durante tanto tiempo, la paz comenzó a resultarles perjudicial. Así que se presentan todos los godos vociferando ante su rey Teodomiro y le ruegan que se dirija con su gran ejército a la región que quiera. Éste hizo venir a su hermano y, después de echarlo a suerte, le aconsejó que se dirigiera a Italia, donde entonces reinaba el emperador Glicerio[461], mientras que él, que contaba con unos efectivos superiores, se dirigiría al Imperio de Oriente. Y así lo hicieron.

284. Pero nada más entrar en las tierras de Italia Vidimiro pagó

su último tributo al destino y abandonó los asuntos de este mundo, dejando como sucesor a su hijo, que se llamaba también Vidimiro. El emperador Glicerio le ofreció sus presentes y lo hizo pasar de Italia a las Galias, que estaban asediadas por diversos pueblos de los alrededores, asegurándole que sus parientes los visigodos tenían también su reino en los territorios cercanos. ¿Y qué sucedió entonces? Pues que Vidimiro aceptó los regalos de Glicerio así como sus prescripciones y pasó a las Galias, donde se unió con sus parientes visigodos para formar un solo cuerpo, como lo habían sido antaño, y así se hicieron dueños de las provincias de las Galias y de Hispania y las defendieron con sus tropas para que ningún otro pueblo se apoderara de ellas.

285. Por lo que respecta a su hermano mayor Teodomiro, atravesó con los suyos el río Savo[462] y amenazó a los soldados sármatas con declararles la guerra si alguno de ellos intentaba oponerles resistencia. Aquéllos no se movieron por temor y sobre todo porque no podían enfrentarse a un ejército tan numeroso.

Viendo Teodomiro que la fortuna le sonríe por doquier, invade Naiso[463], la primera ciudad del Ilírico, y envía a su hijo Teodorico junto con los condes Astat e Invilia a Ulpiana a través de la fortaleza de Hércules. **286**. Éstos, a su llegada, logran la rendición de aquella ciudad así como de Estobi, y entran por vez primera en algunas zonas del Ilirico que hasta entonces les habían sido inaccesibles. Las ciudades tesalias de Heraclea y Larisa, primero las saquearon y luego tomaron posesión de ellas según el derecho de guerra[464].

Pero el rey Teodomiro, que aunque reconoce sus éxitos y los de su hijo no se da por satisfecho con ellos, sale de la ciudad de Naiso dejando algunos hombres para defenderla y se dirige a Tesalónica, en donde se encontraba el patricio Hilariano, que había sido enviado con sus tropas por el emperador[465]. **287**. Cuando vio que los godos levantaban empalizadas alrededor de Tesalónica y que no iba a poder resistirse a ellos, Hilariano envió una embajada al rey Teodomiro ofreciéndole regalos y consiguió convencerlo para que no destruya la ciudad. Después de sellarse un pacto entre los godos y el general romano, les entregó voluntariamente, para que se asentaran allí, Cirro, Pela, Europa, Mediana, Petina, Beroea y otro lugar llamado Dio[466]. Los godos, con su rey a la cabeza,

abandonaron las armas y vivieron allí tranquilos después de firmar el tratado de paz. **288**. Poco tiempo después el rey Teodomiro contrajo una enfermedad mortal en la ciudad de Cirro, convocó a los godos y designó heredero del reino a su hijo Teodorico poco antes de abandonar los asuntos de este mundo[467].

Capítulo LVII. Teodorico vence a Odoacro y se proclama rey de Italia

289. El emperador Zenón recibió con alegría la noticia de que Teodorico había sido proclamado rey por su pueblo y le hizo llegar una misiva en la que le ordenaba que viniera a la Capital, donde lo recibió con los honores debidos y lo colocó entre los proceres de la corte. Incluso después de algún tiempo, para honrarlo aún más, lo adoptó como hijo de armas y le ofreció un triunfo en la ciudad que pagó con su propio dinero, llegando incluso al extremo de nombrarlo cónsul ordinario[468] lo que se considera el bien más preciado y el principal honor en este mundo. Y no sólo esto, sino que también mandó colocar una estatua ecuestre suya en el patio de su palacio para celebrar la fama de un hombre tan distinguido.

290. Pero en esto Teodorico, que estaba ligado al emperador por un tratado, se entera de que, mientras él goza en Constantinopla de todo tipo de comodidades, su pueblo, que estaba asentado en el Ilírico, como hemos dicho, no estaba pasando por una buena situación y arrostraba todo tipo de penalidades. Entonces prefirió, según la costumbre de su raza, buscar su propio sustento con esfuerzo antes que seguir disfrutando ociosamente de los bienes del Imperio Romano, mientras que su pueblo sufría privaciones. Por ello, después de meditarlo mucho, se dirigió al emperador en estos términos: «Aunque nada nos falta a los que servimos a vuestro Imperio, sin embargo quisiera que escucharais de buen grado el deseo de mi corazón, si vuestra benevolencia lo considera digno». **291**. Y cuando, como de costumbre, se le concedió la posibilidad de hablar abiertamente, continuó diciendo: «La región de Hesperia[469], que durante tanto tiempo estuvo bajo la autoridad de vuestros predecesores en los siglos pasados, y aquella ciudad que fue capital y señora del mundo, ¿por qué sufre ahora la tiranía de los torcilingos y de los rugos? Envíame con mi pueblo, si lo consideras oportuno, para que no tengas que correr aquí con el peso de los gastos que te ocasiono, y si logro vencer allí, con la ayuda del

Señor, brillará por todas partes la fama de vuestra benevolencia. Pues es sin duda más conveniente que si consigo vencer yo, que soy vuestro siervo y vuestro hijo, me concedáis ese reino y que yo lo gobierne, antes que uno que no conocéis[470] oprima a vuestro Senado con su yugo tiránico y someta a una parte de vuestro Imperio a una servidumbre de esclavos. Pues si venzo yo seré su dueño porque vos me lo habréis concedido como regalo, y si fuera vencido nada perderéis; es más, os ahorraréis los gastos de mi estancia, como ya os he dicho.»

292. Una vez que lo hubo escuchado, aunque le dolía su marcha, le concedió lo que pedía por no contrariarlo, lo colmó de regalos y le permitió partir con una recomendación para el Senado y el pueblo de Roma[471]. Así pues, Teodorico, después de abandonar la capital imperial y de volver junto a los suyos, se dirigió hacia Hesperia con todo el pueblo godo, que concedió asentimiento unánime a sus planes. Subió en línea recta por Sirmio hasta la vecina Panonia y desde allí entró en el territorio del Véneto, acampando junto al puente llamado de Santio. **293**. Mientras estaba allí detenido algún tiempo para que los hombres y las bestias de carga se recuperaran del viaje, Odoacro envió su ejército contra él. Teodorico salió a su encuentro en los campos de Verona y lo destruyó en una gran matanza[472]. Levantó luego su campamento, entró en el territorio italiano con mayor osadía y después de atravesar el río Po acampó junto a la ciudad real de Ravena, en un lugar llamado Pineta, a tres millas escasas de la ciudad.

Cuando lo ve Odoacro, se atrinchera en el interior de la ciudad y desde allí acosa al ejército godo con frecuentes salidas por sorpresa durante la noche. Y esto no lo hizo una vez ni dos, sino muy regularmente por espacio de tres años. **294**. Pero sus esfuerzos eran en vano, porque toda Italia reconocía como señor a Teodorico y todo aquel Estado obedecía a su voluntad. Tan sólo él, con unos pocos adláteres y algunos romanos que lo acompañaban, sufría a diario refugiado en Ravena por causa del hambre y de la guerra. Y como vio que no conseguía nada envió una embajada pidiendo perdón[473].

295. Teodorico se lo concedió en un primer momento, pero después le quitó la vida[474]. Y así fue como al tercer año de su entrada en Italia con el consentimiento del emperador Zenón,

Teodorico se quitó la vestimenta de hombre particular y miembro del pueblo y recibió el ilustre manto real que lo acreditaba como rey de godos y romanos. Entonces envió una legación a Lodoino, rey de los francos, en la que le pedía a su hija Audefleda en matrimonio. **296**. Lodoino se la concedió gustoso y de muy buen grado, pensando que con esta alianza sus hijos Childeberto, Heldeberto y Teodeberto se convertirían en aliados de los godos mediante la firma de un tratado. Pero este enlace no supuso la concordia ni la paz, porque en muchísimas ocasiones lucharon entre ellos con saña por las tierras de los galos y nunca los godos retrocedieron ante los francos en vida de Teodorico[475].

Capítulo LVIII. Política exterior de Teodorico

297. Pero antes de tener descendencia con Audefleda, tuvo dos hijas naturales con una concubina que nacieron cuando aún estaba en Mesia. Una de ellas se llamaba Teudigota y la otra Ostrogota. Tan pronto como llegó a Italia las unió en matrimonio con los reyes vecinos, una con el visigodo Alarico[476] y la otra con el burgundio Segismundo. **298**. De Alarico nació Amalarico, que tuvo, pues, como abuelo a Teodorico, y como se quedó de muy niño huérfano de padre y madre, lo cuidó y lo tomó bajo su protección. Se entera también de que Eutarico, el hijo de Viterico y nieto de Berimundo y Turismundo[477], descendiente de la estirpe de los Ámalos, estaba viviendo en Hispania y que era un joven que destacaba por su valor e inteligencia así como por su fortaleza física. **299**. Lo hace venir a su presencia y lo une en matrimonio con su hija Amalasunta[478]. Y para que su descendencia se dilatara lo máximo posible, manda a su hermana Amalafrida, madre de Teodado el que después fue rey[479], a África como esposa del rey vándalo Trasamundo, y a la hija de ésta, su nieta Amalaberga, la casa con Herminefredo, rey de los turingos.

300. Envía también al conde Pitza, al que había elegido entre los godos más notables, para que conquiste la ciudad de Sirmio[480]. Éste expulsó al rey Trasarico, hijo de Trastila, retuvo a su madre como prisionera y se apoderó de la ciudad. Desde allí se dirigió contra Sabiniano, jefe de la milicia del Ilírico, que estaba por entonces preparándose para atacar a Mundo en la ciudad llamada Margoplano, que estaba situada entre los ríos Danubio y Margo[481]. Llegó, pues, en ayuda de Mundo con dos mil soldados de infantería

y quinientos jinetes y destruyó al ejército del Ilirico. **301**. El caso es que este Mundo descendía de los pueblos de Atila y había cruzado el Danubio huyendo del pueblo de los gépidas después de andar errante por lugares agrestes y despoblados. Había reunido a muchos ladrones de ganado, salteadores de caminos y otros bandidos de procedencia diversa, y se había apoderado de la torre llamada Herta, situada en la ribera superior del Danubio. Allí se había convertido en rey de sus bandidos y, unido a sus vecinos, se dedicaba al saqueo de manera salvaje. Así es que Pitza llegó en su auxilio cuando se encontraba ya en una situación desesperada, casi a punto de rendirse, lo libró de las garras de Sabiniano y lo hizo súbdito agradecido del rey Teodorico[482].

302. No fue menor el triunfo que consiguió sobre los francos en las Galias por medio de su conde Ibba, ya que perdieron la vida en la guerra más de treinta mil francos.[483] Luego, después de la muerte de su yerno Alarico, nombró a su ayuda de campo, Teudis, tutor de su nieto Amalarico en el reino de Hispania. Este Amalarico perdió juntamente el reino y la vida en plena juventud, engañado por las traiciones de los francos[484]. Después Teudis conquistó de nuevo el reino como tutor que era, y consiguió expulsar de Hispania a los francos con sus pérfidas insidias, de modo que mientras vivió los visigodos continuaron gobernando[485]. **303**. Tras él subió al trono Teodegisclo[486], que no reinó mucho tiempo, porque fue asesinado por los suyos. Lo sucedió Agila, que continúa reinando ahora[487]. Contra él se sublevó Atanagildo, que llamó en su ayuda a las tropas del Imperio Romano y por eso fue enviado allí el patricio Liberio con un ejército[488]. En conclusión, mientras vivió Teodorico no hubo en Occidente ningún pueblo que no estuviese subordinado a él, bien por amistad, bien por sometimiento.

Capítulo LIX. Muerte de Teodórico y reinado de Atalarico

304. Pero como Teodorico había llegado ya a la vejez y se daba cuenta de que dejaría pronto este mundo, convocó a los condes godos y a los más notables de su reino y proclamó rey a Atalarico, que era todavía un niño que no había cumplido los diez años, hijo de su hija Amalasunta y huérfano de su padre Eutarico[489]. Les ordenó, como si se tratara de un testamento pronunciado oralmente, que honraran a su rey, que estimaran al Senado y al

pueblo de Roma, y que imploraran, después del divino, el favor y el auxilio del emperador de Oriente. **305**. Mientras vivieron el rey Atalarico y su madre guardaron fielmente este precepto, y así reinaron en paz durante casi ocho años. Sin embargo, los francos desconfiaban de que este niño pudiera reinar e incluso lo despreciaban, y por ello tramaron una guerra contra él, de modo que Atalarico tuvo que cederles las tierras de las Galias que habían ocupado su padre y su abuelo[490]. El resto de sus dominios los conservó tranquilos y en paz. Cuando Atalarico se acercaba a la flor de la edad, confió tanto su propia juventud como la viudedad de su madre al emperador de Oriente, pero poco después el desdichado abandonó los asuntos de este mundo sorprendido por una muerte prematura[491].

306. Entonces su madre, pensando que los godos la despreciarían por la fragilidad de su sexo, hizo venir a su primo Teodado de Toscana, donde vivía como un particular en sus propias tierras, y lo colocó en el trono en virtud del parentesco que los unía[492]. Pero éste, olvidándose de sus vínculos de sangre, la sacó al poco tiempo del palacio de Ravena y la desterró a una isla del lago Bolsena, donde a los pocos días de vivir sumida en la tristeza fue estrangulada en los baños por la guardia de Teodado[493].

Capítulo LX. Justiniano emperador: conquistas de Belisario en Italia

307. Cuando se enteró de esto Justiniano, se conmovió profundamente y consideró como una afrenta personal la muerte de sus protegidos. Precisamente por esta época había conseguido una gran victoria sobre los vándalos en África, gracias a la eficaz intervención de su muy leal patricio Belisario, y mandó a este mismo general que atacara sin dilación a los godos, cuando todavía sus armas estaban empapadas de la sangre de los vándalos[494].

308. Este clarividente general consideró que no podría someter al pueblo de los getas si no conquistaba primero Sicilia, que era la que les suministraba los alimentos. Y así lo hizo: entró en la isla por Trinacria y pronto los godos que residían en Siracusa, viendo que no podían oponerle resistencia, se entregaron voluntariamente a Belisario con su caudillo Sinderito. Así pues, cuando Teodado supo que el general romano había invadido Sicilia envió a su yerno Evermundo para que protegiera el estrecho situado entre Campania

y Sicilia, así como el extenso golfo del mar Tirreno donde se une con las corrientes del Adriático[495]. **309**. Cuando Evermundo se aproximó a la ciudad de Regio[496], estableció allí su campamento y, al comprobar que los suyos llevaban todas las de perder, se pasó sin tardanza al bando del vencedor con unos pocos subordinados totalmente leales. Se arrojó espontáneamente a los pies de Belisario y le rogó que le permitiera servir al Imperio Romano. Al saberlo, el ejército godo denuncia a gritos la complicidad de Teodado y considera que debe expulsarlo del trono y proclamar rey al general Vitigis, que era su ayuda de campo. Y así lo hicieron. **310**. Vitigis es proclamado rey inmediatamente en los Campos Barbáricos[497] y entra en Roma. Manda a unos pocos hombres leales que vayan antes que él a Ravena y asesinen a Teodado, y éstos cumplen sus órdenes. Un mensajero enviado por el nuevo rey Vitigis, que se encontraba aún en los Campos Barbáricos, anuncia a los distintos pueblos que el rey Teodado ha sido asesinado.

311. Entretanto el ejército romano atravesó el estrecho, llegó a Campania y después de conquistar Nápoles, entró en Roma, de donde había salido pocos días antes Vitigis para dirigirse a Ravena y casarse con Matesuenta, hija de Amalasun-ta y nieta del difunto rey Teodorico[498]. Y mientras estaba con su corte real en Ravena disfrutando de su reciente matrimonio, el ejército imperial, que había salido de Roma, ocupa las plazas fuertes de las dos Toscanas. **312**. Cuando unos mensajeros informaron de esto a Vitigis, envió a Perugia un ejército bien pertrechado al mando de Hunila. Mientras tratan de derrotar con un largo asedio al conde Magno, que permanecía allí con un pequeño ejército, se presentan las tropas romanas y son totalmente vencidos y aniquilados. Al saberlo Vitigis, cual león enfurecido, reúne todo el ejército godo, sale de Ravena y somete las murallas romanas a un prolongado asedio. Pero su audacia resulta inútil, porque después de catorce meses tiene que abandonar el asedio de la ciudad y prepararse para atacar Rímini, desde donde después de fracasar del mismo modo se ve obligado a huir de nuevo y refugiarse en Ravena. Allí fue cercado y tuvo que rendirse voluntariamente al vencedor poco después con su esposa Matesuenta y sus riquezas reales.

313. De este modo este reino tan famoso y este valerosísimo pueblo que había sido soberano durante un extenso período de casi

dos mil treinta años[499] cayeron en poder del emperador Justiniano, vencedor de diferentes pueblos, gracias a la intervención de su muy leal Belisario. Vitigis fue llevado a Constantinopla y se le concedió la dignidad de patricio. Allí permaneció más de dos años gozando del afecto del emperador y luego abandonó los asuntos de este mundo. **314**. Su esposa Matesuenta, por su parte, se casó con el patricio Germano, primo del emperador, y tuvieron un hijo llamado también Germano, que nació después de la muerte de su padre[500]. En este niño se unieron las estirpes de los Anicios[501] y de los Ámalos y, con la ayuda del Señor, constituye la esperanza de ambas familias.

315. Hasta aquí nuestro relato sobre los orígenes de los getas, la nobleza de los Ámalos y las hazañas de estos hombres valerosos. Esta raza tan encomiable se sometió a un príncipe más digno, si cabe, de alabanza, y a un valiente general, cuya gloria no será silenciada por los siglos ni las edades futuras, sino que tanto el emperador Justiniano como su cónsul Belisario recibirán los títulos de vencedores de los vándalos, los africanos y los getas. **316**. Has de saber, tú que estas leyendo esta obra, que yo me he limitado a seguir los escritos de los Antiguos y a recoger unas pocas florecillas de sus vastas praderas para trenzar con ellas, en la medida de mis posibilidades, una corona para el que quiera informarse. He referido tan solo lo que he leído y escuchado, y que nadie piense que, puesto que yo procedo también de este pueblo del que he tratado, he añadído nada a favor de él. Ademas, no he recogido en mi exposición todo lo que se ha escrito o narrado de ellos para su propia glona, sino sobre todo para la de aquel que los venció.[502]

Indice

INTRODUCCIÓN.. 4
El autor: perfil biográfico de Jordanes. 5
La producción literaria de Jordanes. 8
Los «Getica». 9
Título, fecha y lugar de composición. 9
Los «Getica» de Jordanes y la «Historia de los godos» de Casiodoro. 11
Otras fuentes de los «Getica». 16
Contenido y estructura de la obra. 18
Pervivencia y fortuna de la obra de Jordanes. 21
Lengua y estilo. El latín de Jordanes. 22
Transmisión manuscrita de los «Getica». 24
Ediciones modernas y traducciones. 26
Esta edición. 28
BIBLIOGRAFÍA.. 29
ORIGEN Y GESTAS DE LOS GODOS. 36
Prólogo. 37
Primera parte: MIGRACIONES DE LOS GODOS. 39
Capítulo primero. Descripción general de la Tierra. 39
Capítulo II. Descripción de las Islas Británicas. 41
Capítulo III. Descripción de la isla de Escandía. 43
Capitulo IV. Salida de los godos de Escandía y asentamiento en Escitia. 46
Capítulo V. Descripción de Escitia y de sus pueblos. 48
Capítulo VI. Los godos se enfrentan al rey de Egipto y conquistan Asia. 54
Capítulo VII. Guerras de las Amazonas y descripción del Cáucaso. 55

Capítulo VIII. Los hijos de las Amazonas. 58
Capitulo IX. El rey Télefo. 59
Capítulo X. Guerras de los godos contra los persas y los griegos. 60
Capítulo XI. Deceneo instruye a los godos en las artes y las ciencias. 62
Capítulo XII. Descripción de Daciay del Danubio. 64
Capítulo XIII. Los godos vencen a los romanos. 65
Capítulo XIV. Genealogía de los Ámalos: ostrogodos y visigodos. 66
Capítulo XV. Hazañas del emperador Maximino el godo. 67
Capítulo XVI. Los godos pasan de aliados a enemigos de Roma. 69
Capítulo XVII. Guerras contra los gépidas. 71
Capítulo XVIII. El rey Cniva y la guerra con Decio. 73
Capítulo XIX. Alianza de los godos con Galo y Volusiano. 74
Capítulo XX. Los godos arrasan Asia Menor y Trocía. 75
Capítulo XXI. Los godos ayudan a los romanos en su guerra contra los partos 76
Capítulo XXII. Geberico vence a los vándalos. 77
Capítulo XXIII Hermanarico vence a los hérulos, los vénetos y los estos. 78
Capítulo XXIV. La invasión de los hunos. 80
Segunda parte: LOS VISIGODOS. 83
Capitulo XXV. Los visigodos se establecen en Dacia, Mesia y Tracia. 83
Capítulo XXVI. Hambruna entre los visigodos y muerte de Valente. 85
Capítulo XXVII. Los godos bajo el emperador Teodosio. 87
Capítulo XXVIII. Atanarico visita Constantinopla. 88
Capítulo XXIX. Alarico llega hasta Ravena. 89
Capítulo XXX. Alarico saquea Roma. 91
Capítulo XXXI. Ataúlfo conquista las Galias eHispania. 93
Capítulo XXXII. Reinado de Valia. 96
Capítulo XXXIII. Los vándalos pasan a África. 96
Capítulo XXXIV. Hunos y romanos luchan contra Teodoredo. 99
Capítulo XXXV. Orígenes y carácter de Atila. 101
Capítulo XXXVI. Los romanos se alían con los visigodos contra

Atila. 102
Capítulo XXXVII. Teodoredo y Aecio ocupan Orleans. 105
Capitulo XXXVIII. La batalla de los Campos Cataláunicos. 106
Capítulo XXXIX. Arenga de Atila a su ejército. 107
Capítulo XL. Muerte de Teodoredo y derrota de Atila. 108
Capítulo XLI. Turismundo es proclamado rey. 110
Capítulo XLII. Atila devasta Italia. 112
Capitulo XLIII. Muerte de Turismundo. 114
Capítulo XLIV. Los suevos se apoderan de parte de Hispania. 115
Capítulo XLV. Reinado de Eurico. Últimos emperadores romanos. 117
Capítulo XLVI. Odoacro depone a Rómulo Augústulo. 120
Capítulo XLVII. Muerte de Eurico y proclamación de Alarico II. 121
Tercera parte: LOS OSTROGODOS. 122
Capítulo XLVIII. Los ostrogodos sometidos a los hunos. 122
Capítulo XLIX. Muerte y funerales de Atila. 125
Capítulo L. Los ostrogodos se liberan del yugo de los hunos. 127
Capítulo LI. El obispo Ulfila. 130
Capítulo LII. Nacimiento e infancia de Teodorico. 131
Capítulo LIII. Los ostrogodos se enfrentan a los suevos. 133
Capítulo LIV. Triunfos militares de Teodomiro. 135
Capitulo LV. Regreso de Teodorico y lucha contra los sármatas. 136
Capítulo LVI. Conquistas de los ostrogodos en las Galias y Macedonia. 137
Capítulo LVII. Teodorico vence a Odoacro y se proclama rey de Italia. 139
Capítulo LVIII. Política exterior de Teodorico. 142
Capítulo LIX. Muerte de Teodórico y reinado de Atalarico. 144
Capítulo LX. Justiniano emperador: conquistas de Belisario en Italia. 145
Indice. 148

Notas

[1] Cfr. *infra* los títulos del elenco de ediciones modernas que presentamos en la pág. 41. Jordanes menciona su propio nombre en Get., 265. < <

[2] Así, por ejemplo, según Jacob Grimm, *Iornandes* sería prefenble a *Iordanes* por ser la forma latinizada del nombre gótico *Ibro-nantes*, cuyo significado eti-mológico sería el de «astuto como un jabalí» (cfr. J. Grimm, «Über Jornandes und die Geten», Kleinere Schriften, Berlín, 1866, págs. 171-235). En cambio, tan to Theodor Mommsen como Francesco Giunta en su reciente edición consideran esta variante un simple error de copista motivado por la inversión de la disposición originaria de las letras del primitivo *Iordanes* (cfr. Th. Mommsen, *Iordanis Romana et Getica, Monumenta Germaniae Histórica*, Auct. Antiquissimi, t. 5 pars prior, Berolini, 1882 y F. Giunta, A. Grillone, *Iordanis de origine actibusque Getarum*, Roma, 1991). < <

[3] Cfr. Get, 265: *Cuius Candacis, Alanoviamuthis patris mei genitor Paria, id est meus auus, notarius, quousque Candac ipse uiueret, fuit; eiusque germanae fili Gunthigis [...] de prosapia Amalorum descendente, ego ítem quamuis agrammatus, Iordanes, ante conuersionem meam notarius fui.* < <

[4] Cfr. Th. Mommsen, op cit., pag. VI y F. Giunta, A. Grillone, op. cit., pág XXIX. Por el contrario, el origen godo de Jordanes es defendido con buenos argumentos por N. Wagner, *Getica. Untersuchungen zum Leben des Jordanes und zur frühen Gescchichte der Goten*, Berlín, 1967, págs. 4 16 y por M Reydellet, «Jordanes: le crépuscule des amales», *La royauté dans la littérature latine de Sidoine Apollinaire a Isidore de Séville*, Roma, 1981, pág. 257. < <

[5] Cfr. Get., 316: *nec me quis in fauorem gentis praedictae (sc. Gothicae), quasi ex ipsa trahentem originem, aliqua addidisse credat.* < <

[6] Cfr. Get., 147-151. < <

[7] Sobre el significado peculiar de este término en nuestra obra, cfr. infra, pág. 207, n. 355. < <

[8] Su mismo nombre podría estar relacionado con esta transformación y con el río homónimo símbolo del bautismo y de la conversión a la nueva fe. Por otro lado, es perfectamente plausible que con el término «conversión» aluda a su entrada en la vida monástica. Su contemporáneo Casiodoro, por ejemplo, emplea el mismo término latino *conuersio* para aludir a su entrada en el claustro (cfr. Cassiod., *gramm.* praef. 1 [= Keil, 7, 144,1] *ubi* [...] *conuersionis meae tempore primum studium laboris impendi*). < <

[9] Cfr. Get., 132-133 y 138. < <

[10] Vid. B. Luiselli, «Sul *De summa temporum* di Jordanes», *Romanobarbarica*, 1, 1976, págs. 83-133. < <

[11] Esta hipótesis, avanzada ya en cierto modo por P. Cassel o M. Manitius, es, sin embargo, inaceptable para otros especialistas del período casiodoriano. *Vid.*, por ejemplo, el juicio desfavorable de J. J. O'Donnell, «The Aims of Jordanes», *Historia*, 31, 1982, págs. 223-40, que llega a considerar esta opinión como «entirely fantastic and insupportable» (op. cit., pág. 223, n. 1). < <

[12] Cfr. A. Momigliano, «Gli Anicii e la storiografia del vi sec. d.C», *Secondo contributo alla storia degli studi classici*, Roma, 1960, pág. 245 y J. Grimm, op. cit., pág. 182. < <

[13] Cfr. Th. Mommsen, op. cit., pág. XIII, n. 22. < <

[14] Cfr.Jord.Rom.,4-5. < <

[15] *Vid*. a este respecto las críticas antiguas de esta opinión en Th. Mommsen, op. cit., pág. XV, J. Friedrich, op. cit., pág. 431 y las más recientes objeciones de W. Goffart, *The Narrators of Barbarían History* (*A.D. 550-800): Jordanes, Gregory of Tours, Bede, and Paul the Deacon*, Princeton, 1988, págs. 45-46, J. J. O'Donnell, «The Aims...», pág. 224 y F. Giunta, A. Grillone, op. cit., pág. XXXII, n. 50. < <

[16] Aunque ni siquiera sobre esto hay consenso absoluto entre los especialistas. Vid. infra, pág. 18. < <

[17] Editada por Th. Mommsen en el t. 5, *pars prior* de los *Monumenta Germaniae Histórica, Auct. Ant*. págs. 1-52. < <

[18] Vid. Jord, Rom, 84. < <

[19] Cfr. W. Goffart, *The Narrators...*, págs. 54 y 57. < <

[20] Sobre el origen de esta confusión puede consultarse H. von Sybel, «Zu dem Aufsatz: Geten und Gothen», *Zeitschrift für Geschichte*, 7, 1847, págs. 288-296 y en particular, sobre las motivaciones de la misma en Jordanes, R. Iordache, «La confusión Gétes-Goths dans la *Getica* de Jordanes», *Helmantica* 34, 1983, págs. 317-337 (especialmente las págs. 326-329). < <

[21] Jord., Get., 1. < <

[22] Cfr. Jord., Rom., 4. En el § 363 de esta misma obra vuelve a repetir que *Iustinianus imperator regnat iubante domino anno XXIIII*. Por tanto, la parte final de esta obra fue terminada a finales de este año 551, después de concluir la redacción de los *Getica*. < <

[23] Cfr. Get., 104: *quando et pestilens morbus, pene istius necessitatis consimilis quam nos ante hos nouem annos experti sumus,faciem totius orbis foedauit*. Sobre esta plaga, que asoló Constantinopla durante más de cuatro meses, vid. P. Alien, «The "Justinianic" plague», *Byzantion*, 49, 1979, págs. 5-20. < <

[24] Cfr. Get., 303: *cui succedens hactenus Agila continet regnum, contra quem Athanagildus insurgens, Romani regni concitat uires.* < <

[25] Cfr. Get., 81: *Germanus patricius,fratruelis Iustiniani imperatoris, eam in conubio sumens patriciam ordinariam fecit; de qua et genuit filium, item Germanum nomine*. En parecidos términos se expresa el autor en Get., 351 y en Rom., 383. Germano murió en el verano del 550 en Sofía, desde donde preparaba la futura invasión de Italia (cfr. H. Wolfram, op. cit, pág. 376). < <

[26] Cfr. Rom., 386-387. < <

[27] La mayor parte de los especialistas se muestra partidaria de esta teoría y suele aceptar el peso de estos argumentos. Vid., por ejemplo, una exposición detallada en J. J. O'DonnelL, «The Aims...», pág. 239. También F. Giunta, A. Gillone, op. cit, pág. XXXII y O. Devilliers, *Jordanes. Histoire des Goths*, París, 1995, pág. XVI se muestran partidarios de esta fecha del 451. Sin embargo, E. Bartolini, *Jordanes. Storia dei Goti*, Milán, 1999 (=1991), pág. VIII se inclina por el 252-253. < <

[28] Cfr. Rom., 2: uno tuamen in tuo nomine et hoc paruissimo libello confeci, iungens ei aliud uolumen de origine actusque Getice gentis, iptam iam dudum communi amico Castalio ededissem. < <

[29] Vid., por ejemplo, la critica de M. Reydellet, «Jordanes...», págs. 257-258. < <

[30] Cfr. Th. Mommsen, op. cit., págs. X-XIII. < <

[31] Cfr. C. C. Mierow, *The Gothic History of Jordanes*, Princeton, 1915, páginas 11-12 y O. Devilliers., *Jordanes*..., pág. XVII. < <

[32] Cfr. Get., 3: *et si quid parum dictum est, et tu, ut uicinus genti commemoras, adde.* < <

[33] Get., 1:«[...] tratas de convencerme para que abandone la obrilla que tengo entre manos, la *Abreviación de las Crónicas*, y que resuma con mis propias palabras en un solo libro los doce volúmenes del Senador sobre el origen y las gestas de los getas por generaciones de reyes desde sus comienzos hasta nuestros días.»< <

[34] Esta misma teoría ha sido propuesta para los *Romana* con relación a la *Historia romana* de Símaco, también perdida. Vid. a este respecto W. Ensslin, *Des Symmachus Historia Romana als Quelle für Jordanes*, Munich, 1949. < <

[35] Como muestra representativa de la primera postura pueden leerse las opiniones de C. Schirren, *De ratione quae inter Iordanem et Cassiodorum intercedat*, Dorpat, 1858. Los datos históricos ofrecidos por Jordanes son presentados también como pertenecientes a la obra de Casiodoro en la reciente obra de H. Wolfram, *Geschichte der Goten von den Anfängen bis zur Mitte des sechsten Jabrhunderts: Entwurf einer historischen Ethnographie*, Munich, 1979 (=*Histoire des Goths*, traducción francesa de la edición americana de 1988 revisada y completada por el autor, París, 1990). Representativos de la teoría contraria son los trabajos de C. Cipolla, «Considerazioni sulle Getica di Iordanes e sulle loro relazioni colla *Historia Getarum* di Cassiodoro Senatore», *Memorie della reale Accademia delle Scienze di Torino*, II serie, t. 43, 1893, págs. 99-134 o de F. Giunta, «Considerazioni sulla vita e sulle opere di Jordanes», *Itálica*, 25, 1948, págs. 244-247. <<

[36] Sobre la vida y obra de Casiodoro puede consultarse la excelente monografía de J. J. O'Donnell, *Cassiodorus*, Berkeley, 1979. < <

[37] Un intento de reconstrucción del contenido de esta *Historia Gótica* de Casiodoro a partir de otros datos aportados por el autor en su *Chronica*, sus *Variae* y sobre todo a partir de la obra de Jordanes puede verse en B. Luiselli, «Cassiodoro e la Storia dei Goti», *Passaggio dal mondo antico al Medio Evo. Da Teodosio a san Gregorio Magno (Atti dei Convegni Lincei* 45), Roma, 1980, págs. 225-253. Se ha propuesto también que el destinatario de la obra fuera el mismo Justiniano, dado el tono de halago que tiene hacia su política toda la obra de Jordanes, y que con ella pretendiera conseguir un trato de favor del monarca para los sectores ostrogodos derrotados tras la conquista de Italia. Sin embargo, esto entra en contradicción con el uso del latín para la redacción de la obra. Viviendo en Constantinopla y con destinatarios bizantinos lo normal es que Jordanes hubiera compuesto los *Getica* en griego (lengua que conocía, a diferencia de Casiodoro, como muestra su amplio uso de fuentes griegas). El hecho de que la redactara en latín nos orienta más hacia destinatarios del ámbito occidental, preferentemente itálicos. < <

[38] Ésta es la discutida hipótesis propuesta por A. Momigliano, «Cassiodorus and Italian Culture of his Time», *Proceedings of the British Academy*, 41, 1955, págs. 207-245. < <

[39] Cfr. Jord., Get., 314: [...] de quibus (sc Matbesuentha et Germano) postumus patris Germani, natus est filius ídem Germanus, in «quo coniunctum Aniciorum genus cum Amala stirpe, spem adhuc utriusque generis domino praestante promittit». < <

[40] Cfr. A. Momigliano, «Gli Anicii...», págs. 267-270. < <

[41] Vid, por ejemplo, los concluyentes argumentos contrarios a la misma en N. Wagner, *Getica. Untersuchungen zum Leben des Jordanes und zur frühen Geschichte der Goten*, Berlín, 1967, págs. 46-60, B. Croke, «Cassiodorus and the Getica of Jordanes», *Classical Philology*, 82, 1987, págs. 117-134 y M. Reydellet, «Jordanes...», págs. 259-261. < <

[42] Cfr sufra, pág. 12. < <

[43] Cfr. Cassiod., *uar.*, 12,20,4. < <

[44] Creemos que todo intento de análisis de conjunto sobre la fidelidad de Jordanes a su modelo está condenado irremisiblemente al fracaso, por partir de premisas generales poco satisfactorias y que probablemente no son aplicables por igual a todas las partes de la obra. Mucho más interesantes resultan, a nuestro entender, los análisis parciales de pasajes concretos de los *Getica*, que nos ponen sobre la pista en cuanto al método de trabajo de Jordanes y su posible contribución personal. Vid. a este respecto el modélico análisis de un fragmento concreto en O. Devilliers, «Le conflit entre Romains et Wisigoths en 436-439 d'aprés les *Getica* de Jordanes. Fortune et infortune de l'abréviateur», *Revue de Philologie*, 69, 1995, págs. 111-126 < <

[45] Jord., Get., 3: «A esto he añadido algunos datos que me han parecido convenientes sacados de algunos historiadores griegos y latinos, y he introducido en el texto un comienzo y un final, así como muchas aportaciones de mi propia cosecha.» En el apartado dedicado a las fuentes de nuestra obra (cfr. infra, págs. 25-27) puede comprobarse la veracidad de este aserto jordaniano, puesto que además de su fuente principal, que es, sin duda, Casiodoro, existen otros muchos autores tanto griegos como latinos que utilizó como fuentes secundarias. < <

[46] Get., 2: Sed ut non mentiar, ad triduanam lectionem, dispensatoris eiusdem beneficio, libros ipsos antehac relegi, quorum quamuis uerba non recolo, sensus tamen et res actas credo me integre retinere. < <

[47] Cfr. supra, pág. 12. < <

[48] Jord., Ga., 315-316: «Hasta aquí nuestro relato sobre los orígenes de los getas, la nobleza de los Ámalos y las hazañas de estos hombres valerosos. Esta raza tan encomiable se sometió a un príncipe más digno, si cabe, de alabanza, y a un valiente general, cuya gloria no será silenciada por los siglos ni las edades futuras, sino que tanto el emperador Justiniano como su cónsul Belisario recibirán los títulos de vencedores de los vándalos, los africanos y los getas. [...] Además, no he recogido en mi exposición todo lo que se ha escrito o narrado de ellos para su propia gloria, sino sobre todo para la de aquel que los venció.» < <

[49] Una visión de conjunto sobre el particular puede verse en la obra de H. von Sybel, *De fontibus libri Jordanis de origine actueque Gothorum*, Berlín, 1838 y en la introducción a la edición de Mommsen (op. cit., págs. XXIX ss.). < <

[50] Para las fuentes concretas remitimos a las notas a pie de página que acompañan a nuestra traducción en las que hemos señalado los pasajes concretos de Jordanes que tienen una correspondencia directa con los de obras de autores antiguos. Omitiremos por ello en este apartado una relación detallada de los mismos y nos limitaremos a exponer brevemente la problemática general relacionada con ellos <<

[51] Cfr.J.J. O'Donnell, *Cassiodorus*..., pág. 142-143 y P. Courcelle, *Late Latín Writers and their Greek Sources*, Harvard, 1969, págs. 353-354. < <

[52] Cfr. Th. Mommsen, op. cit., pág. XXXVII < <

[53] Cfr. Cassiod., *uar*., 10,22,2: *Considerate etiam, principes docti, et Ablaui uestri histórica monumenta*. La forma «Ablaui» en el texto de los *Variae* responde a una conjetura de W. Meyer, cuando en realidad los manuscritos ofrecen «abaui» ('antepasados, predecesores'), que es seguramente la lectura más adecuada. Vid. a este respecto W. Goffart, *The Narrators*..., pág. 62, n. 208 < <

[54] Cfr.Jord., Get., 28,82 7 117. < <

[55] Vid., por ejemplo, B. Baldwin, «Sources for the Getica of Jordanes», *Revue Belge de Philologie et d'Histoire*, 59,1981, págs. 141-146; R. Hachmann, «Ablabius und der Autor der Westgotengeschichte», *Die Goten und Skandinavien*, Berlín, 1970, págs. 59-109 y G. Zecchini, *Ricerche di storiografia latina tardoantica*, Roma, 1993, págs. 200-204. < <

[56] Sobre la polémica utilización de este autor por parte de Jordanes, vid. T. Nagy, «Reoccupation of Pannonia from the Huns in 427. Did Iordanes use the Chronicon of Marcellinus Comes in the Writing of the Getica?», *Acta Antiqua Academiae Scientiarum Hungaricae*, 15, 1967, págs. 159-186 y L. Váradi, «Jordanes-Studien: Jordanes und das *Chronicon* des Marcellinus Comes; Die Selbständigkeit des Jordanes», *Chiron*, 6, 1976, págs. 441-487. <<

[57] Sobre este uso de las *Historiae Philippicae* de Pompeyo Trogo por Jordanes, vid. varios ejemplos en J. M. Alonso-Núñez, «Los imperios universales en Jordanes», *Memorias de Historia Antigua*, 10, 1989, págs. 167-168. < <

[58] Cfr. Get., 28, 43,11 y 79. < <

[59] Cfr. Get, 38: nos potius lectioni credimus quam fabulis anilibus consentimus. < <

[60] Esta división no es en absoluto gratuita, sino que se fundamenta en la concepción misma de la obra que nos ofrece el propio autor en Get., 246: Et quia, dum atraque gentes, tam Ostrogothae quam etiam Vesegothae, in unum essent, ut ualui, maiorum sequens dicta reuolui, diuisosque Vesegothas ab Ostrogothis ad liquidum sum prosecutus... La primera parte correspondería, pues, al período en el que visigodos y ostrogodos estuvieron unidos en un sólo pueblo (in unum essent) y las otras dos a las historias de visigodos y ostrogodos después de su separación (diuisosque Vesegothas ab Ostrogothis). < <

[61] Cfr. M. Reydellet, «Jordanes...», pág. 271. Para este autor Jordanes habría pretendido otorgar a estos orígenes nórdicos de los godos un significado simbólico que iría más allá del puramente histórico y que sería ya preludio de sus hazañas posteriores. < <

[62] Vid. C. Weibull, *Die Auswanderung der Goten aus Schweden*, Gotemburgo, 1958; E. C. Graf Oxenstierna, *Die Urbeimat der Goten*, Leipzig-Estocolmo, 1948 (sobre todo págs. 174-192); E. Schwarz, «Die Urheimat der Goten und ihre Wanderungen im Weichselland und nach Südrussland», *Saecuhtm*, 4, 1953, págs. 14-25; R. Hachmann, *Goten und Skandinavien*, Berlín, 1970, págs. 276-277; T. S. Burns, «Pursuing the early Gothic migrations», *Acta Archaeologica Academiae Scientiarum Hungaricae*, 31, 1979, págs. 189-199 y recientemente P. Heather, *The Goths*, Oxford, 1998, págs. 13-14. < <

[63] Vid. supra, pág. 15. < <

[64] Más de dos mil años, según Jordanes (cfr. Get., 311). < <

[65] Una síntesis más detallada de las distintas teorías al respecto puede leerse en L. M. Buonomo, «Introduzione alla lettura delle opere di Giordane», *Mutatio rerum. Letteratura, Filosofía, Scienza tra tardo antico e altomedievo. Atti del convegno di Studi*. Napoli, 25-26 novembre 1996 (M. L. Silvestre y M. Squillante [eds.]), Napóles, 1997, págs. 133-146. < <

[66] Cfr., v. g., F. Giunta, *Jordanes e la cultura dell'alto Medio Evo*, Palermo 1952, Pág. 184. < <

[67] Cfr. M. Reydellet, «Jordanes...», pág. 294. < <

[68] Cfr. J. Schnetz, «Jordanes beim Geographen von Ravenna», *Philologus*, 35, 1925, págs. 36-88. < <

[69] Cfr. la edición de su obra a cargo de B. Brusch en los *Monumenta Germaniae Histórica*, Scrip. rer. Mer., I, 1, págs. 47, 50 y 65, entre otras. < <

[70] Cfr. A. Crivellucci, Paolo Diácono. *Historia Romana*, Roma, 1914, pág. 38 y sobre todo D. Bíanchi, «Note sui "Getica" di Giordane e le loro clausole», *Aevum*, 30, 1956, págs. 239-246. < <

[71] Cfr. A. Alarcos, «El Toledano, Jornandes y San Isidoro», *Boletín de la Biblioteca Menéndez y Pelayo*, 17, 1935, págs. 101-129 y J. Fernández Valverde, *Roderici Ximenii de Rada, Historia de rebus Hispaniae siue Historia Gothica*, Turnholti, 1987, págs. XXIX-XXX. < <

[72] Sobre este fenómeno del «goticismo» y sus repercusiones en la historia europea puede consultarse el excelente estudio de J. Svennung, *Zur Geschichte des Goticismus*, Upsala, 1967. < <

[73] Sobre el goticismo en España, vid. H. Messmer, *Hispania-Idee und Gotenmythos*, Zúrich, 1960 y el apéndice titulado *Esquisse du rayonnement du "Gothicisme" dans la littérature et la pensée espagnoles* en J. M. Alonso-Núñez, «L'historien Jordanes comme source de l'histoire de la Péninsule Ibérique», *Revue Belge de Philologie et d'Histoire*, 59, 1981, págs. 147-159, así como R. González Fernández, «El mito gótico en la historiografía del siglo xv», *Los visigodos. Historiay civilización*, Murcia, 1986, págs. 289-300. < <

[74] E. Wólfflin, «Zur Latinität des Jordanes», *Archiv für Lateinische Lexicographie und Grammatik*, 1900, págs. 361-368; L. Bergmüller, *Einige Bemerkungen zur Latínität des Jordanes*, Augsburgo, 1903; F. Werner, *Die Latinität der Getica des Jordanes*, Halle, 1908. < <

[75] V. Sondervorst, «De la persístance de "m" finale chez Jordanes», *Musée belge*, 5, 1901, págs. 224-231; A. Helttula, «Ablative and accusative absolute in Jordanes and fus sources», *Studiesin Classical and Modem Philology*, Helsinki, 1983; J. Lorenzo Lorenzo, *El valor de los preverbios en Jordanes*, Salamanca, 1976; T. Ferro, «La complessa transizione dal latino al romanzo nell'area carpato-danubiana: aspetti del latino di Iordanes», *La transizione dal latino alle lingue romanze. Atti della Tavola Rotonda di Linguistica Storica Universita Ca'Foscari di Venezia* (ed. J. Hermán), Tubinga, 1998, págs. 189-193. < <

[76] R. Iordache, «Elementos vulgares en la obra de Iordanes», *Helmantica*, 24, 1973, págs. 117-134; «Observaciones sobre la subordinación causal en las obras de Jordanes», *Helmantica*, 27, 1976, págs. 5-62; «L'interrogative indirecte dans les oeuvres de Jordanes», *Ziva Antika*, 33, 1983, págs. 149-184; «L'infinitif dans les oeuvres de Jordanes», *Lingüistica*, 24, 1984, págs. 121-157; «L'emploi des adverbes auatenus, quactenus, protinus et tenus dans les oeuvres de Jordanes ou sur certains éléments du style de chancellerie á L'époque tardive», *Atti dett' Accademia di Scienze Lettere e Arti di Palenno*, 5, 1984-1985, págs. 331-352; «Remarques sur la subordonnée temporelle á l'époque classique et á l'époque tardive, chez Jordanes», *Lingüistica*, 33, 1993, páginas 69-106. < <

[77] Este prejuicio, que llevaba a Mommsen a considerar a Jordanes poco menos que analfabeto, se basaba también en las mismas palabras del autor, que se define a sí mismo como *agrammatus*. Esta definición cuadraba muy bien, según él, con el estado de lengua que transmitían muchos de los códices que tuvo ocasión de colacionar. Sin embargo, es muy probable que esta afirmación de Jordanes haya que entenderla en el contexto de un *locus humilitatis*, muy característico de escritores tardíos y cristianos. < <

[78] Cfr. infra, págs. 37-38. < <

[79] Nos hemos ocupado de esta revisión sistemática sobre el latín de Jordanes en un reciente trabajo que verá próximamente la luz. < <

[80] Ejemplos significativos de esta tendencia al retoricismo pueden ser las largas series acumulativas de adjetivos que se suceden en los pasajes con mayor pretensión de estilo (*bellum atrox, multiplex, immane, pertinax*) o las aliteraciones compuestas (*emersit momentánea mors sepelientibus cum sepulto*). < <

[81] Más de una cuarentena hasta el siglo XV. Vid. la lista completa en F. Giunta y A. Grillone, op. cit., págs. X-XVI. Algunos de ellos, como H,B,X e Y, perecieron o resultaron gravemente dañados en el célebre incendio de la biblioteca de Mommsen. Sin embargo, sus lecturas se nos han preservado gracias al exhaustivo aparato crítico de su edición. < <

[82] Sobre este descubrimiento y el manuscrito en cuestión, *vid* E Sthamer, «Eme neue Jordanes-Handschrift m Palermo», *Forschungen und Fortschntle*, 5, 1929, pág. 45 y F. Giunta, «II manoscrito dei "Getica" di Jordanes conservato nell'Archivio di Stato di Palermo», *Archivio Stortcoperla Sicilia*, s. 3, 1, 1946, págs. 185 195. < <

[83] Cfr. F. Giunta, y A Grillone, op cit, pag XII. < <

[84] Cfr. Th. Mommsen, op. cit. LiX-LX. < <

[85] La obra fue publicada en Berlín en 1882 y reimpresa en 1961. < <

[86] Además de las traducciones mencionadas, hemos tenido noticia de la existencia de una versión al ruso de E. Tcheslavovna Skrzjnskaia, publicada en Moscú en 1960, y otra al rumano de G. Popa-Lisseanu, que no nos ha sido posible consultar. < <

[87] Según Menéndez Pelayo, R Norberto Castilla sería en realidad un seudónimo del canónigo de Granada Francisco Navarro y Calvo, verdadero autor tanto de la traducción de Amiano Marcelino como de la de Jordanes (cfr. M. Menéndez y Pelayo, *Bibliografía Hispano-Latina clásica*, t. 7, Santander, 1951, pág. 9). < <

[88] Cfr. J L. Hernández Rojo, *Jordanes origen y hechos de los Godos*, Facultad de Filosofia y Letras, Universidad de León, Tesis doctoral en microficha, núm 43, León, 1990. < <

[89] La denominación de «hermano» (*frater*) para el destinatario de la obra obedece a motivos retóricos y se emplea frecuentemente en el latín tardío y medieval para designar a amigos con los que se comparten quehaceres o profesiones comunes Teniendo en cuenta que este pasaje reproduce casi literalmente el prefacio de la traducción de Rufino (ca 345 410) al *Sermo in Romanos* de Origenes donde se presentan los mismos tópicos literarios y donde el destinario es también cierto «*frater Herach*», bien se puede conjeturar que Castalio no es un personaje real cercano al autor, como se ha pretendido en varias ocasiones sin argumentos convincentes, sino un destinatario ficticio cuyo nombre estaría tomado de la fuente *Castalia*, morada de las musas del Parnaso, lo cual se ajusta perfectamente al contexto alegórico de la navecilla a la deriva en las aguas turbulentas del océano de la elocuencia. < <

[90] Se trata de la otra obra de Jordanes que se nos ha conservado, *De summa temporum uel de origine actibusque gentis Romanorum*, según la edición de Th Mommsen, MGH t 5, Berolim, 1882, pags 1 52, en la que el autor hace un compendio de la historia de Roma a partir de la obra de los historiadores que lo precedieron. < <

[91] El «Senador» es Flavio Magno Aurelio Casiodoro (485 580 d C), autor de una extensa obra en doce libros sobre la historia del pueblo godo de la que la de Jordanes constituiría el resumen Hay quien considera que estos doce libros no serian volúmenes, sino *libri*, en la concepción que los Antiguos tenían de este término, equivalentes a nuestros modernos capítulos, con lo cual la extensión originaria de la obra de Casiodoro quedaría considerablemente menguada. De esta obra nos da noticia el mismo Casiodoro en sus *Variae*, 2 praef 6. < <

[92] Sobre la denominación de «getas» para el pueblo godo, cfr. *supra* nuestra Introducción, pag. 15 y sobre todo H. von Sybel, «Zu dem Aufsatz: Geten und Gothen», *Zeitschriftfiir Geschkhte*, 7, 1847, pags. 288-296 y R. Iordache, «La confusion Getes-Goths dans la Getica de Jordanes», *Helmantica*, 34, 1983, pags. 317-337. < <

[93] Si concedemos valor a esta afirmación de Jordanes, habría que concluir que la dependencia entre su resumen y la obra original casiodoriana es mínima, dado el escaso tiempo dedicado a la consulta, y que habría sido realizada incluso de forma furtiva y sin consentimiento directo de Casiodoro. Sin embargo, la ambigüedad del termino latino *relegere*, que puede significar tanto «leer rápidamente» como «volver a leer», puede hacer pensar en una consulta anterior y más detallada de toda la obra, con lo que la fidelidad al original seria mucho mayor. Vid. a este respecto B. Luiselli, «Cassiodoro e la Storia dei Goti», *Passaggio dal mondo antico al Medio Evo. Da Teodosio a son Gregorio Magno* (Attai dei Convegni Lincei, 45), Roma, 1980, pags. 225-253. < <

[94] Sobre los historiadores griegos y latinos consultados por Jordanes para la composición de su obra, cfr. *supra* nuestra Introducción, pags. 25-27. < <

[95] En el caso de que Castalio fuera un destinatario real y no ficticio, podría tratarse de un romano occidental que viviera en la zona fronteriza del territorio godo. Esto explicaría que Jordanes escribiese esta obra en latín a pesar de tener la lengua goda como materna y de vivir en Constantinopla, que pertenecía al ámbito lingüístico griego. < <

[96] Cfr. Orosio, *Historiae aduersum paganos*, 1,2, 1. Un magnifico comentario de la terminología geográfica de Orosio (muy semejante a la de Jordanes) se puede encontrar en Y. Janvier, *La géographie d'Orose*, París, 1982, págs. 58-169. < <

[97] Etimológicamente «de pies de caballo». Se trata del mismo archipiélago legendario descrito por Plinio el Viejo en su *Naturalis Historia*, 4, 91, en la que nacían hombres fabulosos dotados de pezuñas equinas. < <

[98] Se trata de Ceilán, la actual Sri Lanka, descrita también por el geógrafo romano Pomponio Mela (geogr., 3, 70) y por el griego Estrabón (geogr., 15, 690). Sobre las diez ciudades fortificadas, vid. Oros., *híst*, 1, 2, 16. < <

[99] Se ha querido ver bajo estos nombres a las Islas Canarias, designadas corrientemente por otros autores latinos como *Insulae Fortunatae*. Cfr., por ejemplo, Oros., *hist.*, 1, 2, 11 o Mela, *geogr.*, 3, 102. El estrecho de Gades (Cádiz) es el que hoy conocemos como estrecho de Gibraltar. < <

[100] Confusión de Jordanes, ya que no se trata en realidad de ningún monumento a Escipión, sino a Quinto Servilio Cepión, vencedor de los Lusitanos (cfr. Mela, *geogr.*, 3, 4 y Vell. *Pat.*, 2, 1, 3). El promontorio gallego se ha identificado a veces con la Torre de Hércules de La Coruña, aunque esta construcción no parece haber estado dedicada a finalidades de culto, sino que funcionó como faro desde la Antigüedad. Según Estrabón (*geogr.*, 3,5,5) existía también un templo dedicado a Hércules en una isla cercana a Onoba (la actual Huelva). < <

[101] Mevania podría ser la Isla de Man, que Orosio (*hist.*, 1, 2, 82) sitúa en las proximidades de Irlanda, igual que las islas Orcadas, las actuales Orkneys (*ibid.*, 1, 2, 78). < <

[102] La cita corresponde a Virgilio, *Geórgicas*, 1, 30. Sobre la lectura indirecta de Virgilio por parte de Jordanes a partir de florilegios tardíos, vid. J. Lorenzo, «Ecos virgilianos en Gregorio de Tours y Jordanes», *Helmantica*, 33, 1982, pags. 359-369. Los autores antiguos designaban como Tule o Thule la parte más septentrional del continente europeo. El navegante griego Piteas fue el primero en llegar allí en un viaje desde Britania. Actualmente se cree que esta denominación podría corresponder a las islas Shetland, pero también se la ha identificado con Islandia, el norte de Noruega o incluso con la mítica Atlántida. < <

[103] En la Antigüedad, la Península Escandinava era considerada una inmensa isla, dado que no se conocía su conexión septentrional con el continente. Plinio el Viejo (*nat.*, 4, 96) y Pomponio Mela (*geogr.*, 3, 54) hablan de Scandinauia para designar lo que Jordanes suele denominar Scandia. < <

[104] La información que nos transmite Jordanes en esta digresión sobre las Islas Británicas parece totalmente libresca y sin relación directa con la historia central de los godos. La fórmula misma con la que comienza «*paucis absoluam*», de raíz salustiana (cfr. Sall., *Iug.*, 17, 2, 3), suele ser la propia de las digresiones literarias en obras historiográficas tardías. < <

[105] No se nos ha conservado el libro CL de la *Historia Romana ab Vrbe condita* de Tito Livio (59 a.C.-17 d.C), donde al parecer se contenía esta información sobre *Britannia*. Sin embargo, el historiador Cornelio Tácito (ca. 55-120 d.C.) narra que fue precisamente su suegro, Cneo Julio Agrícola, el primero que circunnavegó la isla en época del emperador Domiciano (cfr. Tac, *Agr.*, 10, 5). < <

[106] César realizó dos expediciones a *Britannia* los años 54 y 55 a.C, aunque la conquista definitiva de la isla se realizó posteriormente, en el año 43 d.C, durante el reinado del emperador Claudio (cfr. Caes., *Gall.*, 4,20-38 y 5,2-22). < <

[107] Esta descripción está tomada casi literalmente de Pomponio Mela (*geogr.*, 3, 50-51). < <

[108] El estadio era una unidad griega de longitud equivalente a 185 metros. *Britannia* tendría, pues, de acuerdo con este cálculo, unos 1.320 kilómetros de longitud y 427 de anchura. Son las mismas dimensiones ofrecidas por el historiador griego Dión Casio (epit., 76, 12). < <

[109] Strabo, *geogr.*, 4, 5, 2. < <

[110] Se refiere a una de]as dos obras principales del historiador Publio Cornelio Tácito, los *Anuales*. Sin embargo, la noticia sobre la feracidad de la isla Iy sobre sus ríos no está tomada de esta obra, sino íntegramente de la *Geografia* de Pomponio Mela (3,50). Sin embargo, Tácito hace también referencia al particular en el cap. 12 de su *Agrícola*. < <

[111] Los siluros habitaban al suroeste de lo que hoy es el País de Gales, siendo su capital Venta Silurum, la actual Caerwent, al este de Newport. Por su parte, los caledonios vivían en la región cercana a las Highlands, en el norte de la actual Escocia. Jordanes corrobora aquí la opinión de Tácito sobre el origen ibérico de algunos de los habitantes de las Islas Británicas, en concreto los siluros. En cuanto a los caledonios, en cambio, este autor se muestra más partidario de un posible origen germánico (cfr. Tac, *Agr.*, 11,2). < <

[112] Los siluros habitaban al suroeste de lo que hoy es el País de Gales, siendo su capital Venta Silurum, la actual Caerwent, al este de Newport. Por su parte, los caledonios vivían en la región cercana a las Highlands, en el norte de la actual Escocia. Jordanes corrobora aquí la opinión de Tácito sobre el origen ibérico de algunos de los habitantes de las Islas Británicas, en concreto los siluros. En cuanto a los caledonios, en cambio, este autor se muestra más partidario de un posible origen germánico (cfr. Tac, *Agr.*, 11,2). < <

[113] El uso del carro de guerra (*essedum*) por parte de los britanos está ya atestiguado por César (*Gall*, 4, 33, 1). Estos carros solían ir tirados por dos caballos y montados por un auriga, que no participaba en la lucha, y por un guerrero, generalmente de origen noble, llamado *essedanus*. < <

[114] Se trata de la *Geografía* del cosmógrafo y geógrafo griego Claudio Tolomeo (ca. 100-170 d.C.) En el pasaje citado por Jordanes (geogr., 2, 11, 33 35) no se alude en ningún momento a las hojas de cedro, al menos en la versión de la obra que se nos ha conservado. < <

[115] Parece ser que el golfo Codano, del que habla Mela (*geogr*, 3, 3, 31) podría comprender la bahía de Kiel, el estrecho de Kattegat e incluso toda la parte meridional del mar Báltico. < <

[116] Por la mención inmediata de Escita, podría pensarse que este inmenso lago fuera el mar Caspio, y el río Vagi el actual Volga, aunque los datos son tan imprecisos, que resulta más verosímil asociar los nombres ofrecidos por Jordanes con el lago Ladoga y el río Neva, dada su mayor proximidad geográfica con el resto de territorios descritos. < <

[117] Ptolom. *Geogr.*, 2, 11, 35. < <

[118] Los escrerefenos han sido identificados por algunos autores con los lapones. El historiador bizantino Procopio (ca. 500-565) los denomina «Σκριυιφιυοι» (cfr. *bell. Goth.*,2, 15)y Paulo Diácono en su *Historia Langobardorum* los llama «scritofinni» (*hist.*, 1, 5). Parece que la segunda parte de estos apelativos tiene la misma base etimológica de «*Finni*», mencionados por Jordanes (cfr. infra § 23) antepasados de los actuales finlandeses. < <

[119] Los suehanos y los turingos serian los antepasados remotos de los actuales suecos (cfr. Cassiod., *uar.*, 4, 13). Parece ser que se trataría de los mismos (ot)suétidas mencionados más abajo en el § 23. < <

[120] Cfr. supra nuestra nota sobre los escrerefenos en el § 21. < <

[121] Los rugos procedían del sur de Noruega, en concreto de la zona situada en torno al fiordo de Stavanger. Las primeras migraciones de este pueblo siguieron la ruta marítima del Báltico y, después de una etapa intermedia en las islas de Rugen y Bornholm, desembarcaron en la costa de Pomerania, en la desembocadura del Vístula, hacia finales del siglo II a.C. Hacia finales del siglo IV se establecieron en Moravia y fueron sometidos por los hunos, de quienes fueron súbditos hasta la muerte de Atila. Cfr. E. Demougeot, *La formation de l'Europe et les invasions barbares* (3 v.), París, 1969-1979, págs. 49-50 (v. 1) y 251-253 (v. 2). < <

[122] El único Rodulfo relacionado con Teodorico del que tenemos noticias no parece tener nada que ver con los pueblos citados, sino que fue, según Casiodoro, rey de los herulos y más tarde adoptado por Teodorico como caudillo militar (cfr Cassiod , *uar*, 4, 2) < <

[123] El topónimo Gotiscandia se corresponde con la actual región costera polaca del Báltico, entre los ríos Oder y Niemen (cfr la denominación actual de la ciudad de Gdansk (*Goth-danisk*) procedente de este término y atestiguada por vez primera en el año 970 con la forma Gyt-danzyc) La primera emigración se habría producido, pues, según Jordanes, desde el actual Gotaland («Tierra de godos») en el sur de Suecia, hasta el norte de la actual Polonia. < <

[124] Los vándalos procedían de la península de Jutlandia, en la actual Dinamarca, pero se habían asentado en el valle del Oder hacia el siglo V a C , y allí es donde debieron de tener sus primeros encuentros con los godos hacia el siglo I, aunque es posible que Jordanes aluda a otros enfrentamientos posteriores que continuaron hasta el siglo V d C. < <

[125] Con este relato de Jordanes sobre la rotura del puente y la consiguiente separación irreversible del pueblo godo se ha querido justificar la ulterior división entre visigodos y ostrogodos, aunque probablemente se trate de una narración de carácter legendario y sin mayor justificación histórica. El mismo Jordanes menciona anteriormente (cfr. *supra* § 22) a los ostrogodos como uno de los pueblos de la primitiva Escandía, y probablemente esta división pueda remontarse ya a un período anterior a la primera migración, relacionándose con las dos zonas geográficas del sur de Suecia (el Västergotiand y el Östergotland) que suelen distinguir los investigadores en virtud de las diferencias halladas en los materiales arqueológicos. < <

[126] Plinio el Viejo menciona también a ciertos «Satarchei Spalaei» (*nat.*, 6, 22, 6) que habitaban la región meridional del Cáucaso, aunque no podemos afirmar con rotundidad que se tratara del mismo pueblo al que alude Jordanes. En todo caso, parece tratarse de los pueblos protoeslavos asentados en la zona meridional de la actual Ucrania a los que alude también Procopio (cfr. N. Vernadsky, «The Spali of Jordanis and the Spori of Procopius», *Byzantion*, 13, 1938, págs. 263-266). < <

[127] De este historiador, mencionado en otras dos ocasiones por Jordanes (cfr. *infra* § 82 y 117), no tenemos apenas noticias fiables. Mommsen lo consideró autor de una primitiva *Historia Gótica* muy dependiente de la del griego Dexipo y de la que se habría servido Casiodoro para elaborar la suya. Sin embargo, podría tratarse también de un autor griego cuyas obras habrían podido llegar directamente a manos de Jordanes durante su estancia en Constantinopla. Cfr. R. Hachmann, «Ablabius und der Autor der Westgotengeschichte», *Die Goten und Skandinavien*, Berlín, 1970, págs. 59-109. < <

[128] Se trata de Flavio Josefo (ca. 37-101 d.C.), historiador de origen judío afincado en Roma, que en el libro primero se sus *Antigüedades Judaicas* considera a Magog, hijo de Jafet (cfr. *Vulg.*, gen., 10, 2) el padre de la estirpe escita (Ioseph., *ant.*, 1, 6, 1). A partir de aquí, muchos historiadores posteriores, entre los que se encuentran San Jerónimo o San Isidoro de Sevilla, identificaron a los godos con los antiguos escitas, que aparecen en la literatura clásica desde Heródoto (vid. Isid., *etym.*, 9, 1, 27). Jordanes parece querer poner de relieve la falsedad histórica de esta filiación. < <

[129] El Ister es el río Danubio, como explica Jordanes posteriormente (cfr *infra* § 31) La laguna Mursiana era una zona pantanosa conocida en la Antigüedad como Hiulca que se hallaba en la región de Panonia, en la actual Hungría. < <

130 Jordanes confunde en esta descripción dos nombres diferentes de un mismo río con dos ríos distintos, puesto que Tiras es la denominación griega del Dniéster (en latín Danastrum) El Vagosola es el río Bug (antiguo Hypams), que desemboca en el mar Negro cerca del estuario del Danapro, el actual Dniéper, conocido en la Antigüedad por su nombre griego Borysthenes (cfr *infra* §44) < <

[131] El monte Tauro es una cordillera montañosa situada en la actual península de Crimea, conocida en la Antigüedad como Chersonesus Taurica Jordanes lo distingue de la cadena del Tauro de la antigua Asia Menor, en el sur de la actual Turquía. < <

[132] La Meotida es lo que hoy se conoce como mar de Azov, al sur de Ucrania. < <

[133] En el contexto de esta descripcion hay que entender que el Bósforo no es el estrecho que une el mar Negro con el mar de Mármara (antiguo *Bosphorus Thracius*), sino que se trata del actual estrecho de Kerch, entre el mar de Azov y el mar Negro (llamado en la Antigüedad Bosphorus Cimmerius) < <

[134] El Araxes es el actual río armenio Araks, que confluye con el Kura para desembocar efectivamente en el mar Caspio. < <

[135] Del noroeste de Europa. < <

[136] Esta misma imagen del hongo es empleada por Casiodoro en sus *Variae* (3, 48, 2) para describir gráficamente la forma de un monte. < <

[137] El país de los hunos, cuyo origen e historia legendaria abordara Jordanes mas adelante (cfr *infra* §§ 121 29), estaba situado en las estepas del norte del Caucaso, mientras que los albanos se asentaban en la zona oriental de esta cordillera, junto a la costa del mar Caspio Por su parte, a los seres, llamados asi por dedicarse al comercio de la seda (en latín *sera*), se los identifica habitualmente con los chinos. < <

[138] *Arctus* o *arctuus* en latín es la constelación de la Osa Menor y, como punto de referencia geográfico, el polo norte, de ahí el adjetivo «ártico» < <

[139] Iberia ocupaba en la época clasica la porción de territorio que ocupa hoy día la República de Georgia, en la zona oriental del mar Negro, designado sistemáticamente en nuestra obra como Ponto o mar del Ponto < <

[140] *Vid* nota Antenor. < <

141 En efecto, la mayor parte de estas ciudades fueron fundaciones griegas en el litoral de mar Negro Olbia y Boristenide parece que eran la misma ciudad (cfr Strabo, *geogr*, 7, 3, 17) en origen colonia de Mileto. Pompomo Mela (*geogr*, 2,1, 6) y Plinio el Viejo (*nat*, 4, 87) nos hablan de Mirmicion y Teodosia (actualmente Feodosia), en la península de Crimea En el extremo oriental de esta península se hallaba Careonte (la *Panticapaeon* griega), actual Kerch, junto al estrecho del mismo nombre Quersone es probablemente la actual Eupatona, también en Crimea, y Trebisonda se corresponde con la ciudad de Trabzon, en el norte de Turquía. < <

[142] El Tanáis es el río Don, que nace en las alturas de la Rusia Central, al sudeste de Moscú y desemboca en el mar de Azov. Los montes Rífeos fueron situados por diversos autores de la Antigüedad clásica en la parte más septentrional de Escitia. La fuente de este pasaje es Oros , *hist*, 1, 2, 4-5. < <

[143] El paso equivale aproximadamente a 1,48 metros y la braza a 1,67. El perímetro de esta región sería por tanto de 213 kilómetros y su profundidad aproximada de 13 metros. < <

[144] Sobre el origen mítico de este pueblo y su relación con los godos, según Jordanes, cfr *infra* § 94. < <

[145] El Tisia es el actual río Tisza, afluente del Danubio y el más importante de Hungría. El Aluto se corresponde con el Olt, que nace en los Alpes Transilvanos, a los que alude Jordanes en el párrafo siguiente, y atraviesa Rumania hasta desembocar también en el Danubio. La explicación de la situación geográfica de los ríos se basa en este pasaje en los nombres tradicionales de los vientos, el Aquilón es el viento del norte; el Coro el del noroeste; el Ábrego sopla desde el sur o sudeste y la aurora caracteriza a la zona oriental. < <

[146] La antigua Dacia se corresponde con el territorio de la actual Rumania y una pequeña parte del este de Hungría. Se extendía desde los Cárpatos en el norte, hasta el río Danubio en el sur, y desde el río Dniéster en el este hasta el río Tisza en el oeste. Estuvo habitada por los dacios, originarios de Tracia, y los getas. En una serie de campañas entre los años 101 y 107, el emperador Trajano conquistó Dacia, convirtiéndola en una provincia romana. < <

[147] No se trata de la Cordillera Alpina occidental, sino de los Alpes Transilvanos, que constituyen una prolongación meridional de los Cárpatos rumanos. < <

[148] Sobre los vénetos, cfr. *infra* § 119. < <

[149] Los esclavenos suelen identificarse con los eslavos, mientras que los antes constituirían una rama desgajada de este pueblo que vivía a lo largo de la costa del mar Negro entre los ríos Dniéper y Dniéster Cfr G. Vernadsky, «Goten und Anten ín Sudrussland», *Sudost-Forschungen*, 3, 1938, págs 265 279 y N Zupamc, «Die Anten Ursprung und Namen», *Actes du III Congres d'Études Byzantmes*, Atenas, 1932, págs. 331-339. < <

[150] Ciudad de la Mesia Inferior cercana a la actual Isaccea al este de Rumanía, junto a la frontera ucraniana. < <

[151] Vid supra § 30. < <

[152] Este territorio d«las bocas del Vístula perteneciente a la antigua Prusia oriental recibía el nombre de Widland, que parece estar emparentado con la denominación del pueblo al que alude Jordanes. < <

[153] Habitantes de la costa del Báltico y antepasados de los actuales estonios. < <

[154] Estas «desgracias» son, sin duda, las invasiones de Tracia e Iliria realizadas por los búlgaros en la primera mitad del siglo VI d C. Jordanes se ocupa de estas invasiones de forma más pormenorizada en sus *Romana*, § 388. < <

[155] Cfr.*supra* § 32y n. 53. < <

[156] Se refiere al sometimiento de los ostrogodos por parte de los hunos tras la muerte del rey Hermanarico (cfr *infra* § 130). < <

[157] Heródoto afirma que Zalmoxes transmitió a los getas la doctrina sobre la inmortalidad del alma que había aprendido de Pitágoras, aunque conjetura que tal vez pudiera tratarse de una divinidad de este pueblo (*hist*, 4, 94-96) Apuleyo, basándose en datos de Platón, lo considera un antiguo mago tracio (apol, 26, 8-11). < <

[158] Sobre Deceneo, del que habla también Estrabón (*geogr*., 7, 3, 5-11) y es mencionado posteriormente por Jordanes en § 67, vid R. Iordache, «Portrait de Décéneus dans les Getica de Iordanes, ou remarques sur le processus d'éducatión chez les Géto-Daces du temps de Burébistas», *Mediterráneo Medievale. Studi in onore di F Giunta*, Altomonte, 1987, págs. 619-628. < <

[159] Dión Casio (*hist.* 68, 9) habla de «*piloforoi*» (portadores de gorro de fieltro) para denominar a estos personajes de mayor dignidad. Jordanes explica el origen de esta denominación en los §§ 71-72, aunque su fuente no es probablemente Dión Casio, sino Dión Crisostomo, autor griego (ca. 40-120 d.C.) que escribió también una *Historia de los getas* donde menciona igualmente esta costumbre (cfr. Dio., *or*, 23, 2). < <

[160] Cfr Virg., *Aen.*, 3, 35. «Gradivo» *file* en su origen un sobrenombre de Marte relacionado con el verbo latino *gradior* (aprestarse al combate) y luego pasó a ser, especialmente en los poetas latinos, sinónimo del dios. Sobre el uso de la obra de Virgilio por parte de Jordanes, vid *supra* n 14. < <

[161] Sobre la genealogía de estas dos familias reales godas, cfr. *infra* §§ 146 y 79-81 respectivamente. < <

[162] El verso pertenece a la *Farsalia* (8, 221) de Lucano (39-65 d.C). Este poeta nació en Córdoba y era miembro de la misma familia que Séneca Al considerarlo más historiador que poeta, Jordanes repite un tópico antiguo (cfr. *Mart.*, 14, 194, *Serv*, 1, 382 o Isid , *etym*, 8, 7, 10), ya que aunque la *Farsalia* se concibe como poema épico, Lucano eliminó casi totalmente la intervención divina y el aparato mitológico de la explicación de los acontecimientos históricos, aproximándose así a la técnica historiográfica. < <

[163] Sobre Fritigerno, cfr. infra § 134, sobre Vidigoya § 178. < <

[164] Cfr. Oros., *hist.*, 1, 14 ss. Orosio denomina Vesozes al faraón egipcio al que los historiadores griegos llaman Sesostris (cfr Herod., *hist*, 2, 102-110 o Diod. Sic, 1, 53 58), al que se ha identificado con Ramsés II, y que habría realizado grandes conquistas en Tracia y la India. < <

[165] La fuente literal de este pasaje sobre el río Don es Pomponio Mela (*geogr*, 1, 115) < <

[166] Este § 46 constituye una paráfrasis de las informaciones suministradas por Mela, *geogr*, 2, 6-7. La información sobre los peces del Dniéper la transmite también Solmo (15, 1) de una forma más próxima a la de Jordanes que la de Mela Según Mela (2, 7) la fuente Exanfeo no vertería sus aguas en el Dniéper, como afirma aquí Jordanes, sino en el Bug (*Hypanis*). < <

[167] Hipanis aparece tanto en Mela (*geogr*) como en Plinio (*nat*, 4, 84) como un río, el Bug (denominado por Jordanes Vagosola en el § 30), y no como una ciudad. < <

[168] Mela (*geogr*, 2, 98) y Plinio el Viejo (*nat*, 4, 83) sitúan también esta isla «Aquilea» en la desembocadura del Dniéper y explican que se llama así por hallarse en ella la tumba de Aquiles. < <

[169] *Sc* entre el Dniéper y el Don (Tanáis). < <

[170] Este no es el actual Rioni, que surca las tierras bajas de la región de Calchis, en la actual república de Georgia, y desemboca en el mar Negro. < <

[171] Los faisanes. < <

[172] Se trata de la antigua Asia Menor, región que correspondía a la actual península turca de Anatolia. < <

[173] Los medos eran un pueblo de origen indoeuropeo que ocuparon la zona situada entre el mar Caspio y el golfo Pérsico en el primer milenio a C junto con los persas, que estuvieron sometidos varios siglos a su dominio. < <

[174] Se ha perdido casi la totalidad la obra de este historiador de finales siglo I a C denominada *Historia Universal*, que parece haber utilizado Jordanes (o tal vez Casiodoro, en su obra primitiva) como fuente. Sin embargo, conservamos algunos fragmentos reproducidos por otros autores y, sobre todo, un epitome de la misma titulado *Historias Filípicas*, realizado posteriormente por el historiador Justino (siglos III-IV d C) De el parecen proceder algunos de los datos del § 47 sobre el enfrentamiento entre Tanausis y Vesosis (cfr Ivst ,1,1,6 y 2, 3, 8) y otros posteriores sobre las Amazonas de los §§ 51 52. < <

[175] Justino (*epit*, 41, 1 12) afirma que partos significa etimológicamente «exiliados» (*exules*), no «fugitivos» (*fugaces*), como asegura Jordanes. < <

[176] Este relato legendario de la relación entre godos y Amazonas parece tener pocos visos de verosimilitud, si se exceptúa el hecho de que las mujeres de los godos podrían haber formado parte de su ejército. Sin embargo, Justino (*epit*, 2, 4, 12 14) y Orosio (*hist*, 1, 16,1) coinciden en numerosos puntos con el relato de Jordanes. < <

[177] Verg., *Aen*, 6, 471. Este verso virgiliano no se refiere al monte Cáucaso, sino a las canteras de mármol existentes en la isla egea de Paros. < <

[178] Podría tratarse de un desfiladero que atraviesa la cordillera de Elburz, que se extiende a lo largo de la ribera del mar Caspio, al norte de Irán. < <

[179] Los lazos fueron, efectivamente, aliados del emperador Justiniano en su guerra contra los persas del 549 (dos años antes de que Jordanes escribiera esta obra). < <

[180] Se trata del Kizil Irmak (Río Rojo), que atraviesa Turquía y desemboca en el mar Negro. < <

[181] La actual ciudad turca de Cankin, llamada también en la Antigüedad Germanicopolis. < <

[182] El templo de Artemisa (Diana) en Éfeso era considerado una de las siete maravillas del mundo antiguo. No hay constancia de que las Amazonas contribuyeran en modo alguno a su construcción. Sin embargo, lo que sí es cierto es que fue saqueado y destruido por los godos en el año 262 d.C, como narra posteriormente Jordanes en el § 107. < <

[183] Cfr. § 50. < <

[184] Muchos de estos datos ofrecidos en la descripción del Cáucaso tienen como fuente la obra de Julio Solino, escritor del siglo III d.C. y autor de una *Colección de asuntos memorables* (*Collectanea rerum memorabilum*), que son una compilación de la *Historia Natural* de Plinio el Viejo. < <

[185] Mar Rojo era la antigua denominación del actual Golfo Pérsico. < <

[186] El Ciro es el actual Kura, el mayor de los ríos transcaucásicos, que discurre por Turquía, Georgia y Azerbaiyán. El Cambises es el Jora, un afluente del Kura. Sobre el Araxes, cfr. supra § 30. < <

[187] En realidad no se trata de las aguas del Danubio (Ister), sino de las del Dniéper. < <

[188] Cfr supra § 30. < <

189 «Puertas Cilicias» es el nombre que recibe desde la Antigüedad el desfiladero turco de Gulek Bogazi en la cadena del Tauro Escita. Sobre las «Puertas Caspías», cfr. supra § 50 La fuente de todo este pasaje es sin duda Solino (38,12-13) < <

[190] Jordanes prolonga aquí desmesuradamente la extensión del Cáucaso, incluyendo cadenas montañosas del Kurdistán, como los montes Zagros, e incluso de Afganistán y Asia central, como el Hunalaya (Yammo). < <

[191] Esta misma información sobre los crueles hábitos de las Amazonas se encuentra también en Justino (2, 1, 9 11) y en Orosio (*hist*, 1, 15, 3). < <

[192] Hipólito era en la mitología griega el hijo de Teseo del que se enamoro perdidamente su madrastra Fedra e inspiro la tragedia homónima de Eunpides. Su madre Hipólita era hija de Ares (Marte) y reina de las Amazonas. < <

[193] Pentesilea murió a manos de Aquiles durante la guerra de Troya como castigo por haber prestado ayuda a los troyanos durante la contienda. < <

[194] Cfr Oros.*hist*, 1, 16,4. < <

[195] Dión Crisostomo, citado por Jordanes antenormente en el § 40. < <

[196] La fuente de este pasaje es la *Historia de la guerra de Troya* (c 2,4), escrita originariamente en griego por Dictis de Creta a finales del siglo I d C, que se nos ha conservado gracias a la traducción latina realizada en el siglo IV por un tal L Septimio Sin embargo, resulta difícil saber si la fuente originaria de este pasaje fue el original griego o la versión latina posterior. Vid a este respecto H. Haupt, «Zu Jordanes und Dictys Cretensis», *Philologus*, 43,1884, págs 546-565; *ibid* sup 5, 1884, pags 1 96 < <

[197] Jordanes confunde aquí la antigua región de Misia, que luego formó parte de la provincia romana de Asia Menor, en el noroeste de la actual Turquía (donde parece ser que reino Télefo y lucho contra los griegos) con la de Mesia, al sur de lo que es actualmente Bulgaria. En la descripción de los limites de Mesia sigue Jordanes casi literalmente el texto de los capítulos dedicados a la geografía universal de la Historia de Orosio (cfr *hist*, 1, 2, 55) < <

[198] Cfr Dictis, 2, 2-10y4, 14-17. < <

[199] Ciro II el Grande (ca 600-529 a.C.) era hijo de Cambises I y miembro de la dinastía Aqueménida, que logró imponerse a los medos y consolidar el imperio persa. < <

[200] Justino (el compilador de la obra de Trogo) relata, en efecto, los sucesos de esta guerra contra los escitas de forma muy similar a Jordanes. Cfr. Iust., *epit.*, 1, 8. < <

[201] Tómiris (o Tamiris, según otras fuentes) era en realidad reina de los masagetas, ca 530-528 a.C. Este antiguo pueblo escita estaba asentado al norte del mar Caspio y fue sometido posteriormente por Alejandro Magno. < <

[202] Esta región coincidía con los límites de la actual Dobrudja, al nordeste de Bulgaria y al sudeste de Rumania, entre el Danubio inferior y el mar Negro. < <

[203] Tomis es la actual Constanza, en el sudeste de Rumania, famosa por haber sido el lugar donde fue desterrado el gran poeta latino Ovidio. < <

[204] Darío I fue rey de Persia entre el 521 y el 486 a.C. aproximadamente Esta guerra contra los escitas tuvo lugar hacia el año 513 a.C, como relata Orosio (hist., 2, 5, 8), que es la fuente directa de Jordanes para este pasaje. < <

[205] Calcedonia era un antiguo puerto de Bitinia, en el mar de Mármara, en el extremo sur del estrecho del Bósforo, frente a Bizancio (Constantinopla). Actualmente el suburbio de Kadikoy en Estambul ocupa su antiguo emplazamiento. < <

[206] Jerjes fue rey de los persas del 486 al 465 a.C. Tanto Orosio (*hist.*, 2, 9, 4) como Justino (*epit*, 2, 10, 18) nos hablan de los formidables efectivos de su ejército, pero no indican que sostuviera ninguna guerra contra los escitas. De hecho, sólo cruzó el Helesponto (actual estrecho de los Dardanelos) en la Segunda Guerra Médica para luchar contra los griegos. < <

[207] Filipo II fue rey de Macedonia entre el 356 y el 336 a.C. < <

[208] El mismo Dión Crisóstomo citado en los §§ 40 y 58. < <

[209] La ciudad Odesitana (Odessus) es la actual Varna, al este de Bulgaria, en la costa del mar Negro. Sobre Tomis, cfr. supra § 62. < <

[210] Jordanes confunde a Perdicas, general de Alejandro Magno, con Radicas II, rey de Macedonia, contra el que Sitalco luchó en el 429 a C., como cuenta Tucídides en su *Historia de la guerra del Peloponeso*, 2, 96-98. < <

[211] Buruista (o Burebista) fue rey de los dacios (Dacia es lo que aquí denomina Jordanes Gotia) en el siglo I a C. Sila fue proclamado dictador de Roma el año 82 a.C < <

[212] Jordanes presenta a Deceneo como el gran educador de la nación goda en los §§. 69 72. Sobre su historicidad y simbolismo, vid R. Iordache, «Por trait de Déceneus dans les *Getica* de Iordanes, ou remarques sur le processus d'éducation chez les Géto-Daces du temps de Burebistas», *Mediterráneo Medievale Studi in onore di F Giunta*, Altomonte, 1987, v 2, págs 619-628. < <

[213] Sobre la distinción de Jordanes entre «francos» y «germanos», vid V. Iliescu, «Germanorum terras quas nunc Frana optinent? Zu Jordanes, *Getica* 67», *Philologus*, 115, 1971, págs 137-146. < <

[214] Tiberio fue emperador romano del año 14 al 37 d.C. y es considerado tercero en la sucesión de emperadores de Roma, ya que Jordanes considera a Julio César el primero de ellos. < <

[215] Los historiadores del Derecho, especialmente los romanistas, han discutido mucho sobre el sentido de esta afirmación de Jordanes. Para algunos autores este pasaje podría confirmar la pervivencia de un antiguo derecho consuetudinario germánico con base escrita. El termino «*belágines*», en efecto, parece proceder de la antigua raíz germánica *lag* con el sentido de *lex* o *ius* (cfr. J Grimm, *Deutsche Rechtsaltertumer*, v. 2, Leipzig, 1922, pag 541). Sin embargo, Isidoro de Sevilla (f636) afirma en sus *Historias de los godos, vándalos y suevos* (c 35) que los godos no tuvieron leyes escritas hasta época de Eurico (466-485 d.C) < <

[216] Cfr. supra § 40. < <

[217] I. e, «Cabelludos». < <

[218] La antigua provincia de Dacia, situada al norte del Danubio, conquistada por Trajano en el 107 (cfr. *supra* § 34), fue abandonada por Aureliano en el 275, y la nueva provincia (al sur de este río) fue a su vez subdividida en dos, la Dacia Ripuana (más al norte) y la Dacia Mediterránea (al sur). < <

[219] Los roxolanos estaban asentados entre el Don y el Dniéper, en la actual Moldavia; los yázigos entre el Tisza y el Danubio, los basternas vivían en las tierras situadas al norte de los Cárpatos; finalmente, los sármatas, procedentes de las regiones del Vístula, se unieron a los dacios y getas en el siglo I d.C. sobre el río Aluto, cfr. *supra* § 33. < <

[220] Los alamanes formaban una confederación de tribus germánicas asentadas entre el alto Rin y el Danubio. < <

[221] 1.776 kilómetros (en realidad este no tiene una longitud de 2.850 kilometros) < <

[222] Los besos eran un pueblo tracio que vivía junto a la desembocadura del Danubio. < <

[223] Unos 59 metros y medio. < <

[224] Domiciano fue emperador en los años 81-96 d C , pero durante su reinado no sostuvo ninguna guerra contra los godos, sino una serie de campañas contra los dacios del rey Decébalo, que fue verdaderamente quien hizo varias incursiones en la zona danubiana entre el 85 y el 89 d C. Más tarde (88-92 d C) hubo de enfrentarse también en esta zona a las revueltas de los cuados, sármatas, yázigos y marcomanos. < <

[225] Opio Sabino era el legado imperial en Mesia. Había sucedido a Fonteyo Agripa (gobernador de Mesia del 69 al 70 d C) y murió en el curso de la guerra dacia en el 86 d C. < <

[226] Dorpaneo era en realidad el predecesor de Decébalo en el reino de los dacios. < <

[227] Cornelio Fusco fue derrotado por los dacios junto con toda una legión, la *V Aludae*, en el 86 d C. Cfr *infra* § 78. < <

[228] Esta denominación mítica de los guerreros godos sirve para conectar la estirpe de los Ámalos, cuya genealogía se presenta a continuación, con las an tiguas divinidades guerreras germánicas como Tor u Odin. < <

[229] Toda esta genealogía, sin duda basada en elementos totalmente legendarios, aunque con algunos personajes verdaderamente históricos, está encaminada a justificar el poder real de la dinastía amala de Teodonco el Grande y, por extensión, de todo el pueblo ostrogodo Las diecisiete generaciones que van de Gapt a Atalarico son las mismas que presenta Casiodoro en sus *Variae* (9, 25, 4) y su número es el mismo que el de las romanas desde Eneas a Rómulo, lo cual hace sospechar que Jordanes trata de asimilar la grandeza de la realeza gótica con la romana. < <

[230] Para una versión más detallada de la historia de Matesuenta y Vitigis, cfr. *Infra* §§ 311-13. < <

[231] Cfr *supra* § 28. < <

[232] Esta misma idea la expone Jordanes en el § 42 *supra*. Sin embargo, hay indicios de que la división entre ostrogodos y visigodos podría remontarse ya a su primitivo asentamiento escandinavo (cfr *supra* nuestra nota al § 27). < <

[233] Cfr *supra* § 38. < <

[234] Quinto Aurelio Mermo Símaco fue un influyente patricio romano, cónsul con Odoacro en el 485, jefe del Senado desde el 523 y suegro de Boecio. Fue autor de una *Historia Romana* de la que sólo se conserva este fragmento citado por Jordanes. Se discute si la obra de Símaco fue ya fuente de la *Historia de Casiodoro* o si estos datos fueron añadidos posteriormente por Jordanes como fruto de su investigación posterior. Vid. a este respecto el estudio de W. Ensslin, *Des Symmachus Historia Romana al Qulle fur Jordanes*, Munich, 1949. < <

[235] Cayo Julio Vero Maximino fue emperador del 235 al 238 d.C. Sucedió en el trono a Alejandro Severo (222 235 d.C.). < <

[236] Maximino era devoto del Sol Invictus (como aparece representado en sus monedas) y un firme partidario de la restauración de la religión pagana. Por ello persiguió enérgicamente a obispos, sacerdotes y otros jerarcas de la Iglesia. < <

[237] Septimio Severo, emperador del 192 al 211 d.C. < <

[238] 2,36 metros. < <

[239] La mayoría de estos datos anecdóticos sobre el emperador Maximino, así como sobre su origen tracio y sus cualidades personales están tomadas casi literalmente de la Vita Maxumini atribuida a Julio Capitalino Cfr. *Historia Augusta*, Max., 1-5. < <

[240] Antonino Caracalla era hijo de Septimio Severo y ocupó el trono ímperial entre el 211 y e l217d.C. < <

[241] Macrino subió al poder en el 217 después de participar en el complot por el que el centurión Julio Marcial asesinó a Caracalla. < <

[242] Emperador del 218 al 222 d.C. < <

[243] Severo Alejandro fue acusado de cobardía por sus soldados y asesinado en marzo del 235 d.C, lo mismo que su madre Mamea, a la que se acusaba también de avaricia y de injerencia en los asuntos de Estado. < <

[244] La persecución de los cristianos por parte de Maximino aparece narrada en Orosio (*hist.*, 7, 18, 8). < <

[245] Sobre esta ciudad, cfr. *infra* § 219. < <

[246] Lo cierto es que a la muerte de Maximino el trono no pasó a ningún Filipo, sino a Gordiano III, que reinó hasta el 244 d.C, cuando fue asesinado por Filipo el Árabe, emperador hasta el 249 d.C. < <

[247] Los marcomanos eran un pueblo de origen germánico que se había trasladado a la región de Bohemia después de desgajarse de los suevos. Los cuados estaban asentados en lo que hoy es la región de Moravia. < <

[248] El hijo de Filipo el Árabe, llamado también Filipo, fue proclamado Augusto por su padre el año 247, cuando efectivamente se celebraba el milenario de la fundación de Roma (753 a.C). Aunque ya Eusebio Jerónimo mencionan en su *Crónica* que fue cristiano, parece ser que este emperador se mantuvo fiel a la religión pagana, aunque practicó una política de tolerancia con los cristianos, permitiendo incluso que obispos cristianos ocuparan cargos públicos. < <

[249] Sobre este rey godo, cfr. *infra* §§ 90-92 y 98-100. < <

[250] Gayo Mesio Quinto Decio era un general de Filipo el Árabe de origen ilirio. Cuando fue enviado por éste al Danubio para rechazar a los godos fue aclamado como emperador por sus tropas y se enfrentó a las de Filipo en Verona en el 249 d.C, donde lo venció. Fue emperador hasta el 251 d.C. < <

[251] Los asdingos constituían una de las dos ramas del pueblo vándalo. Los taifalos y los carpos eran vecinos de los godos y habitaban en el curso inferior del Danubio Esta guerra tuvo lugar entre los años 244-248 d C. Finalmente fueron vencidos por Galeno y Diocleciano en el 295 y trasladados a Panonia. < <

[252] La actual Provadija, cercana a Varna, al este de Bulgaria. < <

[253] Cfr. supra § 25. < <

[254] Este término parece tener relación con la denominación de «oium» que, según Jordanes, dieron los godos al primitivo territorio de Escitia (cfr *supra* § 27). A este vocablo (que parece querer significar «llanura») se habría unido después el gentilicio *gepid-* para formar el topónimo «gepidoios». < <

[255] Sobre los vidivanos, cfr *supra* §36. < <

[256] Este pueblo germano occidental asentado entre el Oder y el Vístula aparecerá posteriormente con frecuencia en el relato de Jordanes (cfr. *infra* §§161, 191,238,244, etc.). < <

[257] Esta batalla debió de tener lugar cerca de Galati, al oeste de Rumanía, cerca de la frontera con Moldavia. < <

[258] La actual ciudad búlgara de Svishtov en la frontera del Danubio. < <

[259] Cayo Vibio Treboniano Galo era gobernador de Mesia Inferior en el 251 d.C. y fue proclamado emperador por sus legionarios este mismo año cuando contaba 95 años de edad. < <

[260] Nicópolis es la actual Nikup, junto al río Jantra (Yatro) en Bulgaria. < <

[261] Filipópolis es actualmente Plovdiv, capital de la región búlgara de Rumelia Oriental. El monte Hemo es la denominación antigua de los Balcanes. < <

[262] La toma de esta ciudad tuvo lugar en el 250 d.C. < <

[263] Lucio Prisco era el gobernador romano de Macedonia y hermano del antiguo emperador Filipo. Los godos lo proclamaron emperador para enfrentarlo a Decio. < <

[264] La muerte de Decio tuvo lugar en agosto del 251 d.C. Abrito es la actual ciudad búlgara de Tolbujin, en la región de Dobrudja. < <

[265] Volusiano era hijo de Trebomano Galo (cfr *supra*§ 100). < <

[266] Se refiere a la que había comenzado en Egipto en el año 441 d.C. y se extendió al año siguiente hasta Constantinopla. < <

[267] La noticia sobre esta peste la toma seguramente Jordanes de la *Crónica* de Jerónimo, donde se cita también a Dionisio de Alejandría (obispo de esta ciudad entre el 248 y el 265) y a Cipriano de Cartago (autor en efecto de una obra titulada *De mortalitate*), que murió precisamente en la persecución de Decio del 258. < <

[268] Marco Emilio Emiliano, gobernador romano de Panonia y Mesia, venció a la coalición de carpos, boranos, sármatas, godos y burgundios en el 253 d C. y fue proclamado emperador por sus tropas. Se dirigió a Italia, pero allí fue asesinado por sus propios soldados, que proclamaron emperador a Valeriano. < <

[269] Este acuerdo fue firmado en el 251 y gracias a él los godos pudieron rearse a sus tierras de la otra orilla del Danubio con sus prisioneros y ganados y recibieron una contribución anual del Imperio. < <

[270] Galieno era hijo de Valeriano y reinó junto con él del 253 al 260 d.C. < <

[271] Cfr. *supra* § 51. < <

[272] Sobre el emplazamiento de esta ciudad, cfr. *supra* § 63. < <

[273] Constantinopla. < <

[274] Jordanes confunde aquí con dos ciudades diferentes dos nombres de la misma ciudad (Troya e Ilión) Por otro lado, resulta bastante exagerado afirmar que esta ciudad no se había repuesto todavía (ca 259 d.C.) de una guerra que había tenido lugar más de mil seiscientos años antes. < <

[275] Anquialo es la actual Pomorie, en la costa búlgara del mar Negro. Jordanes confunde ahora esta ciudad tracia con otra del mismo nombre situada en Cilicia (Turquía), que habría fundado el legendario rey Sardanápalo. Estas devastaciones godas de Asia menor debieron de tener lugar hacia el 260-261 d C. < <

[276] Unos 18 kilómetros. < <

[277] Se trata en realidad de Galeno (cuyo nombre completo era Cayo Valerio Galeno Maximiano) que utilizó tropas auxiliares godas en su campaña contra los partos del 296 y derrotó a al rey sasánida Narsés en el 297 d.C. < <

[278] Diocleciano fue proclamado emperador por sus tropas en el 284 d C En el 285 asoció al trono a Maximiano (al que Jordanes denomina Maximiano Hercúleo) con el título de César y un año más tarde le concedió el de Augusto. Le confió también el gobierno de la parte occidental del Imperio, mientras él se reservaba el de la oriental. En el 293 nombró cesares a Galerio y Constancio Cloro, creando así el sistema de reparto de poder conocido como Tetrarquía. < <

[279] Los quinquegencianos eran una federación de cinco pueblos moriscos que invadieron la provincia romana de África en el 296. < <

[280] Constantino I el Grande era hijo de Constancio Cloro y fue emperador romano del 306 al 337 d.C. Licinio Liciniano era colega suyo en el imperio (y también pariente, como indica Jordanes, porque estaba casado con su hermanastra Constancia), pero desde el 314 comenzó la lucha entre ambos hasta que finalmente Licinio resultó vencido en el 324 y condenado a muerte. De este modo el imperio Romano quedo nuevamente en manos de un único emperador. < <

281 Constantinopla. < <

[282] Este pacto fue firmado en el 332 d.C, comprometiéndose los romanos a suministrar alimentos y contribuciones anuales a los godos a cambio de sus tropas «federadas». < <

[283] Publio Herennio Dexipo fue un historiador griego del siglo III d.C. que escribió una obra titulada *Skythiká* (*La guerra de Escitia*) sobre las invasiones germánicas del 238 al 270 de la que solo se nos han conservado algunos fragmentos (cfr. en este caso el frag., 24). < <

[284] El río Grisia es el Koros, que discurre por el territorio oriental de Hungría y al que vierten sus aguas los ríos rumanos Crisul Rápido (Miliare) y Crisul Negro (Gilpil). El Marista es probablemente el río rumano Muresul. < <

[285] Una tribu germánica que habitaba en la región del Elba. < <

[286] La recepción de los vándalos por Constantino en Panonia tuvo lugar en el año 334 d C. Sobre la invasión de las Galias a instancias de Estilicón, cfr.*infra* § 154-155 y 161. < <

[287] Se trata de una serie de tribus localizadas en diversos territorios que se extienden desde la Rusia central y septentrional en las cuenca del Volga y los Urales hasta la Rusia más meridional cercana al mar Negro. Sin embargo, la deformación de muchos de estos nombres no permite una localización exacta de los mismos. Cfr. a este respecto I. Korkkanen, *The peoples of Hermanarico, Jordanes, Getica 116*, Helsinki, 1975 y G Schramm, «Die nordostlichen Erobe rungen der Russlandgoten (Merens, Mordens und andere Volkemamen bei Jordanes Getica XXIII, 116)», *Fruhmittelalterliche Studien*, 8, 1974, págs. 1-14. < <

[288] Los hérulos procedían, igual que los godos, de la zona de Halland, en Suecia. Desde allí pasaron a la zona del Vístula y se asentaron definitivamente en la desembocadura del Don y la ribera oriental del Mar de Azov (laguna Meótida). Sobre este pueblo, *vid*. E. Demougeot, *La formation de l'Europe et les invasions barbares*, v. 1, Paris, 1969, págs 419-422. < <

[289] Los vénetos habitaban por esta época la región del alto Volga. Sobre los antes y esclavenos, cfr. *supra* §§ 34-35. < <

[290] Sobre este pueblo, cfr *supra* §36. < <

[291] Cfr. Oros., *hist.*, 7, 33, 10. < <

[292] Cfr. *supra* §§ 26-27 y 39. < <

[293] Prisco de Panio acompañó al general Maximino en la embajada que dirigió Teodosio II a Atila en el 448 d.C. y escribió sus impresiones sobre esta legación en un texto que se nos ha conservado y que sirvió de fuente a Jordanes. Fue también autor de una *Historia Bizantina* y sobre Atila en ocho libros que se ha conservado fragmentariamente y que suministró material a Jordanes para su historia en la parte relacionada con Atila y los hunos. Sobre la relación entre ambos escritores, *vid* D. Romano, «Due storici di Atila. Il greco Prisco e il goto Jordanes», *Antiquitas*, 2, 1947, págs. 65-71. <<

[294] El relato de la cierva guía de los hunos se encuentra también en Procopio (*bell. Goth.*, 4, 5) y seguramente se encontraría también en Prisco, de donde debió de tomarlo Jordanes. < <

[295] Los alanos eran un pueblo de origen sármata que había emigrado desde el siglo I de nuestra era desde las regiones caucásicas al norte del mar Caspio hasta las provincias orientales del Imperio Romano. < <

[296] Amiano Marcelino, autor del siglo IV d.C, presenta un retrato sobre la rudeza de este pueblo muy semejante al de Jordanes (cfr. *hist.*, 31, 2, 21) y es muy probable, dadas las similitudes textuales, que haya sido su fuente directa. < <

[297] Cfr. *supra* §§ 116-120. < <

[298] Parece ser que los rosomonos pertenecían a la familia de los hérulos (vid. O. Geschwantler, «Zum namen der Rosomonen und an Jónakr», *Sprache*, 17, 1971, págs. 164-176). < <

[299] Esta anécdota tiene probablemente su base en una antigua saga gótica que no se nos ha conservado en otros autores, pero sí en leyendas transmitidas oralmente en algunos países escandinavos. Lo que sí parece claro es que no tiene ninguna relación directa con la historia de Hermanarico y los hunos y que ha sido aprovechada por Jordanes para justificar la victoria de los hunos sobre los godos. < <

[300] Según Amiano Marcelino (*hist.*, 31, 3,2) Hermanarico se habría suicidado abrumado por tan grandes males. Jordanes elimina este detalle de la historia, puesto que no conviene en absoluto a su propósito de engrandecer los orígenes de la dinastía amala, a la que este rey pertenecía. < <

[301] Romanía es el termino tardío utilizado por diversos autores para designar el territorio del Imperio Romano, en oposición a los territorios godos, que se denominan en nuestra obra «Goda» Sobre la extensión de este termino, *vid* J Zeilet, «L'apparition du mot Romanía chez les ecrivains latins», *Revue d'Etudes Latines*, 7, 1929, pags 194-198. < <

[302] Valente fue elegido emperador en febrero del año 364 d C y se repartió el Imperio con su hermano Valentiniano En el 365 renovó el tratado del 332 con los godos que los había convertido en federados de los romanos y les concedía un estipendio anual para que defendieran las fronteras dacias establecidas por Constantino. < <

303 Aunque probablemente la conversión de los visigodos tuvo lugar en este periodo, los pnmeros contactos con el cristianismo de este pueblo se remontan sin duda a una época anterior Las primeras persecuciones se sitúan en los años 347-348, asi como la predicación de Ulfila, del que tratara posteriormente Jordanes (cfr *infra* § 267) < <

[304] Aunque esta noticia sobre la intervención del emperador Valente en la conversión de los godos al arrianismo la confirman también Orosio (*hist.*, 7, 33,19) e Isidoro de Sevilla (*hist. Goth.*, 7), lo cierto es que éstos se convirtieron a esta doctrina después de la muerte de Valente (378) durante su estancia en Tracia. El arrianismo se convirtió así en la nota distintiva de los visigodos frente al Estado Imperial, que lo reprimió duramente, sobre todo después del segundo concilio de Constantinopla del 380. Es muy improbable que esta crítica del arrianismo («veneno herético») se encontrara en la *Historia* de Casiodoro, dado que éste fue funcionario de Teodorico el Grande, el monarca ostrogodo que profesaba con convicción esta doctrina. Se trataría más bien de una contribución de Jordanes, influido por los ambientes ortodoxos de la corte de Justiniano y posiblemente por su propia conversión. < <

[305] El paso del Danubio tuvo lugar en el 376 d.C, como atestigua Amiano Marcelino (*hist.*, 31, 4, 1). < <

[306] Lupicino y Máximo eran jefes romanos de Tracia y de Escitia Menor respectivamente. El emperador les encomendó expresamente el encargo de repartir alimentos entre los colonos visigodos, según cuenta Amiano Marcelino (*hist.*, 31, 4, 5-7). Sin embargo, parece ser que la actuación de estos funcionarios romanos fue bastante incompetente, probablemente porque hubieron de enfrentarse con grandes contingentes de bárbaros (no sólo visigodos) que trataban de atravesar el Danubio huyendo de los hunos y asentarse en sus tierras. < <

[307] La batalla de Adrianópolis tuvo lugar el 9 de agosto del 378 d.C. y supuso una aplastante derrota para el ejército romano, ya que perecieron dos terceras partes de sus efectivos. La historia romana no conocía un revés semejante desde la derrota de Cannas contra Aníbal. Adrianópolis es la actual Edirne, al noroeste de Turquía, ciudad fundada por Adriano en el 132 d.C. El relato pormenorizado de la batalla, incluyendo la muerte de Valente que relata aquí Jordanes, se encuentra en Amiano Marcelino (*hist.*, 31, 12-13). < <

[308] Teodosio (conocido posteriormente como Teodosio I el Grande) había nacido en Cauca (la actual Coca, cerca de Segovia) hacia el 346 d C. Recibió el título de Augusto y el de emperador de Oriente en el 379 y el de Occidente en el 395. < <

[309] Estas victorias fueron resultado de una operación conjunta de Graciano y Teodosio a comienzos del año 380 contra los visigodos de Fritigerno, los ostrogodos de Alateo y los alanos de Safraco. < <

[310] Teodosio cayó enfermo hacia octubre del 380 d.C. mientras estaba en Tesalónica. Su vida corrio peligro hasta el punto de hacerse bautizar allí por el obispo ortodoxo Acollo, pero finalmente se restableció hacia mediados de noviembre de este mismo año. < <

[311] Este tratado de paz fue firmado el tres de octubre del 382 y resultaba bastante oneroso para Teodosio, ya que permitía a los godos instalarse en Mesia y el norte de Tracia a lo largo del Danubio y comprometía a los romanos a suministrarles subsidios anuales, comida, ropa y viviendas. Como compensación, los godos servirían como aliados (*foederati*) en el ejército romano. < <

[312] La mayoría de los autores suele fechar la muerte de Atanarico en el año 381 (cfr. Oros., *hist.*, 7, 34, 6; Marcell., *chron.*, 2, pág. 61; Isid., *chron.*, 2, pág. 468). Sin embargo, Casiodoro la fija en el 382. < <

[313] Cfr *supra* § 112. < <

[314] La batalla tuvo lugar el 5 y 6 de septiembre del 394 d.C. junto al río Frígido, cerca de Aquilea. Las tropas visigodas, mandadas por Alarico, tuvieron un papel fundamental en la batalla, ocupando posiciones de primera línea, y sufrieron grandes pérdidas. La victoria de Teodosio le permitió convertirse finalmente en el único amo de ambos Imperios. < <

[315] Teodosio murió el 17 de enero del 395 d.C en Milán, dejando el Imperio de Occidente a su hijo Honorio y el de Oriente a Arcadio. Parece bastante inverosímil que los nuevos gobernantes (ambos de corta edad) decidieran prescindir de los servicios de los federados godos y dejaran de entregarles las contribuciones anuales, como afirma Jordanes. Es más verosímil que fueran los visigodos de Alarico los que, buscando su propio establecimiento como reino independiente, aprovecharan la coyuntura favorable del cambio de gobierno para atacar al Imperio. Cfr. a este respecto E. Demougeot, *La formation de l'Europe et les invasions barbares*, v 2, París, 1979, págs. 160-161. < <

[316] Estilicón y Aureliano fueron cónsules en el año 400 d.C. < <

[317] La actual Sremska Mitrovica, en Serbia. < <

[318] Ravena fue residencia real de los emperadores de Occidente del 402 al 476 d C. y más tarde de los monarcas ostrogodos hasta el 540, año en el que que conquistada de nuevo por los bizantinos. < <

[319] El que actualmente conocemos como Adriático. < <

[320] Corcira es la denominación griega de la isla de Corfu; el Epiro es la antigua región costera situada al noroeste de Grecia; Dalmacia es la franja montañosa que se extiende paralela al Adriático por el territorio de la actual Croacia. La península de Istria está situada al noroeste de Croacia y suroeste de Eslovenia entre los golfos de Trieste y Quarnaro. Por último Liburnia era la provincia situada entre Istria y Dalmacia. < <

[321] Erídano es el nombre poético del río Po (cfr. Verg., *Georg*, 4, 372). < <

322 El emperador Augusto construyó a comienzos del siglo I un canal que conectaba Ravena con el río Po y amplió su puerto, Classis (actual Clase), mencionado posteriormente por Jordanes (§ 150) como una de las partes de la ciudad, conviniéndolo en la principal base de la flota romana al norte del Adriático. < <

[323] Se desconoce quién pudo ser este Flavio, aunque tal vez se tratara de un geógrafo de Ravena contemporáneo de Jordanes. Tampoco se nos ha conservado el fragmento de Dion en el que hace referencia a su puerto. < <

[324] Sobre este rey vándalo que vivió del 400 al 477 d.C. aproximadamente (conocido también como Genserico o Geisenco), cfr. *infra* §§ 167 y ss. Los vándalos entraron en las Galias junto con los suevos y los alanos en el 406 y desde allí se dirigieron a Híspania en el 409. < <

[325] Parece ser que Honorio padecía una impotencia sexual notable que le impidió tener descendencia con ambas esposas. < <

[326] La actual Pollenza, cerca de Turín. A pesar del comentario de Jordanes, Estilicón venció a los visigodos junto a esta ciudad el 6 de abril del 402. < <

[327] Esta segunda campaña victoriosa de los godos tuvo lugar en el 408, despues de haber recuperado fuerzas en los territorios del Ilirico. < <

[328] La caída de Roma tuvo lugar el 24 de agosto del 410, y los godos la saquearon durante tres días. Jordanes, como otros autores cristianos, especialmente Agustín de Hipona, hacen hincapié en la clemencia de Alarico y reducen los efectos devastadores de este saqueo en un intento de justificar su idea de que los cultos paganos, que aún persistían, y la conducta inmoral de sus habitantes habían sido los responsables de la catástrofe Sin embargo, los paganos consideraban que los dioses ancestrales de Roma habían abandonado a su pueblo por entregarse al cristianismo. En cualquier caso, parece que los efectos devastadores de este saqueo, como los del asedio precedente, fueron bastante considerables y supusieron una gran conmoción para el mundo romano. < <

[329] La moderna Calabria. < <

[330] En este caso se trata del Jónico < <

[331] El estrecho de Mesina. < <

[332] La muerte de Alarico se produjo en el 411 d C. < <

[333] Este procedimiento es empleado también con los enterradores de Atila (cfr. *infra* § 258). Sobre el sentido simbólico de sus ritos fúnebres, vid A. H. Krappe, «Les funerailles d'Alaric», *American Journal of Philology*, 7, 1939, págs. 229-243. < <

[334] Ataúlfo era cuñado de Alarico y reinó del 411 al 415 d.C. < <

[335] Gala Placidia era la hija de Teodosio y de la Emperatriz Gala, y había sido capturada y hecha rehén por Alarico en el primer saqueo de Roma en el 410, cuando solo contaba 16 años. Foro Julio es la actual Forli, al norte de Italia Otros historiadores, como Idacio, aseguran que este matrimonio tuvo lugar en Narbona, en el año 414 d.C. < <

[336] Cfr. *supra* §115. < <

[337] Cfr. *supra* §§ 113 16. < <

[338] Ataúlfo murió efectivamente asesinado en Barcelona en septiembre del 415. Parece ser que la causa de este asesinato fue el sentimiento demasiado filorromano del rey que disgustaba bastante a la alta nobleza visigoda. < <

[339] Sigerico no duró más que siete días en el trono, pues fue asesinado del mismo modo que su predecesor. < <

[340] Valia fue rey del 415 al 419 y el verdadero fundador del reino visigodo de Tolosa, al que consolidó como entidad verdaderamente independiente del Imperio Romano. < <

[341] Flavio Constancio, que se convertiría en emperador a partir del 421 con el nombre de Constancio III. < <

[342] Este tratado de paz entre Constancio y Valia se firmó a comienzos del año 416 y por él los visigodos se comprometían a luchar al servicio del Emperador contra los otros pueblos bárbaros asentados en Hispania. Gala Placidia fue devuelta también a Honorio y al año siguiente se casó con Constancio, de cuyo matrimonio nació el futuro emperador Valentiniano III. < <

[343] Tanto Constantino y su hijo Constante como Jovino y su hermano Sebastián fueron usurpadores que pretendieron apoderarse del territorio de la Galia durante el reinado de Ataúlfo (no de Valia, como afirma Jordanes), pero murieron derrotados por los romanos en el 411 y el 412 respectivamente. < <

[344] Hieno y Ardabures fueron efectivamente cónsules en el año 427 d.C, que habría sido el duodécimo del reinado de Valia, si no hubiera sido porque este murió el 419. < <

[345] El general romano Bonifacio, que gobernaba la provincia de África, fue declarado, según Procopio (*Bell. Vand.*, 1, 3) enemigo de Roma por negarse a acatar las órdenes de Valentiniano III, hijo de Gala Placidia y emperador del 425 al 455. Por este motivo había llamado en su ayuda a los vándalos de Giserico en el 429. < <

[346] Unos 10 kilómetros (en realidad el estrecho de Gibraltar tiene entre 14 y 39 km de ancho). < <

[347] Esta denominación de mar Tirreno para todo el Mediterráneo es frecuente en los geógrafos antiguos. < <

[348] Se refiere al saqueo de Roma del 455 que menciona más tarde en el § 235, aunque antes ya había conquistado Cartago en el 439 y la había convertido en su capital. < <

[349] Giserico murió en enero del 477. < <

[350] Giserico reinó sobre los vándalos del 427 al 477; Hunerico del 477 al 484; Guntamundo del 484 al 496, Trasamundo del 496 a 523 y, finalmente, Hilderico del 523 al 530. Gelimer asesinó a Hilderico en el 533, aunque ya ejercía como rey desde el 530. < <

[351] Belisario (ca. 505-565 d.C.) fue general de Justiniano (emperador de Oriente del 500 al 565) y uno de los más grandes jefes militares de la Historia. Se distinguió en la campaña contra los persas sasánidas del 530, donde derrotó a un ejército muy superior en número al suyo. En el 533 fue enviado al norte de África y derrotó a los vándalos de Gelimer que asolaban todo el Mediterráneo. < <

[352] Gelimer fue humillado durante el triunfo que se celebró en Constantinopla en honor de Belisario en el 534. Después se le concedió una pequeña propiedad en Galacia donde hubo de vivir humildemente como campesino. < <

[353] Se refiere a la rebelión del caudillo moro Yauda, que fue vencido en el 542 y más tarde en el 548. < <

[354] Un violento temporal que se desencadenó en el estrecho, como cuenta Orosio (*hist.*, 7, 43, 11 12), quien también indica que Valia no quiso correr la misma suerte que Alarico en el estrecho de Mesina durante su travesía hacia Sicilia (cfr. *supra* § 157). < <

[355] Tolosa es la ciudad francesa de Toulouse y capital del reino visigodo en las Galias. < <

[356] Cfr *supra* § 81. < <

[357] Sobre la huida de Viterico y su padre Berimundo de los hunos, *vid. infra* §§251 y 298. < <

[358] Aunque muchos historiadores suelen denominar impropiamente a este rey «Teodorico I», hemos preferido mantener la distinción entre las formas onomásticas latinas Theodondus (Teodoredo) y Theodericus (Teodorico), reservando ésta última para el monarca ostrogodo Teodorico el Grande. Teodoredo I fue rey de los visigodos del 419 al 451 y murio en la batalla de los Campos Cataláunicos luchando contra Atila (cfr. *infra* § 209). < <

[359] El año 439 d.C. < <

[360] En realidad el levantamiento del conde Gainas en Constantinopla había tenido lugar en el año 400. Probablemente Jordanes quiere referirse aquí a la sublevación del conde Sebastián, que tuvo lugar hacia el 439. Vid. a este propósito F. M. Clover, «Count Gainas and count Sebastian», *American Journal of Anctent History*, 4, 1979, págs. 65-76. Un excelente análisis de las fuentes de Jordanes para este pasaje y los posibles cambios operados en su labor de compilación en O. Devilliers, «Le conflit entre Romains et Wisigoths en 436-439 d'aprés les Getica de Jordanes. Fortune et infortune de l'abréviateur», *Revue de Philologie*, 69, 1995, págs. 111-126. < <

[361] Flavio Aecio (ca. 390-454) había nacido en Durostoro (cerca de la actual Silistra, en Bulgaria). En el 432 se enfrentó a Bonifacio en África y se convirtió en favorito del joven emperador Valentiniano III y, por lo tanto, en el verdadero dirigente del Imperio Occidental. < <

[362] Teodoredo I inició una serie de revueltas contra el imperio desde el 430 que culminaron con la toma de Narbona en el 436. Esta ciudad fue posteriormente liberada por Litorio (ya que Aecio se encontraba en Renania negociando con los burgundios). En el 439, cuando asediaba Tolosa, fue capturado y asesinado. Aecio, más moderado, firmó un pacto con Teodoredo y se casó con una de sus hijas. < <

[363] Atila fue rey de los hunos del 434 al 453 d.C. < <

[364] Sobre esta embajada y el papel de Prisco, cfr. *supra* nuestra nota al § 123. Los sucesos relatados aquí se encuentran en el fragmento 8 de este historiador. < <

[365] Estos tres ríos son difíciles de identificar. Posiblemente uno de ellos fuera el Tisza, que surca la gran llanura húngara donde seguramente estaba establecido por entonces Atila. < <

[366] Sobre este héroe legendario godo, cfr. *supra* § 43. < <

[367] El asesinato de su hermano Bleda tuvo lugar hacia el año 445 d C. < <

[368] En este famoso retrato de Atila, que ha servido de base para la caracterización de este guerrero conocido como «el azote de Dios», se pueden rastrear, al igual que en otras descripciones y retratos de su obra, ecos literarios de algunos grandes escritores clásicos latinos adaptados al personaje en cuestión Vid a este respecto J. Lorenzo Lorenzo, «Algunas consideraciones sobre la técnica de los retratos en Jordanes», *Durius*, 5, 1977, págs. 127-138. < <

[369] Cfr Prisc. frag., 8. < <

[370] Cfr *supra* §§ 167 170. < <

[371] La hija de Teodoredo I debió de casarse con Hunerico hacia el año 440 y su repudio no se debió seguramente a ningún intento de envenenamiento, sino a que el emperador Valentiniano III firmo un pacto de no agresión con su padre Giserico dos años más tarde (442) y el matrimonio de su hija Eudocia (de sólo 5 años de edad) con Hunerico. < <

[372] Para este discurso de los emisarios imperiales, al igual que para el de Atila durante la batalla de los Campos Cataláunicos (cfr. *infra* 189), no hemos de buscar fuentes históricas concretas, ya que se trata de un discurso retórico siguiendo la línea de la historiografía clásica latina, que no exigía a estas partes de su obra veracidad absoluta, sino tan sólo verosimilitud. < <

[373] Según algunos estudiosos los ripanos y los olibriones formarían un mismo pueblo, el de los *ripanenses liberi*, y la confusión con dos pueblos diferentes se habría producido como consecuencia de una mala comprensión por parte de Jordanes del texto de la *Historia* perdida de Casiodoro. El término «libres» aludiría en este caso al estatuto legal de los riparios que lucharon en los Campos Cataláunicos en el 451 (cfr. v. gr V. S. Bachrach, «Who were the Ripariolilriones?», *Grazer Bettrage*, 3, 1975, págs. 15-19). < <

[374] Los Campos Cataláunicos se han localizado en Châlons sur-Marne, cerca de Troyes. La designación de Mauriacos que les atribuye también Jordanes ha hecho pensar igualmente en Mery-sur Seine como lugar de celebración de esta batalla. < <

[375] Unos 220 kilómetros de largo y 155 de ancho. < <

[376] La hora nona coincide con las tres de la tarde, aproximadamente. Era el día 20 de junio del año 451 d C. < <

[377] Sobre estos jefes ostrogodos, cfr. *infra* §§ 252 253 y 268 ss. < <

[378] Sobre este rey gépida, cfr. *infra* §§ 260-263. < <

[379] Cfr , .*supra* §123. < <

[380] No se sabe muy bien a qué puede hacer referencia aquí Jordanes. Posiblemente sea una confusión con el episodio de los sacerdotes godos que hacen retroceder con sus cantos a los macedonios en el § 65. < <

[381] Andagis es mencionado posteriormente por Jordanes (cfr § 265) como padre de Guntigis, a cuyo servicio trabajo como notario antes de su conversión. < <

[382] Cfr. supra §§ 195-196. < <

[383] Turismundo fue rey de los visigodos del 451 al 453 d.C. < <

[384] Cuatro de sus hermanos no habían acompañado a su padre a la batalla: Retemero, Himnerito, Federico y Eurico (que más tarde sería rey) como había dicho Jordanes en el § 190. < <

[385] Según Isidoro de Sevilla (*hist. Goth*, 25) fueron más de 300.000 los que perdieron la vida. < <

[386] Esta ciudad del noroeste de Italia fue destruida por Atila en el 252 d.C. < <

[387] León Magno fue papa del 440 al 461. Según la tradición, la intervención de este pontífice salvó Roma e hizo que Atila se retirara de Italia. Tal vez a esto haya que unir los graves problemas logísticos y de abastecimiento de su ejército y sobre todo el hecho de que el emperador de Oriente, Marciano, enviara un ejército a través del Danubio para atacar las bases de los hunos en sus propios territorios. < <

[388] Justa Grata Honoria era hermana del emperador Valentiniano III. En el año 449 se descubrió su adulterio con su administrador Eugenio, que fue ejecutado, mientras que la princesa fue puesta en reclusión (probablemente por estar embarazada). Furiosa por ello, envió a Atila por medio de un eunuco un anillo y un mensaje en el que le prometía desposarse con él si la liberaba. Atila consideró que le correspondía como dote el Imperio Occidental y se lo reclamó a Valentiniano, utilizando estos hechos para justificar su invasión posterior de las Galias (cfr. Prisco, frag, 16). < <

[389] Marciano sucedió a Teodosio II y fue emperador de Oriente del 450al 457. < <

[390] Parece ser que en esta conspiración, que tuvo lugar en el 452, participaron sus hermanos Teodoredo y Friderico, a los que Isidoro de Sevilla presenta en sus *Historias* como autores materiales del atentado. < <

[391] Se trata de Teodoredo II, que reinó sobre los visigodos del 453 al 456 y llevó a cabo una política prorromana muy del gusto de algunos escritores de la época, como Sidonio Apolinar, que lo elogia abiertamente en sus cartas y lo presenta como un monarca verdaderamente ilustrado (cfr. Sidon., *epist.*,1, 2, 1-9). Su amistad con los romanos lo llevó a aceptar el encargo de Aecio de acabar con las revueltas de los bagaudas del alto valle del Ebro, en los límites de las provincias de Gallaecia y de la Tarraconense. < <

[392] Riciario era en efecto cuñado de Teodoredo II. Los suevos habían llega do a la Península Ibérica en el año 409 d.C junto con los vándalos y los alanos. Se asentaron en la antigua provincia romana de Gallaecia (más amplia en extensión tanto por el sur como por el este que la actual Galicia) y desde allí comenzaron acciones ofensivas contra todas las provincias de Hispania, salvo contra la Tarraconense, que se mantenía bajo control imperial. En el 441 con quistaron Sevilla y se extendieron hasta la Cartaginense. < <

[393] Por el «lado derecho» de Hispania se tendería a entender el este de la península, lo que se contradice con la afirmación siguiente que sitúa esta zona en la costa atlántica. La única explicación plausible es que Jordanes haga esta descripción teniendo como referencia un mapa que observa en sentido inverso. A esto apunta la utilización de «lado derecho» en lugar del habitual «oriente» de otras descripciones suyas. < <

[394] Los autrigones ocupaban la zona oriental de la actual provincia de Cantabria, entre Asón y el Nervión aproximadamente. Sobre el origen y la localización de Autrigonia y la interpretación de esta noticia de Jordanes, *vid* J. M. Solana Sanz, *Los autrigones a través de las fuentes literarias*, Vitoria, 1974, págs. 125 127. < <

[395] Sobre este error de Jordanes, cfr. *supra* nuestra nota al § 7. < <

[396] Esta alusión a la riqueza aurífera de las arenas del Tajo se encuentra en toda la tradición literaria latina desde Varrón (*rust*, 4, 115) hasta Isidoro de Sevilla (*etym*, 13, 21, 33), pasando por Catulo (*carm*, 29, 17) o Plinio el Viejo (*nat*., 33, 66) y Juvenal (*sat*, 3, 54). < <

[397] «Iberia» no designa en este caso el conjunto de la Península Ibérica, como suele ser habitual, sino sólo su zona noroccidental, que comprendía las regiones de Galicia y Cantabria. < <

[398] La batalla del Órbigo tuvo lugar, según cuenta Idacio en su *Crónica*, el 5 de octubre del 456 (cfr. Hyd., *chron*, 173-174). < <

[399] Evidentemente se trata de una nueva confusión de Jordanes, puesto que se trata del océano Atlántico. Como confirma también Idacio en el mismo pasaje, Riciario fue hecho prisionero en un lugar llamado «Portumcale», es decir, la actual Oporto. < <

[400] Este Aquivulfo fue en realidad sólo rey de una porción del pueblo suevo que decidió someterse a los visigodos. El resto se mantuvo bajo la autoridad de otro rey llamado Maldras que reinó hasta el 460. Desde esta época los suevos se quedaron arrinconados en Gallaecia y consolidaron su reino, se con virtieron al catolicismo y apoyaron la sublevación de Hermenegildo (católico) contra su padre, el rey visigodo Leovigildo (arriano), lo que motivó el enfrentamiento por éste último y finalmente la conquista del reino suevo por los vi sigodos en el 585. < <

[401] Eurico fue rey de los visigodos del 466 al 484. Era mucho menos ilustrado que Teodoredo e incluso tenía dificultades para expresarse en latín, por lo que tenía que servirse a veces de un intérprete, como cuenta Enodio (cfr. Ennod., *uit. Epif.*, 90). En el 475 proclamó la independencia total del reino visigodo con respecto a Roma. < <

[402] Valentiniano III fue asesinado el 16 de marzo del 455 y Petronio Máximo fue proclamado emperador al día siguiente. Sin embargo, sólo logró mantenerse en el trono hasta finales del mismo mes Sobre el asesinato de Valentiniano, Jordanes afirma en sus *Romana* (§ 334) que fueron dos soldados de Aecio (que había sido asesinado por orden suya) los que lo mataron por venganza. < <

[403] Este saqueo de Roma tuvo lugar en junio del 455 y duró 14 días. Los vándalos se apoderaron de todo lo que encontraron a su paso, incluyendo las tejas de bronce dorado del templo de Júpiter Capitalino y del botín que Tito había traído a Roma desde Jerusalén. Sin embargo, parece ser que una nueva intervención del papa León hizo que no hubiera incendios ni efusión de sangre. El pretexto de la invasión de la ciudad fue reclamar a la princesa Eudocia como esposa de su hijo Hunerico, que había sido prometida por su padre Valentiniano III (cfr. *supra* § 184). < <

[404] Mayoriano reinó de abril del 457 a agosto del 461. Libio Severo fue proclamado emperador en noviembre del 461 y murio también asesinado en noviembre del 465 (es decir, en el cuarto año de su reinado y no en el tercero, como afirma Jordanes). < <

[405] León I sucedió a Marciano como emperador de Oriente el año 457 Antemio era yerno del difunto Marciano. Ricimero, por su parte, era nieto del rey visigodo Valia e hijo de un principe suevo Había hecho una fulminante carrera en el ejército romano y fue el verdadero gobernante del Imperio de Occidente bajo estos emperadores títeres durante más de quince años. < <

[406] La victoria de Ricimero sobre los alanos de Beorgo se produjo en el 464. < <

[407] La batalla tuvo lugar durante el verano del 469 en Déols, cerca de Châteauroux. Eurico hizo venir tropas visigodas de Galicia y Lusitania y los bretones de Riotimo se vieron forzados a huir hasta Lyon. < <

[408] Olibio fue proclamado emperador en abril del 472 murió el dos de noviembre de ese mismo año. Arverna (la actual Clermont-Ferrand) era la capital de los arvernos, que ocupaba el territorio de la actual región francesa de Auvergne. < <

[409] Aspar era en realidad un alano que había militado en el ejército oriental en época de Teodosio II y se había convertido en generalísimo, contribuyendo incluso a la proclamación de León I. < <

[410] Julio Nepote fue proclamado emperador en Roma por el Senado en junio del 474 y destituyo en su presencia a Glicerio. Luego se dirigió a Ravena, donde el ejército lo proclamó Augusto, y lo consagro obispo de Salona (la actual Solm en Dalmacia). < <

[411] Cfr. *supra* §237. <<

[412] Avito sucedió como emperador a Petronio Máximo en julio del 455 Era de ongen galo y tuvo buenas relaciones con los visigodos, renovando la alianza con Teodoredo II. Aunque es cierto que fue ordenado obispo en Piacenza después de su deposición, como no confiaba en Mayoriano y Ricimero huyo pretextando una peregnnación pero fue asesinado en su huida en el 456. < <

[413] Orestes había sido anteriormente secretario de Atila. De acuerdo con sus soldados decidió proclamar emperador a su hijo Romulo Augostulo el 31 de octubre del 475. < <

[414] Cfr. *supra* § 239. < <

[415] Odoacro era hijo de un jefe esciro y jefe de un importante contingente de esciros, hérulos y otros pueblos bárbaros que lo eligieron rey el 23 de agosto del 476. Nunca llego a proclamarse emperador, ni asumió la purpura ni las insignias imperiales (cfr Casiodoro, *uar*, 1303) y desterro a Rómulo Augústulo a una magnifica villa cercana a Napóles con una pensión de seis mil libras de oro. < <

[416] La fundación de Roma se data tradicionalmente en el 753 a C Setecientos nueve años después (45 a C) subió al poder Octaviano Augusto. El año 476 supondría, pues, el final del Impeno Romano de Occidente, según esta aserción de Jordanes (que sigue, por otro lado al cronista bizantino Marcelino [si glo VI C] —*chron*, 91) Para confirmar este dato se recurre también a la devolucion por parte del Senado romano de las insignias imperiales a Constantinopla, junto con una delegación que comunicaba al emperador Zenon (474 491) que ya no había necesidad de emperador en Occidente. Sin embargo, hay historiadores que prefieren considerar otras fechas para la caída de Roma, como la invasión de Italia por Teodorico y los ostrogodos en el 488. *Vid* a este respecto, por ejemplo, E Demougeot, «Bedeutet das Jahr 476 das Ende des Romischen Reiches im Okzident», *Klio*, 60, 1978, pags 371-381. < <

[417] Eurico se había hecho dueño de Aquitania, de la Narbonense y de todas las provincias hispanas, y después de la caída de Julio Nepote, no reconoció a Rómulo Augústulo como emperador. Probablemente no fue incitado a invadir los restos de la antigua prefectura de Arles por el vándalo Giserico, sino por la nobleza hispanorromana de la Tarraconense. La ocupación de Arles y Marsella se produjo en la primavera del 476, aunque hubo de enfrentarse al rey burgundio Chilperico, a quien logró vencer después de algunas escaramuzas. Su muerte se produjo en el 484. < <

[418] Alarico II fue rey de los visigodos desde el fallecimiento de su padre Eurico hasta su muerte en la primavera del 507, en el curso de la importante batalla de Vouillé, cerca de Poitiers, donde fue vencido por los francos del rey Clodoveo. Esta victoria franca supuso el fin del reino visigodo en las Galias, aunque continuaría aún dos siglos más en Hispania. < <

[419] Cfr. *supra* §§ 4 130 < <

[420] Cfr. *supra* §§ 130-245. < <

[421] Hermanarico había muerto tras ser derrotado por los hunos en el 375 (cfr. *supra* § 130). Por lo que respecta a Vinitario, Amiano Marcelino (*hist*,, 31, 3, 1 3) lo denomina Vitimiro y explica que murió después de sufrir múltiples derrotas contra los alanos tanaitas, aliados a los hunos. Su hijo, al que Amiano denomina Viderico, habría sido salvado por sus tutores Alateo y Safraco y llevado en la retirada al territorio de los visigodos en la zona del Dniéster < <

[422] Sobre el pueblo de los antes, cfr. *supra* nuestra nota a los §§ 34-35. < <

[423] No se sabe muy bien de qué río se trata, aunque en una carta del emperador Constantino a Optaciano Porfirio sobre la administración imperial se lo identifica con el Fasis (el actual río georgiano Riom), mencionado anteriormente por Jordanes en el § 47. < <

[424] Las victorias de Hunimundo sobre los suevos, a las que sucedieron las de su hijo Turismundo sobre los gépidas y las de Vandalario, primo de Turismundo, sobre los vándalos, se corresponden con la expulsión se los suevos cuados y los vándalos silingos y asdingos a finales del siglo IV d C. < <

[425] Aunque algunos autores consideran esta cifra como algo simbólico, por analogía con los cuarenta años pasados por Moisés en su éxodo por el desierto, otros prefieren pensar que se trata de un período concreto, situado entre el 407 y el 447. En efecto, el rey huno Atila, del que era vasallo Valamiro, lucho en el 447 contra el emperador de Oriente Teodosio II teniendo como aliados a los gépidas de Ardarico y a los ostrogodos de Valamiro. < <

[426] Cfr. *supra* § 174. < <

[427] Esta huida de Berimundo y de su joven hijo Viterico al territorio de los visigodos habría tenido que producirse antes del 419, pues fue en este año cuando los visigodos eligieron como rey a Teodoredo I para suceder a Valia, que acababa de morir, como explica Jordanes en § 174 Próspero de Aquitania cita en su *Crónica*, en el 439, a un tal Viterico, que sería seguramente el hijo de Berimundo Vid a este respecto E. Demougeot, *La formation de l'Europe et les invasions barbares*, París, 1979, v. 2, pág. 352. < <

[428] Esta explicación sobre la genealogía de los Ámalos ya había sido adelantada muy someramente por Jordanes en el § 81 y será completada posteriormente con más detalle en el § 314. Todas estas repeticiones obedecen, sin duda, al afán de Jordanes de enlazar los orígenes de la familia de Teodorico con los descendientes del legendario rey Hermanarico (más ilustres que los suyos, ya que los antepasados de Teodorico habían permanecido sometidos a los hunos hasta el 455), aunque todo hace sospechar que la relación entre ambos fue mínima o incluso nula. < <

[429] Se refiere a la batalla de los Campos Cataláunicos del 451, en la que los ostrogodos de Valamiro lucharon aliados con los hunos contra los romanos y los visigodos (cfr. *supra* § 199). Con esta reflexión final Jordanes intenta justificar la sumisión servil al poder de los hunos de los antepasados de Teodorico como algo inevitable, síntoma evidente de que todavía en época del gran monarca ostrogodo estos sucesos provocaban cierta vergüenza entre ellos. < <

[430] El fallecimiento de Atila tuvo lugar en el invierno del 453. A juzgar por la descripción de Jordanes, la muerte fue causada por una hemorragia nasal o epistaxis. < <

[431] Se comprende la alegría del emperador Marciano, porque Atila había conseguido no sólo grandes victorias sobre las tropas imperiales y conquistado sus ciudades, sino que había sido el único jefe bárbaro al que no habían logrado vencer. Es altamente significativo el hecho de que durante casi veinte años el emperador de Oriente Teodosio II se había visto obligado a pagarle tributo, reconociendo así su sumisión a él. < <

[432] El autor juega aquí con el doble sentido del término latino *ferrum*, el propio de «hierro» y el figurado de «arma» o «espada», y así tratamos de reflejarlo en nuestra traducción. Esta interpretación simbólica que da Jordanes a los tres ataúdes de Atila no satisface a algunos autores, que prefieren pensar que se trataba de un rito ancestral con connotaciones religiosas referidas a las divinidades de los hunos: el oro y la plata serían símbolos del sol y de la luna respectivamente, y el hierro de la espada de Marte, que el dios de la guerra había ofrecido a Atila (cfr. *supra* § 183). < <

[433] Sobre esta costumbre de acabar con la vida de los enterradores para evitar que las tumbas sean descubiertas posteriormente, cfr. también *supra* los funerales de Alarico en el § 158. < <

[434] No parece que Atila fuera especialmente dado a este tipo de desenfrenos lúbricos. Su abundante descendencia habría que achacaría más bien al hecho de que la poligamia era, al parecer, una costumbre bastante arraigada entre los hunos, como da a entender el mismo Jordanes en el § 258. < <

[435] Esta batalla tuvo lugar al final del invierno del 455 y con su victoria los ostrogodos pudieron liberarse de una servidumbre hacia los hunos a la que habían estado sometidos durante más de cuatrocientos años. El río Nedao es un afluente del Save que discurre al norte de la actual Serbia. < <

[436] Cfr. *supra* § 89. < <

[437] Emperador de Oriente del 450 al 457 (cfr *supra* § 225). < <

[438] Por este motivo Dacia comenzó a llamarse desde entonces Gepidia, como explica Jordanes en el § 74. < <

[439] La antigua provincia romana del Nórico comprendía los territorios de la actual baja Austria. < <

[440] La actual Sremska Mitrovika, en Serbia. < <

[441] Actualmente la ciudad de Kula, situada al noroeste de Bulgaria, junto a la frontera con Serbia. < <

[442] Procopio, en un pasaje de su *Guerra gótica*, asegura que Blesa, también de origen godo, tenía 60 años en el año 551 (cfr. Procop., *bell Goth*, 4, 11). El hecho de que Jordanes indique que es contemporáneo suyo puede ayudarnos a confirmar la fecha de composición de nuestra obra por este mismo período. Algunos estudiosos prefieren interpretar en sentido más restrictivo las palabras de Jordanes «*patricius nostru temporis*» como «de mi misma edad», con lo cual Jordanes habría tenido también sesenta años en la época en la que escribió su relato. < <

[443] El texto latino dice literalmente «*agrammatus*» (iletrado). En nuestra traducción hemos preferido hacer referencia a su grado de cultura o formación escolar, ya que se trata probablemente de un *locus humilitatis* característico de muchos autores, especialmente cristianos. No se entiende que se califique de iletrado cuando asegura a renglón seguido que había trabajado como secretario de un jefe bárbaro subordinado al emperador bizantino, ya que este puesto exigía unos conocimientos y un grado de formación bastante considerable. Sobre el sentido de *agrammatus* en este pasaje, cfr. J. Friedrich, «Uber den kon troversen Fragen ím Leben des goüschen Geschichtsschreibers Jordanes», *Sttzungsbenchte der phihsophisch-philologischen und der bistonschen Klasse der honighchen bayenschen Akademie der Wtssenschaften zu Munchen*, 3, 1908, pág. 388. Por otro lado, parece ser que en las *Instituciones* de Casiodoro se utiliza este término como reminiscencia del texto de Jordanes. Al menos así parece entenderlo M. L. Angrisani, «Iord. *Get*, 266 e Cassiod. *inst*, I, 28», *Romanobarbarica*, 4, 1979, págs. 511. < <

[444] En una ampliación de la *Crónica* de Marcelino (cfr Th. Mommsen, *Chron Mrn.*, 2,105) se asegura que en el año 538 este Baza fue enviado en ayuda de Belisario durante la conquista de Italia y en el 536 a la región del Eufrates. Si Jordanes era ya notario suyo por esta época, podría haberlo acompañado en su viaje y haber vivido personalmente algunos de los acontecimientos que relata en su obra. < <

[445] La misma Oescia mencionada por Jordanes en § 102, actual Gigen (Bulgaria). < <

[446] Ulfila había nacido hacia el 311 y era hijo de prisioneros capadocios. Se convirtió al arrianismo durante su estancia en Constantinopla junto a Eusebio de Nicomedia entre el 338 y el 341. Luego volvió a Mesia e inició la evangeli-zación de los godos, sufriendo las persecuciones del 347 y 348. Su muerte debió de producirse después del segundo concilio de Constantinopla del 381. La labor más meritoria de Ulfila, y la que lo ha hecho pasar a la posteridad, fue la traducción al gótico de la Biblia a partir de versiones griegas y latinas. Esta versión en gótico es el primer texto en esta lengua (considerada como la obra inaugural de la literatura germánica) y el único que se conserva, a excepción de ciertas glosas crimeas del siglo XVI.Cfr. < <

[447] Cfr. *supra* § 101. < <

[448] Los Balcanes búlgaros. < <

[449] El actual lago Balaton, situado al suroeste de Budapest. < <

[450] El nacimiento de Teodorico se produjo el año 454. < <

[451] Se trata de Teodorico Estrabón, mencionado también por Jordanes en sus *Romana* § 346, que estaba al servicio del alano Aspar y fue siempre un enemigo declarado de Teodorico el Grande, de ahí el interés de Jordanes en dejar claro que su nobleza era inferior a la de los Ámalos. Falleció en el 481. < <

[452] En el 458-59, los ostrogodos, aprovechando que el emperador de Occidente Mayoriano preparaba su campaña contra Giserico, asolaron Dalmacia, ocuparon la ciudad de Dirraquio (la actual Durres, en Albania), y se enfrentaron con el ejercito de Antemio, enviado por el emperador León I. < <

[453] Este tratado se firmó en el 461 y por él los ostrogodos recibieron una compensación anual de 300 libras de oro, según Prisco (frag., 28), a cambio de la entrega de Teodorico como rehén. < <

[454] Dindzico fue derrotado por las tropas ostrogodas de Valamiro en el 469. < <

[455] Hunimundo fue vencido y capturado por Teodomiro, que logró alcanzarlo en su camino de retorno debido a la demora que le produjo el transporte del ganado que había robado en sus saqueos. Estos hechos se produjeron durante el invierno del 467 junto al lago Pelso (actual Balaton, en Hungría). < <

[456] También durante el invierno del 468-69. Parece ser que el exterminio no fue tan completo, porque algunos, como Odoacro, lograron escapar al Nórico. < <

[457] El padre y el hermano de Odoacro, respectivamente. < <

[458] La batalla tuvo lugar en otoño del 469. < <

[459] Los bayovaros son los antepasados de los actuales bávaros. Los turingos ocupaban la actual Alemania central (cfr Turingia) y los Alamanes se asentaban en Alsacia y la actual Suiza septentrional (cfr *sufra* § 75) Sobre el origen y la evolución de estos pueblos hasta el siglo V, vid E Demougeot, *La formation de l'Europe et les invasionsvbarbares* (v 2), París, 1979, pags 259-265 y 280-294. < <

[460] Esta campaña del joven Teodorico habría tenido lugar en el 471. Singiduno es la actual Belgrado. Teodorico comenzó a contar sus años de reinado a partir de esta fecha, probablemente porque fue proclamado rey por sus tropas después de su victoria. < <

[461] Glicerio fue emperador del 473 al 474 (cfr. supra § 239) < <

[462] Actual Sava, que discurre por Eslovenia y Serbia para desembocar finalmente en el Danubio. < <

[463] La actual Nis, en Serbia. < <

[464] Ulpiana es la actual Lipljan, en Kosovo. La antigua ciudad griega de Heraclea es la actual Bitolj, en la República de Macedonia. < <

[465] El emperador aludido es León II, que reino del 473 al 474. Hilariano era maestro de oficios de su corte desde el 470. < <

[466] Pela era la antigua capital del reino de Macedonia. Las restantes cuudades pertenecían también a la antigua provincia homónima. < <

[467] Teodomiro murió en el año 474. < <

[468] Teodorico accedió al consulado el año 484 junto con Venancio, prefecto de la ciudad de Roma. < <

[469] Para los griegos primitivos Hesperia, el país de las Hespérides, se identificaba con las tierras occidentales de Europa, especialmente la Península Itálica, pero posteriormente esta designación pasó a la Península Ibérica como extremo occidental del mundo conocido, y con estos dos sentidos la utilizaron los distintos autores de la Antigüedad. En este caso concreto es evidente que Jordanes alude a los territorios de Italia. < <

[470] Se refiere a Odoacro, que controlaba por entonces Italia. A pesar de esta afirmación de Jordanes, lo cierto es que Zenon había nombrado también en el 477 patricio a Odoacro. < <

[471] Jordanes, al relatar esta idílica relación entre Teodorico y Zenón, olvida decir (sin duda conscientemente) que durante los años 477-478 se produjo una revuelta del caudillo ostrogodo contra el emperador. Probablemente fuera este conflicto el que obligara a Zenón a llegar a este acuerdo con él y permitirle invadir los territorios de Italia no como súbdito del emperador de Oriente, sino como rey de los ostrogodos. < <

[472] La marcha de los ostrogodos hacia Italia duró desde el otoño del 488 al verano del 489. El ataque de Odoacro tuvo lugar junto al actual río Isonzo el 28 de agosto del 489. La victoria de Teodorico en Verona se produjo a finales de septiembre de ese mismo año. < <

[473] El asedio de Ravena terminó en el 493 con la rendición de Odoacro. A ella contribuyeron, sin duda, las discordias internas de su ejército, sobre todo entre su lugarteniente Tufa y el jefe rugo Friderico, que se paso al bando de Teodorico con sus hombres. < <

[474] El quince de marzo (diez días después de su supuesta reconciliación) Teodorico lo atravesó con su propia espada en el palacio imperial e hizo eliminar a todos los miembros de su familia y a sus hombres de confianza. < <

[475] Lodoino es el rey franco Clodoveo (en antiguo germánico Hlûduic o Chlodwich), que gobernó a este pueblo del 481 al 511. Según cuenta Gregorio de Tours en su *Historia de los Francos* (3, 31), Audefleda no era su hija, como dice Jordanes, sino su hermana. Tampoco los nombres ni el número de los hijos de Clodoveo concuerdan en ambos autores. Aunque es cierto que los ostrogodos no fueron vencidos por los francos, sí lo fueron sus aliados visigodos en Vouillé en el 507, cuando precisamente el yerno de Teodorico, Alarico II, era su rey. < <

[476] Alarico II, rey de los visigodos del 485 al 507. < <

[477] Sobre estos reyes ostrogodos, cfr. *supra* §§ 174-175 y 251. Eutarico fue nombrado cónsul romano en el 519 con el nombre de Flavio Eutarico Cillica, y las fiestas que se celebraron en Roma para celebrar su consulado marcan el apogeo del reinado de Teodorico. < <

[478] Sobre la historia postenor de Amalasunta, cfr. *infra* §§ 305-306. < <

[479] Del 534 al 536. Cfr. *infra* 306. < <

[480] Sobre esta ciudad, cfr. *supra* §§ 147 y 264. Trasarico y Trastila eran dos reyes gépidas que gobernaron esta región hasta que fueron vencidos por Teodorico en el 504. < <

[481] El rio Margo es el actual Morava. Margoplano es probablemente la actual Cupnja, en Serbia. < <

[482] Posteriormente este mercenario estuvo a las órdenes de Justiniano y acompañó a Belisario en sus campañas de oriente, muriendo finalmente en Dalmacia en el 536. < <

[483] En el año 508. < <

[484] Amalarico subió al trono oficialmente el año 511, pero no gobernó de forma efectiva hasta la muerte de su abuelo Teodorico en el 526. Murió efectivamente en el curso de un enfrentamiento con el monarca franco Childeberto (hijo de Clodoveo) en el 531 en Barcelona. < <

[485] Teudis reinó del 531 al 548. < <

[486] Teodegisclo es conocido habitualmente como Teudiselo y estuvo en el poder poco más de año y medio (548-549). <<

[487] Agila murió el año 554, por tanto Jordanes debió de terminar de componer nuestra obra antes de esa fecha. < <

[488] La sublevación de Atanagildo, como cuenta Isidoro de Sevilla en sus *Historias de los godos*, tuvo lugar en el tercer año del reinado de Agila (551). Ese año las tropas bizantinas, que Atanagildo había llamado en su ayuda, ocuparon diversos territorios de la costa levantina y andaluza en las antiguas provincias Baetica y Carthaginiensis A partir de entonces Atanagildo sostuvo una dura contienda contra las tropas imperiales con resultados desiguales. Sevilla sólo pudo ser reconquistada en el 568 y la unificación territorial de la Península Ibérica no se lograría hasta el 625 durante el reinado de Suintila, con la expulsión de los últimos bizantinos de la zona levantina. No está claro que fuera Libeno el comandante de las tropas bizantinas que acudieron a España. La inexactitud del testimonio de Jordanes, que no concuerda con otras informaciones de Procopio al respecto, ni con otros datos que nos ofrece él mismo en los *Romana*, puede ser debida a la inminencia de los sucesos relatados en el momento mismo en que estaba culminando la relación de los *Getica*, como propone J. J. O'Donnell, «Libenus the Patrician», *Traditio*, 37, 1981, págs. 31-72. < <

[489] Su muerte se produjo el treinta de agosto del año 526. < <

[490] Se trata de los territorios anexionados en el 510, que pasaron más tarde (en el 534) a poder de los francos. < <

[491] Acaecida en el dos de octubre del 534. El emperador de Oriente al que se confiaron como protegidos era ya por entonces Justiniano. < <

[492] Teodado se casó con Amalasunta antes de acabar el año 534. Era hijo de Amalafrida y de un marido anterior a Teodorico. Sobre Amalafrida, cfr *supra* §299. < <

[493] Algunos autores, como el mismo Casiodoro, que era por entonces prefecto del pretorio, no están de acuerdo con esta acusación a Teodado del asesinato de su esposa, que murió en todo caso, en el 535. < <

[494] La campaña de Belisario contra los vándalos africanos aparece narrada anteriormente por Jordanes en los §§ 171-172. < <

[495] Como en el § 156 *supra*, se trata del mar Jónico. < <

[496] La actual Reggio Calabria, junto al estrecho de Mesina. < <

[497] Probablemente se trate de los campos Pontinos, entre Roma y Terracina, una llanura que había estado anteriormente cubierta de pantanos. < <

[498] Este matrimonio tuvo lugar en el año 536, según la *Crónica* de Marcelino. < <

[499] Sobre esta cifra ficticia aportada por Jordanes, sin duda con el fin de magnificar la grandeza y antigüedad de la historia goda, cfr. la cronología relativa de los distintos reinos godos (desde el año 1490 a.C!) presentada por Mommsen en su edición (op. cit., págs. XX XXII), basándose en la restitución de A. von Gutschmid, «Zu Jordanis», *Kkine Schnften*, v 5, Leipzig, 1894, págs. 293 336. < <

[500] Vitigis murió el año 542 y Germano el año 550. Su hijo debió de nacer poco después. Una vez más todos los datos apuntan al 551 como fecha más cercana a los últimos hechos narrados en nuestra obra. < <

[501] Los Anicios eran una importante familia romana ya famosa desde época republicana (en el 160 a.C. uno de sus miembros, Lucio Anicio Galo, alcanzó el consulado). Desde época de Diocleciano gozaban de una importante posición dentro de la nobleza romana. Personajes tan destacados como Paulino de Nola, Gregorio Magno o Boecio pertenecieron a ella. Con esta unión Jordanes estaría simbolizando la conjunción pacífica de romanos y godos, un ideal por el que tanto había luchado también Casiodoro en la Italia de Teodorico. < <

[502] El emperador Justiniano. < <